



COLOMBIA CUENTA

Colombia

CUARTO
CONCURSO
NACIONAL
DE CUENTO

HOMENAJE A
JOSÉ EUSTAQUIO PALACIOS

RCN

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN
NACIONAL

CUENTOS
GANADORES
2010

cuenta



Ministerio de
Educación Nacional
República de Colombia



CUARTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO

33 013 participantes

estudiantes hasta
séptimo grado **11 008**

15 467 estudiantes de octavo
a undécimo grado

estudiantes
universitarios **3 678**

2 860 docentes

mujeres **1 882 8**

hombres **1 4 1 85**

32 departamentos

municipios **877**

6020 instituciones
educativas

del sector oficial **3936**

del sector privado **2084**

1184 del sector rural

4836 del sector urbano

instituciones de
educación superior **285**

683 evaluadores

jurados internacionales **5**

37 ganadores

1 CATEGORÍA

ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO



ANDRÉS HUMBERTO
VALDEZ RESTREPO
MEDELLÍN 29



JUAN SEBASTIÁN
PELÁEZ CALLE
ENVIADO 33



NICOLASA MARÍN
GONZÁLEZ
BOGOTÁ 37



NATALIA LEONOR
MOLINA
MOCARI 43



JUAN PABLO SIMÓN
RICO FERNÁNDEZ
BOGOTÁ 49

2 CATEGORÍA

ESTUDIANTES DE OCTAVO HASTA UNDÉCIMO GRADO



GABRIELA VALENTINA
GALVIS CELY
BOGOTÁ 83



DANIEL ALONSO
CARBONELL PARODY
BARRANQUILLA 89



NICOLÁS MORENO
ARIAS
BOGOTÁ 97



MARÍA ANDREA
MORA CASTRO
SINCELEJO 103



NICOLÁS DANIEL
PUENTES
BOGOTÁ 109

3 CATEGORÍA

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR



NATALIA MARCELA
PITTA OSSE
GIRON 159



JULIÁN DAVID
CARVAJAL GUTIÉRREZ
CALI 165



ÁLVARO JOSÉ
CLARO RÍOS
BUCARAMANGA 171



JOSÉ ALEXANDER
RODRÍGUEZ LEUDO
ARMENIA 177



ALEJANDRO
MARTÍNEZ MURCIA
BOGOTÁ 183

4 CATEGORÍA

DOCENTES



EUGENIO PACELLI
TORRES VALDERRAMA
MÁLAGA 219



BEATRIZ EUGENIA
BUSTAMANTE
MEDELLÍN 223



JOSÉ MARÍA
CANTILLO LOZANO
VALLEDUPAR 231



DENNIS ENDER
SANGUINO ZAMBRANO
VILLA DEL ROSARIO 237



RUBÉN DARIO
LEÓN PINEDA
BOGOTÁ 243

GANADORES 2010



CRISTHIAN ALVEAR
HERNÁNDEZ
CALI 53



ISABELA ESCOBAR
PÉREZ
RIOSUCIO 57



KAREN IVETH FERNÁNDEZ
MONSALVE
CALI 63



SANTIAGO MURCIA
CUADROS
TÁMESIS 69



JUAN DAVID
GONZÁLEZ RINCÓN
BARBOSA 75



ALBERTO MARIO
MÁRQUEZ ALONSO
BARRANQUILLA 117



SANTIAGO OJEDA
BOGOTÁ 121



DAVID FELIPE
CORREDOR BENAVIDES
BOGOTÁ 127



ÁNGELA MARÍA
BLANCO NIETO
DUITAMA 133



ALEJANDRO
DURÁN CARO
CHIQUINQUIRA 141



DANIEL EDUARDO
VÁSQUEZ CORREA
DOSQUEBRADAS 147



DANIELA PATIÑO
HERRERA
BOGOTÁ 151



JORGE ANDRADE
BLANCO
BOGOTÁ 189



VERÓNICA ECHEVERRY
ALVARÁN
ITAGÜÍ 193



JUAN DAVID GÓMEZ
MARTÍNEZ
BOGOTÁ 199



HAMILTON BARRIOS
ORDÓÑEZ
BOGOTÁ 205



OSCAR HUMBERTO
MEJÍA
FLORIDABLANCA 211

PATRICIA ESCALLÓN DE ARDILA, Gestora
MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, Ministra de Educación

COMITÉ TÉCNICO

MAURICIO PERFETTI DEL CORRAL, Viceministro de Educación Preescolar, Básica y Media,
Ministerio de Educación Nacional

CONSTANZA ESCOBAR DE NOGALES, Directora Responsabilidad Social, RCN Televisión

MÓNICA LÓPEZ CASTRO, Directora de Calidad de Educación Preescolar, Básica y Media,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

JAVIER TORRES PÁEZ, Jefe Oficina Asesora de Planeación, Finanzas y Sistemas de Información,
Ministerio de Educación Nacional

MARÍA CLARA ORTIZ KARAM, Subdirectora de Fomento de Competencias,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

LUCÍA LEÓN MORENO, Coordinadora Programa para el Desarrollo de Competencias,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

NATHALY JANICE SOLANO HOYOS, Programa para el Desarrollo de Competencias Comunicativas,
Viceministerio de Educación Preescolar Básica y Media

ALBA LUCÍA PAVA, Gerente Mercadeo Social RCN Radio

BLANCA YANETH GONZÁLEZ PINZÓN, Representante del Comité Técnico de Evaluadores
Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN

CLAUDIA ARROYAVE VILLA, Asesora de contenidos

JOHANSSON CRUZ LOPERA, Asesor de contenidos

OFICINA DE COMUNICACIONES

CRÉDITOS EDITORIALES

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ, Director editorial

CONSTANZA PADILLA RAMOS, Editora

ROCÍO DUQUE SANTOS, Jefe de arte

CAMILA CESARINO COSTA, Diseño carátula y páginas interiores

ROGER ICAZA, Ilustraciones de la Categoría 1

ALEJANDRA CÉSPEDES, Ilustraciones de la Categoría 2

JOHN JOVEN, Ilustraciones de la Categoría 3

GUSTAVO TRIVIÑO, Ilustraciones de la Categoría 4

ISBN: 978-958-705-449-1

IMPRESIÓN,

IMPRESO EN COLOMBIA / *PRINTED IN COLOMBIA*

INFORMACIÓN DEL CONCURSO <http://www.colombiaaprende.edu.co>
NACIONAL DE CUENTO RCN- <http://www.canalrcn.com>
MINISTERIO DE EDUCACIÓN EN: <http://www.rcnradio.com/>

Concurso Nacional de Cuento RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL	11
Estimados lectores MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA, MINISTRA DE EDUCACIÓN	13
“Historias que cuentan” FERNANDO MOLINA - GABRIEL REYES C.	15
La formación y la evaluación ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES (ASCUN)	17
Oportunidades que cuentan JAIME ABELLO BANFI	21
Colombia cuenta: el valor de escribir CÉSAR CAMILO RAMÍREZ, DIRECTOR EDITORIAL SM	23

CATEGORÍA
ESTUDIANTES
HASTA SÉPTIMO
GRADO
p. 26

1	Olor a chocolate	29
	La invitada no invitada	33
	La mujer del pescador supersticioso	37
	Cuando la señora zorra olvidó de qué se alimentaba	43
	El señor plastilero	49
	Sigues tú	53
	Una confusión fantasmal	57
	La triste historia del mar que un día se ahogó	63
	Triangulilandia	69
	Christopher y su amigo Sombrerín	75

CATEGORÍA
ESTUDIANTES
DE OCTAVO
HASTA UNDÉCIMO
GRADO
p. 80

2	La verdad sobre las moscas	83
	<i>Crescendo</i> alado	89
	El vano recuerdo de lo ocurrido la víspera	97
	Beni	103
	El par de mocasines	109
	Solo	117
	Afecto por cable	121
	El sabor de la nobleza	127
	El que tenga alas que vuele	133
	La muerte anda en bicicleta	141
	La sombra	147
	Contando agujeros	151

CATEGORÍA
ESTUDIANTES
DE EDUCACIÓN
SUPERIOR
p. 156

3	La historia tras la historia en la oscuridad	159
	El boquinche	165
	Sueño eterno	171
	El juez sin rostro	177
	El siguiente	183
	La noche de las orejas blancas	189
	Ahora sí dan ganas	193
	Luna menguante	199
	El loco y el mar	205
	La hoja de papel	211

CATEGORÍA
DOCENTES
p. 216

4	El puente de Iseq	219
	La Navidad feliz de la abuela Ana	223
	El pescador de sierra	231
	La costurera de Bolívar	237
	Presagio	243

Acta del jurado

CUARTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL, HOMENAJE A JOSÉ EUSTAQUIO PALACIOS	248
---	-----



Concurso Nacional de Cuento

RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL

Con el propósito de promover la escritura creativa entre niños, niñas, jóvenes y docentes del país, para favorecer el desarrollo de sus competencias comunicativas y hacer un aporte a la formación de mejores ciudadanos, el Ministerio de Educación Nacional y RCN Radio y Televisión realizan anualmente el Concurso Nacional de Cuento.

Ciento treinta mil cuentos participantes de los 32 departamentos de Colombia, escritos por estudiantes y docentes, son la evidencia de un fenómeno literario que ha venido viviendo el país desde 2007.

Más que un concurso, este proyecto se ha convertido en el marco de varios procesos: talleres de actualización docente en creación literaria, talleres de escritura para estudiantes, espacios virtuales para docentes y estudiantes y, sobre todo, el diálogo y la alianza entre los sectores público y privado en torno a un fin común: el mejoramiento de la calidad de la educación en el país.

A través de la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN se adelanta la evaluación de los cuentos participantes; en este proceso participan alrededor de 32 universidades colombianas con más de 600 evaluadores en línea. La selección de los textos ganadores está a cargo de un jurado conformado por destacados

escritores nacionales y extranjeros. Los ganadores son invitados al Hay Festival Cartagena y sus obras son publicadas en el libro *Colombia cuenta*. ■

CONÉCTESE CON EL CONCURSO NACIONAL DE CUENTO EN:

- www.colombiaaprende.edu.co/concursodecuento
- www.twitter.com/ConcurNalCuento
- www.canalrcnmsn.com
- www.rcnradio.com
- Grupo en Facebook: Concurso Nacional de Cuento RCN - Ministerio de Educación Nacional



Estimados lectores

MARÍA FERNANDA CAMPO SAAVEDRA

Ministra de Educación

Los estudiantes y maestros de nuestro país tienen mucho por decir, por escribir y por contar. 33013 cuentos participantes durante la cuarta versión del Concurso Nacional de Cuento, homenaje a José Eustaquio Palacios, son la prueba más contundente del interés narrativo de los colombianos. Miles de voces fueron plasmadas en cortas, pero contundentes líneas, muchas manos se dejaron llevar por el talento y la imaginación que corre por las venas de nuestros maestros y estudiantes.

Desde sus inicios, el Concurso Nacional de Cuento ha procurado que el interés por la escritura y la lectura se expanda por cada uno de los rincones colombianos. Año tras año nos convencemos más de la calidad literaria en la escritura de nuestros niños, niñas, jóvenes y docentes y justamente por eso procuramos que las acciones emprendidas en este proyecto motiven y brinden espacios de expresión y reconocimiento al talento de nuestros participantes.

Uno de ellos es justamente *Colombia cuenta*. Aquí no solo se presentan los cuentos ganadores del concurso, sino que también se abren las ventanas a un horizonte de país en el que podemos deleitarnos con el futuro narrativo colombiano y viajar por las letras

de Cesar, Córdoba, Santander, Risaralda y otros departamentos de nuestro país.

En esta ocasión “La invitada no invitada”, “El par de mocasines”, “El boquinche”, “El pescador de la sierra” y otros treinta y tres cuentos, demuestran que escribir no es tarea fácil, es un proceso que requiere dedicación, esfuerzo y perseverancia, pero sobre todo un interés infinito por comunicarse con el mundo y consigo mismo. Los cuentos que aquí presentamos contienen todos esos ingredientes, además de una predominante calidad que les hizo alcanzar la aceptación de los diferentes jurados nacionales e internacionales que participaron en el proceso de evaluación, otorgándoles el galardón en la cuarta versión del Concurso Nacional de Cuento.

Esperamos que este libro se convierta en la carta de invitación para que ustedes, lectores, se dejen contagiar de la magia de la lectura y la escritura, caminos por excelencia de comprensión y comunicación con nuestra realidad. ■



“Historias que cuentan”

FERNANDO MOLINA

RCN Radio

GABRIEL REYES C.

RCN Televisión

En este libro encontrará los cuentos ganadores de la cuarta convocatoria del Concurso Nacional de Cuento RCN-Ministerio de Educación.

Para el año en que estos textos fueron seleccionados como ganadores, alcanzábamos la cifra de 130 000 inscritos al concurso desde el inicio de este proyecto en el año 2007. A través de la lectura de ellos hemos podido conocer acerca de los mundos reales e imaginarios que nuestros niños, jóvenes y docentes sueñan, viven y construyen; difícil pensar en una muestra similar, en representación y tamaño.

Con este concurso hemos tenido la oportunidad de estimular la escritura, la lectura y hacer énfasis en el valor y el poder de la creatividad y de la comunicación. De eso se trata este concurso porque la escritura y la lectura, combinadas con imaginación, son competencias fundamentales para la vida y el desempeño académico y profesional del individuo.

Para RCN Radio y Televisión, esta experiencia ha sido estimulante y gratificante. La alianza que por más de cuatro años hemos sostenido con el Ministerio de Educación Nacional nos ha confirmado el extraordinario poder que tienen las alianzas publico-privadas hechas a largo plazo, con claridad en los objetivos y las metas de impacto.

Hasta el momento hemos dictado 295 talleres de creación literaria a 14608 docentes y 7000 estudiantes y 87 brigadas de tecnología a maestros en distintas regiones del país. En el proceso de evaluación han participado 32 universidades de Colombia y 600 evaluadores.

La respuesta a este concurso nos ha animado a reanudar el compromiso y continuar nuestro trabajo en busca de la mejor manera de acompañar a los docentes en los procesos de enseñanza. Para ellos hemos elaborado una serie de materiales que entregamos en los talleres y que circulamos de manera virtual en nuestras páginas. La apropiación de estas herramientas pedagógicas por parte de los docentes y la consulta que a diario hacen nuestros estudiantes nos confirman que aquí está ocurriendo algo valioso en torno a la literatura, la escritura y la lectura.

Para RCN Radio y Televisión está claro que el apoyo a la educación es una prioridad en términos de inversión social, pero que sin socios como los actuales, los resultados no serían iguales. Aprovechamos la oportunidad para agradecer a los más de 30 escritores que a través de talleres y en nombre del concurso recorren municipios lejanos, incentivando en los docentes la práctica de nuevas técnicas de enseñanza. También agradecemos a los evaluadores y a ASCUN quienes, con dedicación y paciencia, estudian los cuentos en la primera instancia de evaluación con un juicioso conocimiento de los criterios promovidos por la organización del concurso. Por último, al Hay Festival, que se realiza en Cartagena, le agradecemos el espacio que nos ha abierto anualmente; difícil encontrar un momento más espléndido para premiar a nuestros escritores.

Estos cuentos representan el talento de nuestros estudiantes y docentes.

Sabemos que los disfrutarán.

Bogotá, mayo de 2011 ■

La formación y la evaluación

ASOCIACIÓN COLOMBIANA DE UNIVERSIDADES
(ASCUN)

El Ministerio de Educación Nacional, consciente del papel que cumplen los mediadores para el eficaz desarrollo de las competencias comunicativas de los estudiantes de los diferentes niveles educativos, y con el propósito de estimular la escritura en sus diversas manifestaciones, ha dispuesto, desde la primera versión del Concurso Nacional de Cuento (2007), la realización de jornadas de actualización docente a lo largo de la geografía nacional, dirigidos a profesores de distintas instituciones educativas, de todas las áreas del conocimiento.

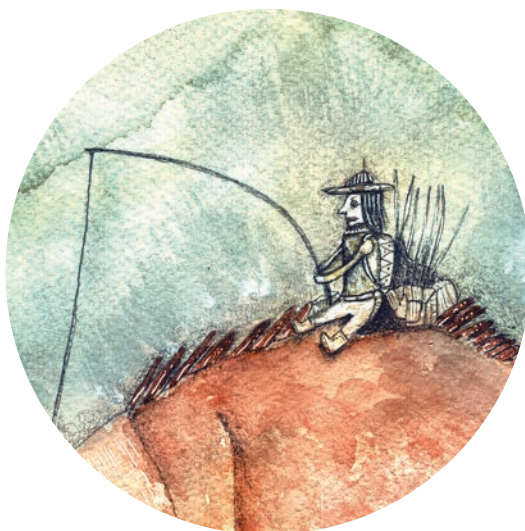
En este propósito, la Asociación Colombiana de Universidades, ASCUN, ha venido apoyando, en primer lugar, las propuestas pedagógicas y las condiciones técnicas y operativas indispensables para la realización de estas jornadas; en segundo lugar, ha apoyado conceptual y metodológicamente los talleres de escritura para niños, niñas y jóvenes de las distintas regiones y, en tercer lugar, ha incorporado las innovaciones y transformaciones necesarias para el desarrollo de las jornadas, de acuerdo con análisis rigurosos hechos por dos investigaciones adelantadas, a partir del material escrito allegado al concurso, y una tercera: “Impacto de los recursos virtuales y los talleres de formación docente en el desarrollo de

competencias comunicativas”. “La experiencia del Concurso Nacional de Cuento”, en la que la misma Asociación participó.

En palabras de los docentes, estas jornadas representan una oportunidad de mejoramiento personal y profesional. Los talleres los motivan para trabajar la escritura en sus clases; consideran la lectura y la escritura como elementos decisivos en el ámbito escolar; asocian estas destrezas con el desarrollo integral, con la creatividad, con el conocimiento, con el contexto y con la calidad educativa; consideran que los temas desarrollados son aplicables a su labor docente; creen que pueden ser multiplicadores de los aprendizajes alcanzados con sus comunidades educativas y con los padres de familia. Destacan, así mismo, la calidad de estos espacios; valoran que compartan con ellos los resultados de las investigaciones adelantadas con los cuentos participantes; y reconocen el valor de aprender ciertos usos de las TIC, entre otros. Estas manifestaciones de los maestros son razones que justifican que esta experiencia se convierta en un ejercicio sostenido. En síntesis, para ellos ha significado una oportunidad única para actualizar conocimientos y adquirir estrategias que les permitan renovar sus prácticas y estar más activos con el mundo académico, propio de su profesión. A la fecha, cerca de 15 000 docentes han hecho parte de estas jornadas, cifra ya superada por la cantidad de niños y jóvenes que también se han beneficiado.

En manos de Asociación Colombiana de Universidades, por último, ha estado uno de los procesos más importantes del entorno del Concurso Nacional de Cuento, y es la responsabilidad de valorar las producciones que, a través de la página de Colombiaaprende, año tras año, ingresan al concurso (más de cien mil, en cuatro años). Por su parte, las apreciaciones de los más de seiscientos lectores, entre quienes están estudiantes universitarios, profesores

de pregrado y posgrado y escritores de trayectoria, pertenecientes a universidades públicas y privadas del país, y que hacen parte de la Red de Lectura y Escritura en Educación Superior, REDLEES, han brindado la oportunidad de conocer fortalezas y debilidades de los procesos de producción escrita de los niños, niñas, jóvenes y docentes del país. Esto, por supuesto, deja una responsabilidad adicional importante para trabajar en el futuro y de manera sostenida, junto con los organismos gubernamentales para el fortalecimiento de estos procesos, sin los cuales no se puede pensar un ejercicio formativo y ciudadano completo. ■





Oportunidades que cuentan

JAIME ABELLO BANFI

Colombia cuenta es una historia de éxito con cuatro ediciones. Pero más allá de las impresionantes estadísticas acumuladas por el Concurso Nacional de Cuento al llegar a su cuarta versión –que rinde homenaje a José Eustaquio Palacios–, con magnitudes que reflejan un formidable esfuerzo organizativo, hay tres aspectos que siempre me han atraído del proyecto y que deseo resaltar en este prólogo.

En primer lugar, su finalidad de generar oportunidades de crecimiento personal para nuestros niños y jóvenes, y también para sus profesores, mediante el estímulo a la creatividad y a la libre expresión, así como a la potenciales aptitudes y vocaciones que en muchos de ellos hay para el oficio de escribir. La invitación a concursar con cuentos originales es una forma sencilla y a la vez atractiva de motivación y apoyo, como las que pedía Gabriel García Márquez en “Un manual para ser niño”, uno de los pocos ensayos que publicó, a manera de contribución a la Misión de Ciencia, Educación y Desarrollo en 1994: ... “Esto quiere decir que cuando un niño llega a la escuela primaria puede ir ya predispuesto por la naturaleza para alguno de esos oficios, aunque todavía no lo sepa. Y tal vez no lo sepa nunca, pero su destino puede ser mejor si alguien lo ayuda a descubrirlo. No para forzarlo en ningún sentido, sino para crearle condiciones favorables y alentarle a gozar sin temores de su juguete preferido”.

Están luego los textos que nos deja cada cosecha anual. El concurso nos proporciona a miles de lectores la grata oportunidad de recorrer en libros de papel o a través de Internet las compilaciones de los cuentos ganadores que constituyen un rico mosaico de paseos narrativos por vastos territorios de la imaginación nacional que van de lo deliciosamente fantástico a lo dolorosamente realista. El acta del jurado internacional trae una apropiada síntesis y análisis de las significativas tendencias que se vislumbran en los temas y personajes, según los distintos grupos de edades en que se clasifican los autores, gracias a que un “trabajo pedagógico constante empieza a echar raíces en nuestros niños y jóvenes y a dar buenos frutos”.

Finalmente, el interesante modelo de alianza social con visión de largo plazo logrado entre Gobierno, empresa privada y sistema educativo. Es de celebrar que RCN y el Ministerio de Educación Nacional hayan sido capaces de poner en marcha y de sostener una formidable red de colaboración pública-privada en la que se brindan oportunidades de participación a miles de personas e instituciones: desde los funcionarios y los responsables directos de la gestión de un proyecto complejo y verdaderamente nacional que involucra múltiples estrategias de promoción, aprendizaje, escritura creativa y lectura con uso de las TIC, pasando por quienes intervienen en los talleres, las jornadas de actualización y las distintas fases de selección con ayuda de las universidades, e incluyendo los aportes de destacados periodistas y escritores.

Pero lo que más cuenta son los maestros y estudiantes de todos los departamentos de Colombia que con ilusión se ponen las pilas para escribir decenas de miles de nuevas historias en un proceso masivo de movilización creativa que los enriquece a ellos como personas y que nos dignifica a todos nosotros como sociedad. ■

Colombia cuenta: el valor de escribir

CÉSAR CAMILO RAMÍREZ

Director editorial SM

Las cifras son contundentes y quizás únicas en el mundo: casi 130 000 cuentos escritos a lo largo de cuatro años, provenientes de 971 municipios localizados en los 32 departamentos del país. De estos relatos, 74 662 han sido escritos por niñas y 55 016 por niños colombianos, quienes enfrentaron el reto de la página en blanco y decidieron consignar su imaginación en palabras e imágenes con la ilusión de llegar a la instancia final del Concurso Nacional de Cuento.

Y en la siguiente fase los datos no dejan de sorprender: 2 253 estudiantes universitarios se han ocupado de leer y cribar dichos relatos, con el fin de seleccionar aquellos que un jurado de lujo se encargara de evaluar para escoger los 35 cuentos y autores finalistas que serán galardonados durante la última semana de enero en una conmovedora ceremonia en el Teatro Pedro de Heredia.

Y así, cada año en Cartagena de Indias se cierra una edición y se abre otra del Concurso Nacional de Cuento, esta magnífica iniciativa del Ministerio de Educación Nacional y RCN Radio y Televisión, que busca fomentar la escritura literaria entre los estudiantes y los docentes colombianos, y que ha abierto la puerta para que el país más joven exprese su imaginación creadora a través de unos rela-

tos en los que conviven historias fantásticas de gran ternura y valor expresivo, junto con pesadillas terribles marcadas por la violencia y la muerte.

Y en eso radica uno de los valores principales del concurso: en abrir una ventana para que el país exprese sus sueños y temores más profundos y de esta manera contribuir a la construcción de su memoria y su identidad. Provenientes de lugares tan distantes como San José del Guaviare o la península de La Guajira, en la mayor parte de estos relatos se asoma una Colombia plena de dramatismo, dolor, sorpresa y unas cuantas alegrías que saltan a los ojos del lector como una metáfora de nuestra realidad diversa.

Desde la primera versión del concurso, la Fundación SM se une a esta encomiable experiencia aportando la edición y distribución del libro que reúne los cuentos finalistas de las diferentes categorías. Es una colaboración que nos enorgullece, mediante la cual hacemos evidente nuestro compromiso con las iniciativas que fomenten el desarrollo de la lectura y la escritura dentro de los más jóvenes.

Por otra parte, nos produce satisfacción saber que el libro de los finalistas vuelve a su fuente original y circulará de mano en mano en la comunidad escolar de Colombia. Ojalá que el esfuerzo y la ilusión que hemos puesto en este proyecto y que se expresa en una obra de gran calidad, y factura gráfica contribuya a fomentar la imaginación de nuestros jóvenes y su interés por leer y expresar nuestra realidad de una manera literaria. ■



MOCARI

NATALIA LEONOR MOLINA
Cuando la señora zorra olvidó
de qué se alimentaba

43

BOGOTÁ

NICOLASA MARÍN GONZÁLEZ
La mujer del pescador supersticioso

37



MEDELLÍN

ANDRÉS HUMBERTO
VALDEZ RESTREPO
Olor a chocolate

29

ENVIGADO

JUAN SEBASTIÁN PELÁEZ CALLE
La invitada no invitada

33

ESTUDIANTES HASTA SÉPTIMO GRADO

CALI

CRISTHIAN ALVEAR
HERNÁNDEZ

Sigues tú

53

RIOSUCIO

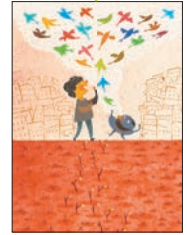
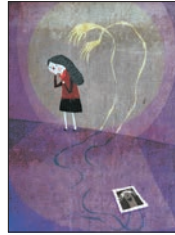
ISABELA ESCOBAR PÉREZ
Una confusión fantasmal

57

BARBOSA

JUAN DAVID GONZÁLEZ RINCÓN
Christopher y su amigo Sombrerín

75



BOGOTÁ

JUAN PABLO SIMÓN RICO FERNÁNDEZ
El señor plastilnero

49

TÁMESIS

SANTIAGO MURCIA
CUADROS

Triangulilandia

69

CALI

KAREN IVETH FERNÁNDEZ MONSALVE
La triste historia del mar
que un día se ahogó

63



Olor a chocolate



ANDRÉS HUMBERTO VALDEZ RESTREPO
MEDELLÍN

No escribo tanto. De vez en cuando me nace una idea bonita y con el paso de los días o meses la voy desarrollando. Me toma tiempo escribir una historia pues a veces no encuentro las palabras para expresar lo que siento. Le dedico este cuento a mi amiga Gisela López.

**Grado séptimo, Institución
Educativa Sol de Oriente,
Medellín, Antioquia**

Olor a chocolate

ANDRÉS HUMBERTO VALDEZ RESTREPO

Cada día de lluvia la veía pasar, con su sombrilla alegre y su dulce caminar.

Yo trabajaba en un pequeño taller, pintando o intentando pintar. No era muy espacioso, ni tampoco elegante, pero tenía una vista perfecta a la calle de enfrente por donde ella caminaba iluminando el aire y dejando tras de sí ese aroma a chocolate; parecía como si viniera de la fantasía, directo de un país en donde todo era dulce.

Empecé a dibujarla. Primero, con mucha cautela, dibujé su sombrilla y su vestido: el mismo traje color marquesa cubierto con la misma gabardina roja.

Retraté su cabello, tan perfecto y tan largo, también sus manos frías y su collar de perlas. Aunque el agua hacía difícil describir su mirada, siempre tuvo en sus pupilas esa luz que gritaba amores y bonitas jornadas.

Ella no sabía que yo la contemplaba.

Hasta que ocurrió lo impensable.

Un día de tormenta ella caminó rápidamente y sin sombrilla por la calle de siempre, sin intentar proteger el cabello con sus brazos. Entonces supe que se había esfumado de sus ojos ese brillo tan puro que solía tener. Se le opacaron las mejillas, se le con-

gelaron los labios y hasta el suave maquillaje que llevaba puesto desapareció.

Irradiaba una tristeza única y contagiosa, tanto que el panorama comenzó a tornarse oscuro, tanto que su fragancia a chocolate comenzó a desvanecerse con cada segundo...

Algún nefasto ser le había roto el alma y le había arrancado el corazón.

En mi lienzo corría sangre en vez de miel.

Corrí hasta donde ella se encontraba, la tapé con mi delantal blanco y le dije mi nombre al oído, pero ella nunca mencionó el suyo. La invité a quedarse en mi sencillo taller. No dijo ni una palabra. Se sentó en la primera silla que le pareció cómoda, cuando sintió confianza me contó su historia con un tono de nostálgico desamor irremediable.

Estaba por amainar la tormenta cuando ella agradeció mi gentileza y dijo que vendría a visitarme algún día.

No volvió a pasar nunca por esa calle lúgubre que presencié su pena.

Yo me mudé a otra parte, a otro taller, uno más grande, y me llevé conmigo el retrato.

Así pasó mi tiempo, rápido y desapercibido.

Hasta que una mañana, cuando el sol apenas se asomaba, la sangre que un día su pecho derramó se había borrado del lienzo.

Cuando alcé la mirada sentí que el viento amable traía ese particular olor a chocolate. Y entonces la vi a ella, sonriente, sin sombrilla ni perlas, sentada en una silla que estaba en frente de mí, con un brillo en los ojos más lúcido que abril y los labios cada vez más encendidos.

Se inclinó lentamente, me tomó de la mano y con una voz plena me susurró su nombre al oído. ■



La invitada no invitada



JUAN SEBASTIÁN PELÁEZ CALLE ENVIGADO

Soy hijo de dos enamorados de las letras que también son buenos contadores de historias. Desde muy niño he escuchado a mi padre, un hombre de origen campesino, inteligente y honesto de Yarumal, Antioquia, contar con mucho orgullo todas las anécdotas, tristezas y alegrías de su infancia; mi madre, como es maestra, me ha enseñado que aprender es una fiesta, haciendo de cada momento cotidiano una oportunidad para una canción, un poema, una trova, trabalenguas y muchos cuentos. Me enseñó a leer y a escribir antes de los cuatro años y desde entonces devoro libros como panecillos. Encuentro

mucho placer en la lectura y, además de que me divierto, aprendo cosas nuevas. Cuando sea grande quiero ser un buen abogado como mi papá, un gran escritor como García Márquez, pero sobre todo quiero llegar a ser un excelente ser humano como los padres que Dios me dio como regalo. Doy gracias a RCN y al Ministerio de Educación por la maravillosa experiencia de haber participado en el concurso ya que me ha motivado a seguir escribiendo.

**Grado tercero, Unidad Educativa
San Marcos, Envigado, Antioquia**

La invitada no invitada

JUAN SEBASTIÁN PELÁEZ CALLE

Habíamos terminado la cena, un delicioso pollo relleno que mi tía Martha había preparado, y nos disponíamos a comer el succulento pastel de chocolate y vainilla. Mi padre, un hombre alegre, inteligente y bueno, se disponía a soplar las velas de su pastel cuando apareció ella en el umbral de la puerta.

Era grande, sus ojos brillaban en la oscuridad, su pelo era suave y negro, sus uñas afiladas y sus orejas pequeñas; comenzó a mirarnos, parecía burlarse de nosotros dejando ver unos pequeños y afilados dientes.

Mi mamá empezó a contemplarla y retrocedió aterrorizada. De un salto, mi madre y todas las mujeres presentes se encaramaron sobre la mesa. En ese momento la invitada no invitada también saltó sobre la mesa, el pastel voló por los aires y le cayó en la cabeza de mi tía Martha, quien gritaba y daba alaridos.

Mi papá, mi tío John Jairo, mi primo John Sebastián y yo nos armamos con el cucharón, la escoba, la trapeadora y hasta con el matamoscas; empezamos a perseguirla por toda la casa.

—¡Por aquí, por aquí! —gritaba mi tío John Jairo mientras corría agitando la trapeadora.

Como el pobre hombre estaba tan rechoncho empezó a rebotar como una pelota luego de resbalar en un trozo de pastel; mi papá, quien venía corriendo como volador sin palo, cayó justo sobre la panza del tío y a su vez rebotó como niño en un inflable; John Sebastián y yo llegamos en silencio. Íbamos a acorralarla...

Mi primo le pegó un palazo en la cabeza mientras que yo le di con el matamoscas en la cadera; valientemente ella resistía y nos enseñaba sus dientes y sus uñas afiladas.

Pero, cuando casi la dominábamos, la pobre invitada, maltrecha y aturdida, se escapó por entre las piernas de mi primo.

—¡Auxilio! ¡Auxilio!, me muero —gritaba mi primo mientras su cara se ponía morada. No podía respirar. Al sentir el cuerpo de la invitada tocando sus piernas cayó desmayado en el mueble y el monstruo aterrador empezó a darle vueltas por su cabeza.

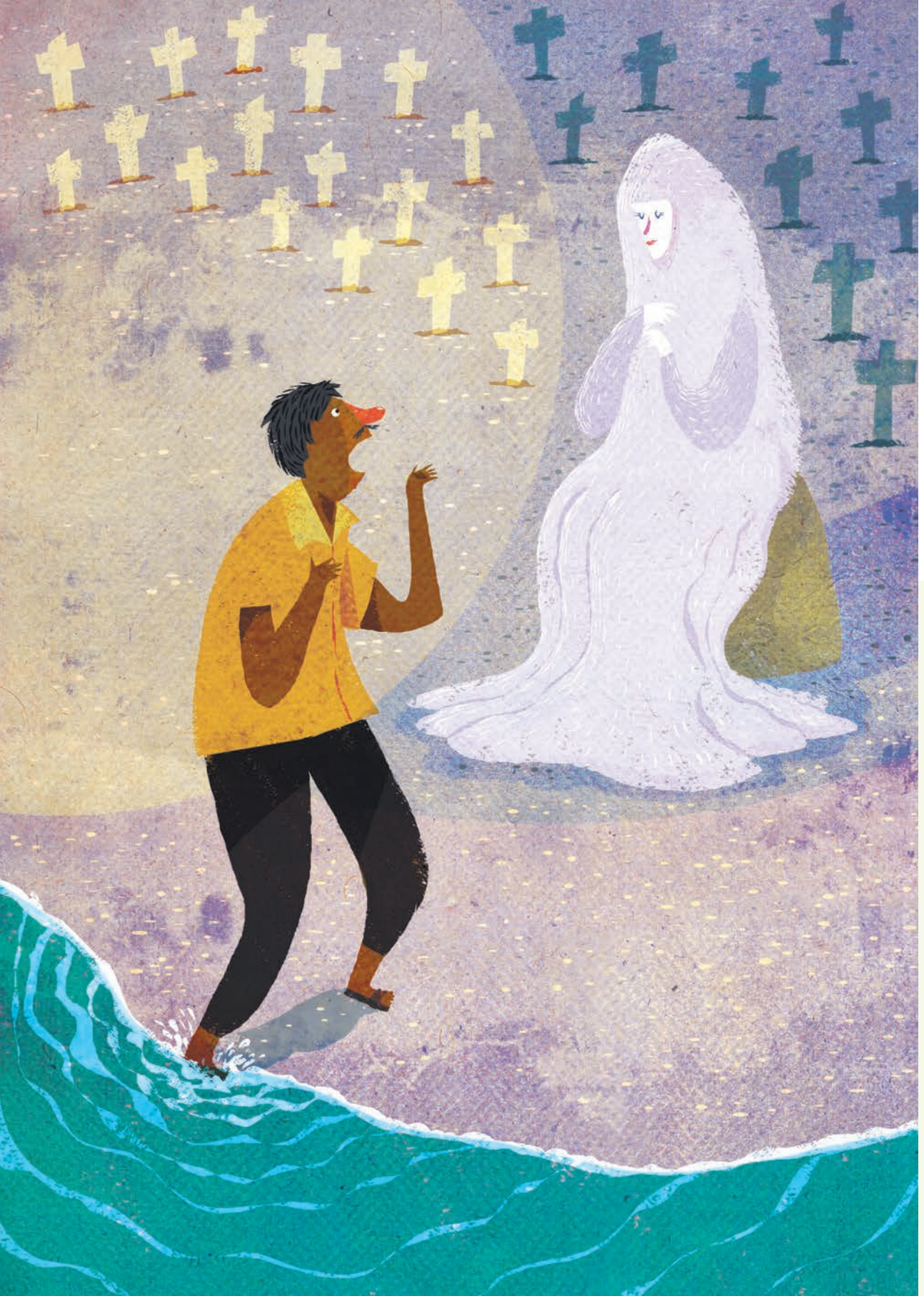
En medio de la confusión, cogí el palo. Fui tras la invitada que trataba de escapar.

Luego de unos minutos de profundo silencio regresé.

—¿Atrapaste a ese horrible y gigante monstruo? —preguntó mi primo mientras abría sus ojos desmesuradamente.

—Sí, —le respondí mientras levantaba de la cola a la invitada no invitada.

La diminuta rata. ■



La mujer del pescador supersticioso



NICOLASA MARÍN GONZÁLEZ
BOGOTÁ

Muchas veces me preguntaron por otros, y les dije muchas cosas, pero hoy me preguntaron por mí y no supe qué decir; después de mucho pensar me di cuenta de que soy por las muchas otras cosas que pasaron antes de que viniera yo, como esa noche en Cali cuando mi papá soñó con la nena recién nacida que, estando en sus brazos, le dijo que quería llamarse Nicolasa; o ese 13 de diciembre, por allá en 1986, cuando mis papás se conocieron. También estoy acá por las cosas que pasaron después de que yo viniera, como mi afición por los libros, o por escribir, o por interpretar todo a mi manera;

incluso estoy acá por la gente que he conocido, mi familia, por mi colegio de Bogotá, y ahora por mi colegio de Medellín; estoy acá hasta por esa vez que me inspiré, a los seis años, y escribí un guión nunca interpretado; por las cartas a mis padres, por Pablo Neruda y su poema 15, por mi profesor de español, por la inspiración de la música. Yo soy el producto de todas esas cosas que pasaron porque al fin y al cabo somos el resultado de lo que hemos vivido.

Grado séptimo, Liceo Segovia, Bogotá D. C.

La mujer del pescador supersticioso

NICOLASA MARÍN GONZÁLEZ

Hace años, muy cerca a la ciudad de El Cairo, vivía un pescador. Se llamaba Amir, era un hombre muy trabajador, un esposo fiel y un buen ciudadano. Lo único malo eran sus creencias supersticiosas.

Amir tenía un leal amigo llamado Casim, a quien le gustaba conquistar todo tipo de mujeres. Hablaban día y noche.

La esposa de Amir, Savannah, cansada porque el pescador ya no le prestaba atención y ni siquiera hablaba con ella, decidió separarlos. Aprovechándose de las supersticiones de su marido, y conociendo el gusto que tenía Casim por las mujeres, les tendió una trampa.

Amir iba en las tardes, acompañado por Casim, al lago del cementerio pues allí la pesca era mejor que en ningún otro lugar. Con una pata de conejo colgada al cuello se sentaba sobre una roca blanca y lisa.

Un día, Savannah se vistió con una túnica larga y blanca, un pañuelo del mismo color cubría su cabeza, se puso tiza en toda la cara, se maquilló los labios y fue al cementerio. Se sentó en la roca blanca y lisa a esperar a su esposo, intentando estar lo más lejos posible del agua pues no sabía nadar.

Cuando Amir llegó, Casim aún no estaba allí. Sólo estaba aquella mujer, pálida como la leche y con labios rojos como la rosa. De inmediato, Amir recordó la historia de la mujer fantasma que rondaba por la zona y agarrando su pata de conejo se echó al suelo a rogar misericordia.

—No temas pescador —dijo Savannah con voz sepulcral— no voy a hacerte daño; sólo vengo a decirte que Casim quiere quedarse con tu mujer.

—¿Con mi mujer? —preguntó atónito Amir—, es imposible, él no haría eso, ¡es mi mejor amigo!

—¿Quién te importa más, tu esposa o tu amigo? —sentenció la mujer.

Amir guardó silencio.

—¿Ves?, tus amistades no son lo que parecían —dijo Savannah con tono de satisfacción—. ¿Qué harás ahora?

Él la miró con odio y le dijo:

—¿Por qué habría de creerte, si no eres más que una muerta?

Savannah quedó impresionada por la respuesta de su marido y, sin pensarlo dos veces, se quitó la capucha y dijo:

—Soy el fantasma de tu mujer.

Amir se asombró en un instante y cayó al suelo como electrocutado.

—¿Amir?, no juegues, era una broma, ¡¿Amir?! —gritó Savannah llena de pánico.

Luego vio a un hombre que se acercaba. Era Casim.

—Savannah, ¿eres tú? —dijo mirándola—. ¿Qué te pasa? ¿Por qué tienes esa cara?

Casim vio el cuerpo inerte de su amigo y luego se dirigió a ella.

—¿Qué le hiciste, mujer?

—¡Nada!, lo juro, era una broma.

Casim empezó a gritarle improperios; ella sólo miraba a su esposo muerto.

Casim se descontroló y la tiró al lago.

—¡Auxilio!, Casim, ¡me ahogo! —gritaba desesperada Savannah.

Casim se alejó lentamente llorando, con el cuerpo de Amir entre sus brazos. De pronto, Amir despertó:

—¿Qué pasó? ¿Dónde está Savannah? —dijo Amir mientras se desprendía de los brazos de su amigo.

Casim dejó de llorar. Creyó que nunca más iban a salir lágrimas de sus ojos porque se habían evaporado.

Superó su impresión y con voz calmada le dijo a su amigo:

—Cayó al lago. ■





Cuando la señora zorra olvidó de qué se alimentaba



NATALIA LEONOR MOLINA
MOCARI

Nací el 29 de mayo del año 2000 en la tierra donde se hace el bollo dulce y se baila fandango, en un pueblo que es más viejo que la capital del departamento de Córdoba, Mocari, por aquí pasa el río Sinú y todos los días tengo la dicha de verlo cuando voy para el colegio. Soy una niña muy juiciosa y comprometida con mis estudios y mis deberes. Tengo muchos amigos de mi edad, pero también me gusta hacer amistad con personas mayores, me gusta que me cuenten cosas que sucedieron hace mucho tiempo, mi mejor amigo de mis amigos mayores fue mi inolvidable abuelo, Eulalio Molina Martínez. Tengo varias

historias que quiero escribir, pero primero quiero leer mucho para aprender a expresar todo lo que hay en mi mente; mi gran sueño es llegar a publicar la historia de mi abuelo. Claro que también saco tiempo para hacer teatro, hacer cine y montar en bicicleta. Soy muy feliz. Gracias a mi institución educativa, a mi mamá y a todos mis maestros, a la profe Baldiris Castro y al profesor Oscar Vega Benito-Revollo soy una de las ganadoras de este concurso.

Grado quinto, Institución Educativa Camilo Torres, Mocari, Córdoba

Cuando la señora zorra olvidó de qué se alimentaba

NATALIA LEONOR MOLINA

Una zorra tenía hambre y decidió dirigirse al gallinero pensando, “me voy a comer un pollo grande y sabroso”.

Cuando estaba pasando bajo el cocotero se detuvo un momento a descansar, imaginando nuevamente el delicioso pollo que comería; justo en ese momento cayó un coco seco en su cabeza, el golpe fue tan fuerte que la zorra perdió el conocimiento.

Pasó mucho tiempo hasta que volvió en sí, pero el golpe le produjo amnesia y no sabía quién era, sólo sentía mucha hambre y no recordaba de qué se alimentaba.

En medio del desespero por la situación empezó a correr cerca del gallinero y gritaba:

—Ay, ay, ay, qué hambre tengo y ni siquiera sé quién soy ni qué puedo comer.

Un pato que pasaba por allí la escuchó y le dijo:

—Oye, pero si eres una zorra, tú comes gallinas y pollos, sobre todo estos últimos que son más fáciles de agarrar.

Entonces la zorra entró al gallinero y vio la cantidad y variedad de gallinas y pollos que allí había, recordó lo que le había dicho el pato, pero cuando se dirigía hacia lo que sería su presa, un pollito, le dijo:

—Hola señora, es usted muy bonita, pero está un poco despeinada, permítame que la peine.

En ese momento llegaron más pollitos y pollitas; la zorra no sabía qué hacer, sólo se dejó contagiar por esa emoción. Unos la peinaban, otras le limpiaban las uñas, otros le hacían cariñitos, otros le traían lombrices y maíz, la zorra los comía, pero el hambre seguía.

Cuando el pato, que era muy envidioso, vio la amistad entre la zorra y los pollitos se llenó de ira.

Enfadado, llamó a la zorra y le dijo:

—Oye tú, ven acá, como juegas con tu comida pronto vendrá el cuidandero y te dará una paliza, de modo que no alcanzarás a comer y morirás de hambre.

La zorra miró hacia donde estaban los pollitos, pero al ver la sonrisa y la ternura con que la miraban les respondió de la misma manera y siguió jugando con ellos.

Aunque seguía con hambre, se la aguantaba.

De pronto, llegó el cuidandero.

La zorra se marchó hablando sola por el camino, “qué pollitos tan buenos, cómo me quieren y yo también a ellos, son mis amigos, ese pato es un malvado, mañana me lo voy a comer y así podré calmar mi hambre y seguir con mis amigos”.

El pato alcanzó a oírla y se asustó: “¡Ay mamá! ¿Qué voy a hacer? La zorra me va a comer”. Y se quedó pensando un momento más.

“¡Ya sé que voy a hacer! Como a la zorra le gusta tener amigos pollitos, me voy a disfrazar de uno, así no me comerá”.

Al día siguiente la zorra iba dispuesta a comerse al malvado pato y a seguir jugando con sus amigos los pollitos, todos con características tan particulares.

Pollita Mary, que quería ser bailarina, todo el tiempo bailaba para la zorra.

Pollita Sandy tenía una varita y decía que era mágica porque con ella escarbaba la tierra y encontraba lombrices.

Pollita Chiqui le dijo que lo que más le gustaba hacer era peinarse y peinar a los demás pollos, y que era la primera vez que peinaban a otro animal distinto, pero que había sido agradable.

Pollito Kike le dijo que tenía muchos granos de maíz guardados para cuando él creciera y que cada día guardaría muchos más para poder compartírselos con sus compañeros puesto que ellos también crecerían.

Pollito Fredy sólo se sabía un chiste: “en una ocasión un policía detuvo a un borracho y lo acusó de haberse robado un pollito que llevaba, entonces el borracho se defendió diciendo que el pollito era su sobrino porque cuando lo vio pasar por donde estaba le dijo tío, tío, tío”; todos los pollitos reían pues no conocían otro chiste.

Pollito Neir era juguetón y le gustaba hacerles cosquillas a los demás.

La zorra iba tan feliz recordando a sus amigos que no vio la raíz de un árbol que sobresalía de la tierra, tropezó, cayó al suelo, se dio un tremendo golpe en la cabeza y de inmediato recuperó la memoria; ya sabía quién era y cuánta hambre tenía.

Ya cerca del gallinero vio un pollo gordísimo que se acercaba. Era el malvado pato disfrazado al que, sin saber que la zorra había recuperado la memoria, no se le ocurrió correr porque pensó que sería otra la presa.

La señora zorra se devoró al gran pollo y quedó tan llena que enseguida se fue. ■





El señor plastilinero



JUAN PABLO SIMÓN RICO FERNÁNDEZ
BOGOTÁ

Con un lápiz y un papel puedo dar fe de que el mundo puede mejorar y los niños jamás volveremos a llorar. Con mis grandiosas alas de la ilusión podré volar a mi casa propia junto al mar; soñar con un clarinete para tocar y transportar notas de libertad; con una mamá que hable conmigo de tú a turututú, me abraze con su alma y nunca muera; con un triciclo que ruede entre nubes de colores; con una biblioteca con los cuentos más preciosos jamás antes leídos; con un tío Kike que me obsequie un piano con sonidos infinitos; con un abuelito químico que prepare

recetas para la ternura con una abuelita moderna que baile el chachachá. Nos toca reír, reír es genial; nos toca escribir un mejor país, buscar la puerta adecuada y abrirla con decisión, ver siempre adelante y nunca atrás. Gracias mamita linda por tu fuerza y amor. Gracias bella familia Buitrago Castillo Lozano Kure. Un abrazo a mis compañeros de curso y a mi profesora Doris.

Grado segundo, Colegio Aquileo Parra (IED), Bogotá D. C.

El señor plastilinerero

JUAN PABLO SIMÓN RICO FERNÁNDEZ

Lo llamaban el señor plastilinerero y vivía en su laboratorio hecho de cauchos y plásticos. Era un científico loco de remate, con sus pelos chamuscados de tantas explosiones; todos sus delantales y trapos tenían agujeros, hasta su sombrilla tenía huecos.

En el pueblo las personas lo querían mucho porque a pesar de su carita de loco, todos sabían que era un genio. Lo querían tanto que tenían sus manos coloradas de aplaudirlo porque su mejor y más grande invento ayudó a la mejoría de los niños enfermos de cáncer.

Se trataba de una gran cápsula que emitía vapores mágicos y chispitas de colores a la que le metía barras de plastilina, pegante y caucho. El plastilinerero hacía que los niños enfermos entraran en ella con un escudo sobre el corazón, para que éste no se detuviera o se dañara, y entonces apretaba un botón anaranjado: a los pocos minutos salían de la cápsula convertidos en niños de caucho, y podían volver a jugar, a correr y a salir al campo ya curados de su enfermedad porque el cáncer quedaba congelado. Volvían a sonreír y eran superflexibles y así podían vivir sin volverse viejos y sin pasar frío ni hambre cien años más.

Con este mismo invento el señor plastilinerero logró arreglar el cerebro de los violentos: cuando metía sus cabezas a la máquina,

el cerebro se volvía fácil de amasar, entonces venía un médico de Discovery Channel y lo arreglaba para que fueran felices y buenas personas. Así que, como se imaginarán, en ese pueblito ya no había presos en la cárcel.

Un día llegó una visita inesperada: mil personas de muchas partes del mundo entraron al laboratorio del plastilinerero a la fuerza, todos los tristes y los enfermos del mundo querían ser de caucho, y en un ataque de histeria colectiva tumbaron los muros y no sólo acabaron con la máquina, sino que el plastilinerero murió aplastado por todos... Pobre Plasti, fue muy triste su final.

Los héroes a veces se mueren, pero nos dejan obras muy bellas. Afortunadamente los planos de su máquina estaban a salvo en otro lugar, así que fue reconstruida.

Poco a poco el mundo fue cambiando y mejoró muchísimo. Ya sólo quedaban bombas y misiles de caucho, y turrón y pistolas de chocolate. Hasta les operaron el cerebro a algunos presidentes para que no pensaran en guerras. Los hombres no volvieron a dañar la naturaleza ni a desperdiciar el agua y, por último, a personajes como Gabo, que escribe tan chévere, a Shakira, a Juanes y, lógico, a mi mamá, también los volvieron de caucho a los sesenta años para que duraran vivos mucho más tiempo. ¡A mí también, claro!

En fin, eso fue lo que pasó.

Al señor plastilinerero le hicieron un monumento al lado de la Estatua de la Libertad. ■



Sigues tú



CRISTHIAN ALVEAR HERNÁNDEZ CALI

Nací el 8 de marzo de 1997, en Cali, una ciudad que es símbolo de belleza, alegría y amabilidad. Siempre me ha gustado escribir, desde muy pequeño. Me parece que es una forma de liberar lo que sientes, encuentro en la escritura un espacio en el que yo y sólo yo puedo decir y hacer lo que quiero. “Sigues tú” surgió de dos cosas: la primera, una historia verdadera en mi colegio sobre un fantasma... la segunda:

yo. Siempre he querido ser el protagonista de una de estas historias, saber qué se siente ser perseguido por algo que no ves ni entiendes. Mi historia llegó al concurso mediante mi profesora de Español, a la cual agradezco mucho.

Grado séptimo, Colegio Inglés de los Andes, Cali, Valle del Cauca

Sigues tú

CRISTHIAN ALVEAR HERNÁNDEZ

Nunca supimos quién fue, ni cómo fue, sólo sabemos que ocurrió.

Fue el 5 de febrero de 1996. Yo estaba jugando con Luisa en el patio de la casa de su mamá, la señora Snaple, cuando de pronto, mi amiga desapareció.

Al comienzo pensé que me estaba jugando una broma, pero no era así, simplemente no la encontraba.

Me asusté mucho y cuando la señora Snaple se enteró se puso a llorar y, desesperada, llamó a la Policía; ese día fue muy extraño.

Cuando mamá vino a recogerme le conté todo y ella me dijo que no me preocupara, que a Luisa la iban a encontrar... Pero no fue así.

El 7 de febrero fui a casa de la señora Snaple y evoqué los últimos instantes en que vi a Luisa. Recuerdo que se fue a lavar las manos después de haberse caído, y nunca regresó. Busqué en el baño, pero no había nada; de un momento a otro la puerta se cerró y quedé atrapado, gritaba, pero nadie me oía. Lo cierto es que algo estaba ahí y me jalaba los pies, sentí unas manos frías como el invierno.

Cuando abrí los ojos estaba en una cama y ahí estaba Luisa. Bueno, lo que quedaba de ella mientras las ratas se daban un ban-

queto. Se me ocurrió tratar de espantarlas, pero era inútil, salían de todas partes. Decidí buscar ayuda, pero descubrí que aunque era la casa de mi amiga no encontraba una salida, sentía que me acorralaban cada vez más y a pesar de que me negaba a ver lo que me perseguía, lo hice y sentí miedo. Nunca había estado tan asustado.

Se me acercó, y con voz suave y mal oliente me dijo:

–Sigues tú. ■





Una confusión fantasmal



ISABELA ESCOBAR PÉREZ
RIOSUCIO

Mis días siempre son una oportunidad, un día es un libro abierto que espera que lo lea; y lo leo al detalle, y me cuenta de un sol siempre presente que se turna con el viento y las lluvias abrazadoras; leo la risa que me gusta, la tristeza que también me enseña... Veo, huelo, toco, escucho, con los cinco sentidos camino el pueblo que me ve crecer. Tengo once años, participo en tertulias literarias, asisto a temporadas de cine club y con frecuencia me pongo citas ineludibles con Michael Ende, quien no deja de emocionarme. En las conversaciones con mi

papá construimos historias de grandes luchas que librar, que nutren la esperanza entre la tragedia y la comedia. Siempre me acompaña un buen libro, haciendo una fila, esperando en el parque, en cualquier situación. Cuando era muy niña mi mamá escribía mis sueños y las historias que le contaba de los jardines a los que asistía, cuando aprendí a escribir continué componiendo mis propias historias y reflexiones.

**Grado quinto, Institución
Educativa Los Fundadores,
Riosucio, Caldas**

Una confusión fantasmal

ISABELA ESCOBAR PÉREZ

Siempre tuve una extraña curiosidad por los archivos de mi madre, siempre bien guardados en carpetas y cerrados bajo la advertencia de que “el que trate de ojear esos archivos se las verá conmigo”.

Era un lunes de septiembre, uno de esos días en los que caen las flores amarillas del guayacán del parque. Bajo el árbol está el banco de madera en el que los enamorados piensan cómo será su vida en el matrimonio. Cada vez que paso por ahí veo a un novio con cara de horror esperando no ser igual a su padre, un viejo amargado que trabaja como un burro mientras la esposa se queda en casa con sus chismosas amigas.

En fin, ese lunes mi madre salió a trabajar, y en ese momento encontré la fantástica oportunidad de abrir y ojear el dichoso archivo; mi padre tampoco estaba en casa ya que pasaba el tiempo libre con sus amigotes –y no digo amigotes por decir malas influencias sino porque miden dos metros y medio–; la única en la casa era mi abuela, pero a ella no le importa si abro o no los archivos.

Al abrir el cajón en el que estaban sentí escalofrío al pensar lo que pasaría si mi madre llegaba y me encontraba haciendo lo prohibido; sin importar las consecuencias comencé a hojearlo y en una de las páginas encontré una foto de la que mi madre nos

había hablado. Era de la época en la que ella estudió fotografía y publicidad; era una persona que simulaba ser un alma prófuga del destino o, como todos lo llaman, un fantasma.

En ese preciso momento vinieron muchas ideas a mi cabeza, una de ellas era mostrársela a mis compañeras, unas chicas demasiado supersticiosas, sin ofender.

Al otro día me levanté entusiasmada, pensando en la gran broma que les iba a hacer a las muchachas.

Al llegar a la escuela, que se llamaba Antonio el Pastuso, entré al salón de quinto. Tuve que salir rápidamente de allí pues yo estoy en cuarto de primaria; al entrar a mi salón llegué a mi pupitre y busqué a Anasol, una de mis amigas, y le mostré la foto, le dije que era la imagen de una niña a quien un profesor, tratando de encubrir un abuso sexual, había enterrado un machete en su espalda.

Horrorizada, Anasol dio el grito más fuerte que yo haya escuchado alguna vez, y todas las niñas se acercaron para saber qué estaba pasando; ella me arrebató la foto de las manos y se la mostró a las demás.

Chantal y Brenda le contaron a la maestra Ivana, quien también, por supuesto, se escandalizó y salió a correr la voz a todas las maestras.

¡En que lío me había metido! Sólo tenía dos opciones: la primera, decir la verdad y quedar mal frente a todo el curso, y la segunda, seguir con mi historia; opté por la segunda opción; como ven, algunas veces no utilizo para nada el sentido común.

Les conté entonces la misma historia a la maestra Rosita, a quien se le puso la piel de gallina, a la maestra Margarita, a quien se le pararon los pelos, y a la maestra Marisol, quien comenzó a llorar.

La maestra Ana decidió llamar a mi madre quien, furiosa, se dirigió a la escuela. Estaba metida en el lío más grande de mi vida y no tenía ni idea de cómo salir.

Mi madre es una de esas personas que frente a la gente trata a su hijo como si nada pasara, pero lo mira a uno con esos ojos de “espera a que lleguemos a la casa”...

Mi madre les contó sobre los dichosos archivos y le quitó toda la magia a mi cuento, después se fue.

Al sonar la campana que ponía fin a la loca jornada de ese día, escuché una risita burlona que salía de los muros de la escuela. Cuando volteé a mirar me encontré con una figura humana, casi transparente, que resplandecía mientras que dejaba ver lo que parecía una sonrisa...

No sé si se burlaba de mí o de los demás... ■





La triste historia del mar que un día se ahogó



KAREN IVETH FERNÁNDEZ MONSALVE
CALI

Recuerdo que mientras nos leían una historia hice un dibujo de una playa y pensé en hacer un cuento. El libro que más me gusta es *Fábulas y verdades*, de Rafael Pombo; también me gusta leer a Gabriel García Márquez y a Pablo Neruda. Le dedico este cuento a mi colegio y a mi familia por estar siempre presente y apoyándome.

**Grado quinto, Colegio
Comfandi Ciudadela,
Cali, Valle del Cauca**

La triste historia del mar que un día se ahogó

KAREN IVETH FERNÁNDEZ MONSALVE

Buenos días, soy Karen. El año pasado, el profesor de Artes, Jacinto, se quedó con mi paisaje, uno muy bonito que yo había hecho sobre una tabla con plastilina y arena de verdad. Lo odié por eso. Aunque no conozco el mar, creo que me quedó muy parecido, además me demoré modelando las olas. Esa noche me acosté muy tarde y soñé que estaba en la playa y que jugaba con las olas.

En los descansos siempre me arrimo a las ventanas del llamado “salón siniestro” (una vieja sala de exposiciones ya clausurada que poco a poco se fue llenando de trabajos tristes y empolvados, “cachivaches académicos” según dice el profesor Jacinto); entonces puedo apreciar las maquetas, mapas, experimentos y montones de manualidades hechos en cartulina, fomi y cartón paja. Trabajos que los alumnos alguna vez diseñamos con esfuerzo y dedicación están tirados en aquel feo lugar, como muertos, apretados y olvidados.

Y allí, en un rinconcito, podía ver mi paisaje con sus palmeras inclinadas donde modelé una hamaca, también hice en plastilina negra un morocho dormilón, de esos que la gente dice que abundan en el extremo Pacífico de mi tierra, le puse de nombre Jacinto, igual que el del profe de Artes, que a veces se queda dormido a mi-

tad de la clase. Las olas las creé, una a una, con bolitas de plastilina azul que empujé sobre la mesa con la palma de mi mano p' allá y p' acá hasta que se pusieron flacas y alargadas como culebritas, o mejor, como las olas que avienta a la playa el inmenso mar.

Y para no pasarme toda la vida mirando por las ventanas, sin intentar siquiera rescatar mi paisaje, me hice amiga de Salomón, el hijo de la cuidandera de la escuela. El plan era hacerme tan amiga suya que él hiciera por mí cualquier cosa, incluso trepar la tapia de la vieja sala de exposiciones y aprovechando el hueco que tiene una de las paredes en la parte más alta, se colara al salón y rescatara mi paisaje, mientras que yo vigilaba que no nos viera su mamá. Buen plan, ¿no?

La semana pasada casi todas las tardes jugué con él: a las escondidas, al corre-corre, a los profesores y también a la pelota, que no es un juego que me divierta mucho que digamos, pero no me importó, yo estaba dispuesta a hacer lo que fuera para salvar mi mar.

Y todo iba muy bien, de maravilla: yo le pedía que se subiera a un árbol, él se subía; que me llevara a sus espaldas como caballo; que sacara refrescos de la tienda de la escuela; todo lo hacía por mí el buenazo de Salomón. Así decidimos que hoy por la tarde daríamos el golpe y rescataríamos a mi paisaje de las garras del polvo y el olvido.

Pero anoche llovió muchísimo, tanto que me acosté asustada y pensando en la tormenta. Aunque me cubrí con las cobijas, la luz de los relámpagos no me dejaba en paz. Al final, casi a la medianoche pude conciliar el sueño.

Esta mañana, cuando fui al colegio y me asomé por las ventanas del “salón siniestro”, no lo podía creer, el techo se lo había llevado la tormenta y mi pobre mar había naufragado tristemente en medio de la inundación ocasionada por la intensa lluvia.

Al rato llegaron los señores de la basura, el profesor Jacinto abrió con sus llaves el destruido lugar. Con palas, rastrillos y escobas los trabajadores formaron un montón de escombros con todas las manualidades que se habían arruinado y luego las subieron en un camión y se las llevaron.

Nunca, nunca más volví a ver mi mar. ■





Triangulilandia



SANTIAGO MURCIA CUADROS TÁMESIS

El 19 de abril de 2000 me apresuré a venir a este mundo, sólo contaba con treinta y una semanas de gestación y mi mamá se enfermó; pesé 1 500 gramos y medí 40 centímetros, nací con los pulmones inmaduros, lo que obligó a los médicos a conectarme a una incubadora; durante mi lucha por vivir mis padres siempre estuvieron convencidos de que yo había nacido para grandes cosas y hoy soy un pequeño escritor de cuentos, historias y poemas de amor. Quiero mucho a mis tías, a Mimi, así le digo de cariño a

mi mamita Teresa, para quienes soy motivo de orgullo; me gusta leer cuentos, libros de Gabriel García Márquez y los poemas de Pablo Neruda. Mi cuento, "Triangulilandia", se lo dedico a mi hermano Samuel, agradezco a mi mamá su gran apoyo y confianza y a mi profesor de Matemáticas, Rubén Quintero, por creer en mí, gracias.

**Grado quinto, Institución
Educativa San Antonio de Padua,
Támesis, Antioquia**

Triangulilandia

SANTIAGO MURCIA CUADROS

Érase una vez un pueblo llamado Triangulilandia, donde había triángulos de todas las formas y colores; imperaba allí una ley, creada por el rey Obtusángulo, un tirano que ostentaba todo el poder, que ordenaba que los triángulos no podían ser creativos: todos los triángulos que tuvieran imaginación y creatividad serían encerrados en un calabozo y luego serían desterrados por toda la eternidad.

Pero resulta que nació una vez en Triangulilandia un triángulo llamado Isósceles. Cuando creció, su madre, Acutángulo, le explicó que en ese mundo no se podía soñar ni tener creatividad, a lo que el pequeño Isósceles respondió:

–Voy a cambiar esa ley.

–No vayas a dejar que te sorprendan –respondió su madre–, utiliza el viejo sótano, pero ponle las cortinas negras.

Isósceles agradeció a su mamá, no sin antes jurarle que acabaría con esa ley.

El pequeño salió contento al pueblo a comprar bombillos, mesas, sillas y todo lo necesario para construir sus inventos; cuando ya tenía todo listo, su papá, Rectángulo, llegó del trabajo preguntando por su hijo.

–Está abajo en el sótano –le contestó Acutángulo.

–Qué raro –la interpeló Rectángulo–, él siempre ha pensado que allí hay un monstruo.

–Pues parece que está muy contento –dijo Acutángulo y murmurando agregó–: ¡la sorpresa que te llevarás!

Cuando Rectángulo vio a Isósceles organizando el salón se quedó sin palabras.

–Este era mi sueño, gracias hijo por hacerlo realidad, qué cantidad de inventos y experimentos tienes –le dijo emocionado–. Te traje un regalo.

Isósceles le dio las gracias a su padre por el presente.

Al otro día llegaron a la plaza principal de Triangulilandia los soldados del caprichoso, pequeño, gruñón y muy injusto rey Obtusángulo, y exclamaron:

–Ábranle paso al rey.

–He creado otra ley –dijo el rey y añadió–: a partir de la seis de la tarde se requisarán todas las casas, de techo a piso y de rincón a rincón, porque he escuchado rumores de que se está violando la ley que prohíbe la creatividad.

Al escuchar al rey, Isósceles se puso triste, corrió hasta donde estaban sus padres y les contó lo sucedido.

–Nos van a meter al calabozo y para evitar esto, ustedes se esconderán en la bodega –les advirtió–, yo trataré de despistarlos.

Eran las cinco y media de la tarde, los padres trataron de esconderse, pero en ese momento llegaron los soldados y al entrar al salón los descubrieron.

–Llévenselos, mañana serán decapitados –ordenó el rey.

Isósceles, quien sí había podido escapar, se quedó muy triste por la captura de sus padres; esa misma noche volvió a la casa, tomó sus inventos, cuatro cuerdas y una minicatapulta; se dirigió al castillo del rey con la idea de rescatar a sus padres a como diera

lugar; abrió la ventana con la minicatapulta y los liberó del malvado rey.

Luego, los tres huyeron hacia Citiángulo para ser libres de imaginar, crear e inventar y al fin ser muy felices.

Muchos años después fue nombrado como el gran Isósceles, rey de Citiángulo.

Regresó a su tierra, Triangulilandia, a enfrentar al malvado rey y a cambiar toda la forma de vida que este había impuesto.

Obtusángulo, ya muy viejo y despreciado por todos los habitantes de Triangulilandia, fue condenado al destierro. ■





Christopher y su amigo Sombrerín



**JUAN DAVID GONZÁLEZ RINCÓN
BARBOSA**

El 28 de julio de 2003 mi mami no sabía a quién iba a traer primero al mundo, si a un futbolista o a un escritor; nací a las 10:30 p. m., cinco minutos después de mi hermano, mi gran cómplice en esto de soñar y crear. De la mano de mi papá he jugado y he aprendido a usar mi imaginación, le he cambiado el color a las nubes, he hecho figuras con el viento, he sido superhéroe, he salvado al mundo tantas veces; a través de mi cuento he querido compartir

con todos ustedes mi mundo de fantasías. Para mí, que apenas estoy comenzando a escribir, ha sido muy gratificante y emocionante haber obtenido este reconocimiento. Este cuento pudo haber tenido muchas razones para no existir y una sola que lo tiene vivo: mi familia; a ellos está dedicado.

**Grado primero, Colegio
Parroquial San Luis Gonzaga,
Barbosa, Santander**

Christopher y su amigo Sombrerín

JUAN DAVID GONZÁLEZ RINCÓN

Juan era un niño que tenía todo lo que alguien podría necesitar y desear, pero no era feliz porque le faltaba lo más importante, amor. Un día, cuando regresaba del colegio, Juan encontró un sombrero mágico. El sombrero llevaba varios días expuesto al sol y al agua, estaba roto y nadie había reparado en él.

Al llegar a su casa todos vieron el sombrero.

–Para qué quieres eso –le reprochaban–, es un sombrero sucio y roto, bóttalo a la basura.

Pero Juan insistía en conservarlo porque él no tenía uno igual a ese; además, era cuestión de lavarlo, coserlo y listo.

Juan lo conservó y en la noches, cuando todos estaban dormidos, aprovechaba para arreglarlo. Cuando por fin le dio la última puntada, el sombrero cobró vida. Juan se asustó mucho.

–No temas –le dijo el sombrero–, no te haré daño, tú me lavaste y me arreglaste, por lo tanto te pertenezco y haré lo que tú me pidas.

–¿Cómo así? –le preguntó el niño–, explícame, no te entiendo.

–¿Qué quieres en este momento? –le preguntó el sombrero.

–Pues se me antoja un delicioso helado de fresa y vainilla, con mucho dulce de mora.

–Toma tu helado –le respondió el sombrero, entregándole a Juan un delicioso cucurucho.

Juan, sorprendido, le preguntó:

–¿Puedes hacer realidad todo lo que yo te pida?

–Sí, claro –contestó el sombrero–, todo lo que tienes que hacer es pedir.

–Bueno, quiero un carro rojo con control remoto –pidió el niño.

–Concedido –dijo el sombrero–, pero estoy intrigado, ¿para qué me pides un carro de control si tienes tantos?

–Bueno, yo tengo muchos –contestó Juan–, pero el hijo de la empleada de la casa no, y siempre ha pedido uno y su mamá llora porque no se lo puede comprar; con este carro me ganaré una gran sonrisa y le daré alegría a mi amiguito Samuel.

–Bueno, me gusta esa idea y me alegra que tengas esos sentimientos –le contestó el sombrero–; ya sabiendo cuál es mi función, ¿qué haremos?

–Ayudaremos a los niños que no tienen juguetes, que no tienen una casa para vivir y nada que comer.

–Me parece una buena idea –se emocionó el sombrero–, comenzaremos desde mañana.

–¡Listo! –respondió Juan–, pero ¿cómo lo vamos a hacer? Mis papás no me dejan salir solo y menos de noche, sólo voy al colegio y regreso temprano a casa.

–¿Qué podemos hacer? –interrogó preocupado el sombrero.

–Ya sé –dijo Juan–, saldremos de noche, como Papá Noel.

–Sin que tus papás se den cuenta –agregó el sombrero–, además, necesitamos un nombre para nuestra aventura.

–¡Qué gran idea! –le respondió Juan con entusiasmo.

–Entonces tú serás Christopher y yo Sombrerín –dijo el sombrero.

Desde esa noche Christopher y Sombrerín visitaron las casas de los niños más pobres y les llevaron juguetes y comida, haciéndolos muy felices.

Aunque nadie conocía la identidad de Christopher y Sombrerín, se volvieron muy populares y queridos en el pueblo.

Todo marchaba muy bien, Juan por fin había encontrado la felicidad haciendo felices a los demás; sólo que esta felicidad duraría muy poco pues a sus padres les informaron sobre su bajo rendimiento en el colegio y, además, que siempre se dormía en clase. Como castigo decidieron encerrarlo en las noches pues ellos pensaban que Juan se escapaba a jugar.

Desde entonces Juan no volvió a dormirse en clase y mejoró su rendimiento, pero vivía muy triste, igual que los niños del pueblo. Sombrerín estaba muy preocupado y pensaba en la manera de ayudar a Juan, pero no sabía cómo hacerlo.

Un día, en el colegio, un compañero lloraba porque no iba a poder regresar a clases: su padre no tenía trabajo y su mamá estaba enferma; él tendría que trabajar para conseguir la comida.

A Juan le dio mucha tristeza esta historia y al salir del colegio decidió retomar el papel de Christopher; junto con Sombrerín fueron a ayudar al niño.

Pero Sombrerín sabía que Juan tendría nuevamente problemas con sus padres por no llegar a la casa. Decidió entonces dejar una nota en el cuaderno de Juan para que sus papás la vieran. Después de leerla, los padres del niño fueron hasta donde él estaba y se quedaron asombrados al ver lo que su hijo hacía. Un sentimiento de culpa los invadió y se sintieron arrepentidos por haber pensado mal de su hijo; ahora estaban orgullosos de él al ver cómo ayudaba a los niños necesitados y se dieron cuenta de que era un gran tesoro que no habían sabido apreciar.

Juan les dio una gran lección: que la felicidad no sólo la da el dinero, dar amor y ayudar a los demás también la proporciona.

A partir de ese momento unieron fuerzas y, con la ayuda de sus padres, Juan continuó siendo Christopher. Junto con Sombrerín ayudaban a los niños y a los adultos, dándoles empleo.

El pueblo entonces surgió y nunca más se volvió a saber de pobreza y tristeza.

Colorín colorado, este cuento ha terminado. ■



CATEGORÍA

BOGOTÁ

NICOLÁS DANIEL PUNTES
El par de mocasines

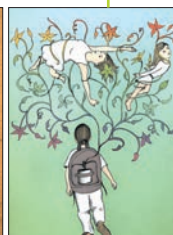
109

SINCELEJO

MARÍA ANDREA
MORA CASTRO

Beni

103



BOGOTÁ

NICOLÁS MORENO ARIAS

El vano recuerdo de lo ocurrido la víspera

97

BARRANQUILLA

DANIEL ALONSO CARBONELL PARODY

Crescendo alado

89

BOGOTÁ

GABRIELA VALENTINA GALVIS CELY

La verdad sobre las moscas

83

BARRANQUILLA

ALBERTO MARIO

MÁRQUEZ ALONSO

Solo

117

ESTUDIANTES DE OCTAVO A UNDÉCIMO GRADO

BOGOTÁ

DAVID FELIPE

CORREDOR BENAVIDES

El sabor de la nobleza

127

DUITAMA

ÁNGELA MARÍA BLANCO NIETO

El que tenga alas que vuele

133

BOGOTÁ

DANIELA PATIÑO HERRERA

Contando agujeros

151



BOGOTÁ

SANTIAGO OJEDA

Afecto por cable

121

DOSQUEBRADAS

DANIEL EDUARDO

VÁSQUEZ CORREA

La sombra

147

CHIQUINQUIRÁ

ALEJANDRO DURÁN CARO

La muerte anda en bicicleta

141



La verdad sobre las moscas



GABRIELA VALENTINA GALVIS CELY
BOGOTÁ

Nací el 10 de septiembre de 1998 en medio de una familia muy talentosa en donde están presentes la música y la cultura. Soy hija única y desde muy pequeña mostré interés por los libros, sobre todo por las historias de ficción y fantasía, he escrito muchos poemas, textos, cuentos y hasta canciones; siempre anhelé escribir un cuento o una novela que fuera leído por miles de personas...

¡Ya ves, lo logré! Alcancé uno de mis sueños. Agradezco a Efraín Gutiérrez Zambrano, escritor y profesor que me demostró por

medio de sus libros el tesón y dedicación que la literatura exige y, por supuesto, a mi mamita que desde siempre me ha inculcado el amor por la lectura y la escritura pues, como ella misma dice, “de una u otra forma nos hace libres y con mente abierta para crecer”. Espero que este cuento te guste y te traslade a un mundo paralelo en donde todo puede llegar a ser posible.

**Grado octavo, Asociación
Colegio Anexo San Francisco de
Asís, Bogotá D. C.**

La verdad sobre las moscas

GABRIELA VALENTINA GALVIS CELY

Cuando desperté, vi una mosca parada en la cortina de mi alcoba. Era una mosca grande y verde, su cuerpo era peludo y sus ojos muy grandes; no sé por qué desde muy pequeña he sentido gran atracción hacia estos insectos, aunque mi mamá siempre dice que son sucias, que no debo tocarlas ni dejar que me rocen ya que a menudo se posan sobre la basura y los alimentos descompuestos. Me acerqué a la mosca y me llamó profundamente la atención porque, a diferencia de otras, que vuelan raudas y veloces cuando uno se les acerca, esta se quedó inmóvil, como mirándome, al igual que yo a ella, y hacía con sus patas un movimiento extraño, como si quisiera comunicarse conmigo.

Tuve todo el tiempo del mundo para analizar su cuerpo y su cabeza, “¡son horribles!”, pensé, pero a la vez descubrí algo interesante en su bello color de diferentes visos; de un momento a otro ella se dirigió a la cocina y empezó a buscar algo —creo que comida— y como mi hermanito siempre deja pedazos de fruta o de sus onces sobre el mesón, allí se posó; desde ese momento le puse nombre: Toshca.

Siempre me ha gustado ponerle nombres raros a mis mascotas y más a esta que me había mirado a los ojos. Me quedé muy quieta para que Toshca no se fuera y pudiera comer tranquila, y al cabo

de... no sé, unos dos minutos, tomó vuelo, pero no uno rápido como vuelan todas las moscas, sino uno lento, pausado... como si quisiera que la siguiera. Yo, en mi infinita curiosidad, le entendí, tomé mi chaqueta morada para días fríos y la seguí. Al salir ella voló por el pasillo, bajó las escaleras y entró al cuarto de basuras que está ubicado en el sótano del conjunto; lo pensé mucho antes de meterme allí pues es oscuro y huele como la camisa y los zapatos de mi hermano cuando juega fútbol. Entonces, Toshca se devolvió e insistió con su vuelo, mirándome e invitándome a entrar. Al fin la seguí y cuando entré, ¡oh sorpresa!, no estaba solamente Toshca, había junto a ella cincuenta o más moscas, todas con sus ojos grandes mirándome y esperando mi entrada.

Una vez adentro las seguí hacia un hueco en forma de alcantarilla que había en el piso y por allí pasé a un corredor húmedo y oscuro, caminé siguiendo aquel enjambre de moscas hasta llegar a un salón muy grande con luces de mil colores fluorescentes que me cegaron por un momento, hacía mucho calor y se sentía la humedad, cuando al fin pude volver a ubicar las imágenes vi algo aterrador... ¡Toshca y sus amigas eran gigantes!, tanto o más grandes que mi padre.

Quedé paralizada pensando que mis ojos me engañaban por la intensidad de las luces, los apreté y restregué varias veces, pero era verdad, las moscas eran enormes, todas se irguieron, como humanos, y sin saber cómo yo entendía su lenguaje, que era algo así como un zumbido y un pito juntos. Me asusté tanto que corrí a encontrar el corredor por donde había llegado, pero había desaparecido.

Tomé un tubo que estaba tirado en el piso para defenderme, pero Toshca, que era la líder del grupo, me indicó que no debía asustarme, que sólo me había traído para que conociera la verdad.

Sin embargo, yo estaba casi paralizada del miedo, si ese insecto era horrible pequeño ahora sus formas se acentuaban de una manera casi repugnante.

Toshca tocó mi brazo y suavemente me llevó hacia unas pantallas gigantes, muy sofisticadas, que se encontraban en medio de ese salón; me mostró que en todo el mundo hay moscas, en Estados Unidos, en Londres, en París, en la China, en Argentina, en México... y que ellas han estado aquí siempre, desde su primer visita a la Tierra, hace millones de años, quisieron quedarse para conocer a los humanos. Me contó también que ellas se han llevado a algunas personas a su planeta para estudiarlas; que poco a poco han establecido sus bases en nuestro planeta; que su función ha consistido en vigilar y conocer cada una de las reacciones, actitudes, formas y maneras de actuar de los terrícolas.

Yo estaba pasmada, no podía creer todo lo que oía...

—¿O sea que las moscas son EXTRATERRESTRES? —le pregunté asombrada.

Ella me respondió que sí, pero que prefería que las llamaran siderales.

—¿Por qué me están contando todo esto? ¿Por qué me muestran su base? ¿Me van a llevar a mí también? —le preguntaba atropelladamente.

Primero hubo un silencio general, pero después se oyó un sonido fuerte que parecía una carcajada.

Toshca continuó su relato diciendo que a través de los años ellas, las siderales, han hecho muchos experimentos con los humanos; entre otros, mezclas de razas y de especies, creación de enfermedades y virus para analizar las reacciones del cuerpo humano e inclusive creación de nuevas especies. Por esto último ella estaba muy satisfecha ya que ese experimento en particular había

dado el resultado esperado: crear una especie de la unión de genes humanos y genes de mosca...

No sé por qué, al llegar a este punto, un frío muy intenso invadió mi cuerpo.

Toshca se acercó a mí, me abrazó con sus alas y me reveló que yo era ese experimento.

—El momento ha llegado —me dijo—. Pronto empezará tu transformación.

YO ERA UNA MOSCA... YO ERA UNA SIDERAL... ■





Crescendo alado



DANIEL ALONSO CARBONELL PARODY
BARRANQUILLA

Estoy al tanto de que mis alas son las hermanas mayores de mi uso de razón, pero aprendí a volar a los catorce o quince, apenas, cuando escribía un poemario que fue un nido y que ya se deshizo. En esta brisa tengo diecisiete y, según puedo verme la espalda, las alas-metáfora crecieron hasta el punto exacto en el que no se pueden esconder. Vuelo, no por obligación, sí por deleite; no por parlotear, sí por ser voz.

Mi nombre es mi único apodo, creo que una persona es galaxia si tiene suficientes lunares –mi

amiga Stephanie es la Vía Láctea–, sé que hay una razón para cada cosa, no creo en el destino, creo en Dios; Stephanie ha sido siete corrientes de aire –y será más, mientras traiga consigo esos ojos tan verdes y tan contentos y tan suyos–. Érase una vez, me di cuenta de que para volar sólo necesitaba lápiz y papel.

**Grado once, Colegio Madre
Marcelina, Barranquilla,
Atlántico**

Crescendo alado

DANIEL ALONSO CARBONELL PARODY

1

Despierto, froto mis ojos, me quiebro entre las sábanas, incómodo. La luz se esparce por la habitación mientras pienso en no ir a la universidad. Estoy débil de tanto no soñar; dormir y no soñar, como beber agua y que la sed siga imperecedera. Me incorporo finalmente porque la espalda me está matando. Me levanto, me siento más pesado y, a la vez, ligero de penas. Hay plumas en mi cama, corpóreas, plumas reales. Me levanto y voy al espejo: dos pequeñas sombras blancas salen de mi espalda.

2

Eziel Avándaro es un empresario exitoso y un aficionado a la guitarra. Le escribe canciones a nadie. Las escribe, libremente, eso sí, sin letra, porque según él la letra eclipsa a la mejor de las melodías, y por eso no se arriesga. Es de esos que al ir por la calle y sin que sus zapatos le soliciten un poco de betún, se deja atender, y paga el doble, por bueno. Le gusta tomar café descafeinado en una mesa de cafetería, solo, alimentarse sanamente –aunque alguna que otra vez uno que otro postre–, ejercitarse, componerle al aire y alguna que otra vez uno que otro verso alegre.

3

No lo puedo creer, atónito, me llevo las manos a la cabeza, pienso que es una broma pesada. Miro a todas partes, salgo de mi cuarto hacia la estancia, no hay nadie. Le doy la espalda al espejo una vez más, mis ojos ya no me engañan, mi mente ya no me hace dudar, el dolor me convence. Tengo un par de salientes y frágiles alas. ¿Qué voy a hacer? ¿Me escondo? ¿Cómo me oculto? Que nadie me vea y, ¿entonces? Decido por fin ponerme una camisa y encima otra camisa y ya no se nota. Pero ¿y si mejor me quedo por hoy?

4

Eziel Avándaro tiene una encantadora familia: un niño y una niña, una esposa y una suegra con la que no habla sino es por teléfono –aunque para él, si se trata de ella, es como tenerla en frente–. Los ama con todo el corazón. De vez en cuando, si no está con sus asuntos de bohemio y si su agenda se lo permite, colabora en obras benéficas y hace todo lo que puede para ayudar a quien lo necesita de verdad. No es el típico jefe amargado y soberbio, no, sus empleados lo estiman mucho, pero últimamente le notan un dejo de ensimismamiento y distracción. Pese a esto no se preocupan, saben que el temple de su jefe es inquebrantable y tienen la ciega convicción de que ha de ser algo relacionado con el estrés, que en estos días molesta tanto.

5

Han pasado dos días. Mi vida no puede detenerse ni por esto, ni por nada, debo seguir. Con la parsimonia digna de un confundido me abro paso entre las gentes por la calle, nadie me nota, como si fuera normal –un simple transeúnte con dos alas, escondido en

varias ropas—, mi vida sigue. Día quieto, jornada sosegada, faena tranquila. Mientras regreso a casa vislumbro un hombre de traje elegante quien, sin ningún desdén y con una particular sonrisa, regala una comida completa a un necesitado sincero. Qué grato ha sido, mi ánimo sube, me convenzo de que en la vida no todo es vanidad. Mi valentía crece, la camisa me oprime, mis alas también crecen —tristemente—.

6

Eziel Avándaro no ha dormido bien últimamente. Siente que mientras cruza el umbral del sueño cae múltiples veces desde todas las alturas. Su esposa está preocupada y consternada porque Eziel sigue, aún así, luchando por mantener las cosas claras en su compañía. Las deudas ascienden cada día más. El futuro es incierto como él mismo. Hace muy poco vio a lo lejos, vagamente, entre las calles, a un joven que casualmente emprendía el recorrido habitual a su hogar. Le vio una sonrisa. Y se vio a sí mismo en otro tiempo. Cada día decae un poco más, lo que pocos notan, y él prefiere que sea así.

7

Estoy en la cama: ya no puedo acostarme boca arriba. Las alas me molestan cada vez más en todo lo que hago, todo es incómodo. Cada vez es más difícil esconderlas, esconderme. Me olvido de todo por un rato, paseando por la estancia, dejando un rastro de plumas, me distraigo. Salgo al poco tiempo, tomo el bus habitual, me bajo donde siempre, camino lo que continuamente camino, canto la canción que me relaja y cierro los ojos. Al abrirlos, a lo lejos, hay una multitud de gentes mirando hacia arriba. Me acerco. El gentío abarca cuanto menos dos cuadras.

8

Eziel Avándaro quiere sentirse libre, quiere escapar, no sabe de dónde ni a dónde, pero quiere hacerlo. Para ello se ha remontado a la azotea de un edificio y aunque sonríe no hay en la faz de la Tierra nadie tan triste como él. Por su mente pasan su familia, sus empleados, la gente que alguna vez ayudó de una forma u otra, él mismo, las cosas que hizo de niño, las locuras de su adolescencia, las sentadas de cabeza en su adultez... incluso piensa en lo que pudo haber sido su vida de anciano. Eziel, por un instante, lo sabe todo –o cree saberlo–. Y piensa sólo en él mismo. Con los ojos cerrados y las manos apretadas escucha los murmullos y gritos de los que dicen que va a lanzarse. Eziel ahora no piensa nada.

9

“¡Se va a matar!”, repite incansable una señora del tumulto. “¡Que alguien haga algo!”. Y miro en mis adentros, entiendo que todo pasa por una única e indecible razón, que en la tranquilidad con la que cae una gota de agua sobre un charco hay cierta turbulencia, que el momento propicio para actuar no es aquel en el que me lo digo yo mismo, sino cuando una voz externa me lo hace saber. Entonces, decidido, empiezo a correr; la camisa se rasga sobre mi espalda, unas cuantas plumas son el preludeo.

10

Eziel Avándaro, entre lágrimas, ha resuelto saltar. Ya no le importan sus sueños o anhelos, ni la vida que le sigue, ni los días que le restan. No le importa, ni siquiera, la cena caliente que lo espera en casa, la comodidad de su cama, la pasividad de su caminar por los pasillos o la calma de ver las flores del jardín que se parecen a sus hijos. No le interesa más y salta, olvidándose de todo cuanto

tiene o pierde. En este momento sus composiciones al aire y sus versos alegres pierden la voz, ya no suenan, no retumban, mueren mientras la gravedad hace desgraciadamente lo suyo. La gente de la calle murmulla y otros gritan, la mayoría tiene los ojos abiertos: observan estupefactos al joven que ha desplegado las alas de su espalda para surcar el aire e intentar salvar al suicida.

11

Atrapo, en vuelo, al hombre que viene desde arriba cayendo. Es más pesado que yo, pero la adrenalina está a mi favor –corre por mis venas, fortaleciéndome, me sé entonces capaz de todo–. Sus sollozos parecen interminables. Entiendo que para esto soy, que para esto seré, que un propósito gira en torno a lo más insignificante: insignificante como que de repente una mañana sea un ser alado y tenga que salvar dentro de contados días a un desconocido. Subo con él hasta la azotea y lo dejo tendido en el suelo; caigo junto a él, exhausto. Me da las gracias, me dice que si no fuera por mí estaría muerto, que se arrepiente, que está feliz. Y sonrío, y miro al cielo rompiéndose encima de mí en infinitas gotas, y sé que se puede también llorar de felicidad. ■





El vano recuerdo de lo ocurrido la víspera



NICOLÁS MORENO ARIAS
BOGOTÁ

Desde muy pequeño he amado las historias. Mi primer contacto con ellas fue a través del cine, de las películas infantiles que veía una y otra vez hasta saberme de memoria los diálogos y el desarrollo de las escenas. Más tarde, mis padres me comprarían una caja con cinco libritos de cuentos infantiles que leí con la misma avidez con que veía las películas. Hace más de un año me di cuenta de que hay algo en los libros que ningún otro medio de comunicación puede reemplazar: la literatura obliga

a la persona a ver en su mente lo que está leyendo y no se lo muestra ni personifica como las películas y las obras teatrales. La literatura estimula eso que nos hace diferentes de los animales, esa capacidad de ver otras realidades, otros mundos, de crear personas y lugares que no existen, estimula nuestra imaginación. Y creo que por eso empecé a escribir.

**Grado décimo, Colegio Fontan,
Bogotá D. C.**

El vano recuerdo de lo ocurrido la víspera

NICOLÁS MORENO ARIAS

Recordaste en ese momento el lugar exacto donde habías escondido cuidadosamente la cajita de madera de nogal que te había heredado tu padre al morir, cuyo interior, forrado en terciopelo, contenía distintas reliquias familiares preservadas a través de muchas generaciones. Cada uno de los objetos guardados allí poseía una historia única acerca de su procedencia. Algunas de ellas, como la de la cadena de oro de la que colgaba un redondo relicario con incrustaciones de zafiro, eran tan fantasiosas que forzaban los límites de la imaginación a extremos indescriptibles. Sin embargo, aun más importante que toda la historia que había dentro de esa cajita, era lo que había significado para tu padre cuando aún vivía; antes de morir te recomendó en repetidas ocasiones —sin darte ninguna explicación— que la cuidaras. Así lo hiciste, envolviéndola con un plástico de burbujas y metiéndola dentro de una bolsa negra que más tarde guardarías precavidamente.

Te encontrabas leyendo *Crimen y castigo*, del ruso Fiodor Dostoievski, en una noche como cualquier otra. Cada seis páginas bebías maquinalmente una copa de vodka ruso a guisa de acompañamiento. Repentinamente, dejaste de prestar atención a lo que leías y concentraste todos tus esfuerzos mentales en recrear la imagen

de ti mismo leyendo el libro –como si fuera otra persona ajena a ti la que estuviera observándote desde la puerta de tu estudio– mientras fingías estar sumido en la narrativa de la historia. A punto de terminar la escena, habiendo logrado ya imaginarte sentado en tu silla sujetando el libro con ambas manos y con una pequeña lámpara como única fuente de luz, un estruendo que llegaba desde la calle destrozó por completo todo lo que había construido tu cerebro en los últimos minutos. Este hecho te impacientó y te hizo estallar de cólera, arrojando el libro al piso y esbozando una tétrica mueca. Eras un ser excesivamente temperamental, que solía cambiar de humor con facilidad. Te paraste de tu silla con celeridad y golpeaste de un puñetazo la mesa sobre la que posaba la lámpara, dirigiéndote luego a la ventana para intentar descifrar de dónde provenía el estallido. Moviendo con avidez y rabia tus ojos por todos los rincones de la calle frente a tu departamento, mientras sacudías con agitación tu pie izquierdo, escuchaste otro disparo. Te agachaste rápidamente temiendo que una bala perdida te alcanzara. No cesaban de disparar los dos sujetos –según tus propias conjeturas– que se encontraban en disputa, situación que sólo lograba turbarte más.

Dejó de escucharse el barullo provocado por las pistolas después de unos dos minutos, lo que te permitió ponerte de pie y asomarte a la calle para oír los rumores de los vecinos, que siempre comentaban a gritos desde las terrazas sucesos similares. Pero nadie salió, hecho que te sorprendió y llenó de curiosidad. Te sentaste de nuevo en tu silla, con la mirada fija en la ventana, a la espera de que alguien saliera o gritara. Estuviste varios minutos sin que nada sucediera, sin que nadie hiciese acto de presencia. Llegaste incluso a considerar la posibilidad de que todo hubiese sido obra de tu trastornado y engañoso subconsciente, pero la descartaste en

seguida mientras sentías un penetrante escalofrío descender por tu espalda.

Meditaste por horas estableciendo teorías respecto a lo ocurrido, sin encontrar argumentos razonables que las justificaran. Así que, dominado por la viva incertidumbre, decidiste salir a la calle. Tomaste un saco y un abrigo que fuiste poniéndote mientras descendías por las escaleras. Hacía un frío agobiante fuera de tu apartamento. En la puerta del edificio te encontraste saliendo de su apartamento, en el primer piso, a una señora de edad avanzada a la que no veías desde que la atacó una bronquitis, tres meses atrás. Según te habían contado, uno de sus quince nietos, el que la visitaba con mayor frecuencia, se la había llevado a vivir con él mientras se recuperaba. La vieja te miró de pies a cabeza con desconfianza y luego, sonriéndote, te saludó con un gesto débil. Le devolviste el saludo y después de conversar un rato con ella le preguntaste si había oído los disparos, a lo que ella te respondió: “¿Disparos? No, no he escuchado nada, pero como usted sabe, don Arturo, soy sólo una vieja sorda”. Quisiste creerle aun cuando sabías que la mujer pudo haber escuchado los disparos sin inconveniente, pero aceptar ese hecho era también reconocer, indirectamente, los indicios de una tendencia a la locura. Saliste entonces del edificio y te dirigiste enseguida a un parque cercano, la zona en la que creías que había ocurrido la riña. Alcanzaste tu destino rápidamente. El lugar estaba totalmente inhabitado y no se divisaba presencia alguna. Estabas horrorizado por la idea de entrar ahí solo, a esa hora de la noche y en medio de una oscuridad absoluta. Pero tu curiosidad era más poderosa que tu propio instinto de supervivencia. Entraste con presteza dando cada paso sigilosamente, cuidando de no despertar inquietud en ninguno de los roedores que allí vivían. Sin darte cuenta tropezaste con algo y caíste precipitadamente al

suelo. Te volviste para saber con qué habías trastabillado, observando que se trataba del cadáver de una mujer de no más de veinte años, recostada sobre un charco de sangre y con una diadema de seda color violeta. Invaso rápidamente por el terror y el espanto, intentaste pararte sin conseguirlo. De pronto, escuchaste una voz ronca que te repetía varias veces: “¿Dónde está la cajita de tu padre?”. Miraste alrededor buscando a la persona que emitía esa pregunta y descubriste la sombra de un hombre alto detrás de un árbol. El hombre se te acercó. Era robusto, y sin mayor esfuerzo te derribó de un solo golpe. Una vez en el suelo el hombre te tomó por el cuello de la camisa, preguntándote de nuevo dónde estaba la cajita.

Balbuzeando conseguiste pronunciar: “Bajo una tabla ligeramente levantada...”. Antes de terminar la frase despertaste sudando y sentado en tu silla de cuero con el libro sobre tus muslos. Anonadado, pudiste recordar que la cajita estaba resguardada bajo tu cómoda, en un hueco situado debajo de una tabla ligeramente levantada. Fuiste a cerciorarte de que el sobrevalorado tesoro de tu padre estuviera allí, pero no encontraste más que una nota con la siguiente frase: “Tardé mucho en encontrar la tabla ligeramente levantada”.

Quisiste plasmar tu asombro en un cuento, pero insólitamente te quedaste dormido sin terminar la primera frase. Mientras tanto, en el rincón más alejado de tu apartamento, un sujeto de rizos negros, compleción robusta, cara demacrada y dientes postizos empeñaba baratijas que no le pertenecían. Sólo advertiste lo sucedido cuando un día cualquiera, caminando de tu oficina a tu apartamento, atravesaste con una mirada de estupor una ventana grasienta y viste el relicario con incrustaciones de zafiro. ■



Beni



MARÍA ANDREA MORA CASTRO SINCELEJO

Nací el 18 de abril de 1997 en Sincelejo, Sucre. Me gusta el arte, oír música, patinar, leer y me apasiona la escritura. Escribí mi cuento inspirada en el cáncer, ya que por esta devastadora enfermedad han muerto varios de mis familiares. Leo porque me gusta ir más allá de lo previsto y explorar nuevos mundos, llenos de creatividad y un poco de realismo. Soy una persona relajada, que se propone metas, pero también soy de las que les

parece que invariablemente hay un “sí” para las cosas, siempre y cuando exista el propósito de que se cumplan. Les aconsejo que lean porque leer relaja, despeja la mente y nos lleva a viajar conociendo más y más cosas.

Grado octavo, Institución Educativa Normal Superior de Sincelejo, Sincelejo, Sucre

Beni

MARÍA ANDREA MORA CASTRO

Nací en medio de cuatro paredes de bareque cubiertas de un adobe de estiércol que se caía a pedazos ante el paso del tiempo, en las áridas tierras de una vereda olvidada. Mi nombre: Beni, así lo oí por primera vez en la voz chillona de Raúl, un niño de diez años que me buscaba de un lado para otro. La semana anterior a esta novedad la maestra de Raúl les pidió a los alumnos que llevaran una planta de frijol en un frasco de cristal; yo fui el elegido de esa misión. Fue por eso que me llamaron así; en parte porque Raúl estaba convencido de que yo era una planta de frijol y porque Beni es una deformación de *bean*, que es frijol en inglés, y a Raúl le apasiona esta materia. Siempre llevé con orgullo este nombre, y mucho más cuando me enteré de que para Raúl yo no era una planta sino el hermano que siempre quiso tener.

El día que me llevó a su escuela fui preso de las feas burlas de unos niños que decían haber traído las mejores plantas. La verdad es que sus plantas sí eran diferentes; yo no tenía hojas y mi tallo era una espiral que parecía la cola de un cerdo. Raúl soportó muchas burlas al respecto, pero no aguantó cuando nos rodearon en bandada y el más atrevido de los niños se acercó desde atrás con unas tijeras y me cortó en dos. Sentí un dolor horrible. Raúl, ciego

de ira, se lanzó sobre mi agresor y ambos dieron vueltas en el piso. La maestra los separó.

El regaño fue justo para quienes iniciaron este pleito y, aunque la maestra le dijo a Raúl que yo no era un frijol, sino una simple planta, este me cuidó aún más. Tanto que cuando llegamos a casa trató de unir las dos partes de mi tallo. Me llevó a un frasco de galletas vacío y me cubrió con abono suave. Dure días así. Raúl siempre me daba palabras de aliento hasta que me mejoré. Desde entonces fui su fiel compañero. Ambos inventamos una manera de comunicarnos en la que yo movía mis hojas de un modo particular para decir sí o no a alguna pregunta. Raúl adaptó a la lata de galletas un morral donde siempre me llevaba, colgado a su espalda. Íbamos juntos a todas partes: a ordeñar las vacas, a llevar la leche en burro a las tiendas del pueblo, a sembrar el maíz y a arreglar el corral para que no se escaparan las dos vacas lecheras.

Mientras hacíamos estos deberes, la madre de Raúl podía sólo con los oficios de la casa. Era una mujer joven, pero la soledad y el trabajo la marchitaron. Su padre, que murió hace dos años de una dura enfermedad, le heredó la pequeña finca donde ahora vivían ella y su hijo. Nunca pudo olvidar el pasado; primero la muerte de su esposo, después de ver a su padre postrado en una cama por un cáncer. Además, sus cuatro hermanos se fueron hace nueve años del pueblo. Tenía un pequeño altar donde lloraba a sus muertos. Una noche olvidó una vela encendida y esta cayó en las viejas varas de bareque que se incendiaron rápidamente. El calor de aquel incendio chamuscó mis hojas. Raúl despertó con el grito de su madre quien, al tratar salir de su cuarto, recibió el golpe de uno de los troncos que sostenían el techo de palma que la dejó inmóvil. Como pudo, el niño quitó el pesado tronco del cuerpo de su madre y la arrastró hasta el patio; cuando Raúl se acordó de mí corrió a ayudarme.

Yo estaba a punto de caer cuando lo vi caminando entre el fuego; me tapó con una gruesa manta, me llevó junto a su madre y los tres vimos cómo la humilde casa se venía abajo.

Los vecinos se percataron de lo que ocurría y nos ayudaron a llevar a la mamá de Raúl a la clínica del pueblo. Estaba muy mal y estuvo allí varios días. Mientras tanto, Raúl buscaba entre las ruinas cómo levantar un sitio donde vivir. Yo estaba mejor, había crecido un poco y estaba más fuerte. Raúl me cuidó con agua y abono y quedé como nuevo.

El tiempo pasaba y la mamá de Raúl seguía mal. A pesar de que sus quemaduras habían sanado, su salud era cada vez peor. Los médicos le hicieron exámenes y supieron lo que tenía: cáncer, uno terrible y avanzado que la devoraba por dentro. Raúl ya sabía lo que era esta enfermedad, lloró mucho apoyado en la cama de su madre y hasta yo, que no sabía nada del asunto, sentí una rara sensación que subía desde mis raíces hasta el cogollo. Cuando Raúl se calmó vio sorprendido una enorme y extraña flor que me adornaba como corona.

El tiempo pasó. Raúl se convirtió en un adulto y cursaba su último semestre de especialización en Microbiología. Yo, en mi condición de planta, era de gran ayuda para Raúl en sus investigaciones. Su esposa y su hija, Estefanía, estaban orgullosas de él. Siempre jugaban en el jardín, en el que yo reinaba desde una matera inmensa, y me cuidaban a mí y a las otras plantas para que no nos marchitáramos.

La pequeña Estefanía, a pesar de sus ocho años, tenía un gran cariño hacia las plantas. Todos la admirábamos por su ternura y vivacidad.

Pero la tragedia se cernía sobre Raúl y esta vez sobre quien más amaba. La pequeña comenzó a presentar síntomas de cáncer.

¿Cómo era posible? ¿Su abuelo, su madre y ahora su hija? ¡No! Si esto es hereditario debía parar. Su hija no merecía ese mal y no había tiempo que perder.

Comenzó entonces a hacerle exámenes. Todos en el jardín estábamos preocupados. Una noche, mientras la niña dormía, Raúl, llorando, confirmó la mala noticia: la niña padecía de cáncer. De nuevo tuve esa sensación en mis raíces y en mis ramas.

Nadie lo supo hasta el día siguiente. La primera en verlo fue la pequeña Estefanía, quien, asombrada, llamó a gritos a sus padres. Para la admiración de todos yo estaba cubierto de flores. Raúl estaba maravillado.

¿Sería que yo estaba tratando de decirle algo?

Raúl comenzó a verme como un instrumento para salvar a su hija. Me llevó hasta su laboratorio y me tomó muchas muestras. Permanecimos allí horas, días y semanas hasta que al fin Raúl encontró en mí una rara sustancia que probó con animales. El espíritu de Raúl se animó. Pronto tuvo el permiso médico para aplicar su fórmula a enfermos de cáncer; los resultados fueron asombrosos.

La pequeña Estefanía no tenía un cáncer muy avanzado, por lo que aceptó muy bien el tratamiento que su propio padre había creado usando la sustancia que yo, sin saberlo, portaba en mí todo el tiempo. ■



El par de mocasines



NICOLÁS DANIEL PUENTES
BOGOTÁ

Yo crecí en Bogotá. Me encanta tocar guitarra, montar tabla, también practico natación y a veces juego al ajedrez, actividad con la que me he llevado varias medallas a mi hogar. Me interesé en la literatura a medida que fui creciendo, así como en otras formas de expresión artística como el dibujo, la música y la danza. Le dedico este cuento a aquellos que no saben apreciar lo que

tienen, sea mucho o poco, sin pensar en las necesidades de los demás. Se lo dedico a la gente que se cree más, o mejor que otros. Le doy gracias especialmente a mi hermano, quien me acompañó e impulsó en esta aventura.

Grado octavo, Colegio José Allamano, Bogotá D. C.

El par de mocasines

NICOLÁS DANIEL PUENTES

Un día un niño compró un par de mocasines. Los amaba, con ellos corría, saltaba, jugaba a la pelota y se divertía mucho. ¡Eran los mejores zapatos del mundo!, y no porque fueran resistentes, pues con el tiempo se fueron rompiendo hasta que el niño terminó dejándolos en una caja bajo su cama. Los mocasines esperaban ansiosamente el día en que el niño abriera la caja y se divirtieran una vez más jugando a la pelota, pero esto nunca sucedió. Con el pasar del tiempo los zapatos se dieron cuenta de que ya no eran útiles para el niño, y mucho menos guardados allí, así que una noche de invierno decidieron marcharse. Al salir, nada era como lo recordaban: los columpios en el parque, el sube y baja y la vieja casa del roble no eran lo mismo sin su pequeño amigo. Caminaron y caminaron hasta que no pudieron más. El desaliento los abrumaba y su única compañía era la fría noche. Al día siguiente se les ocurrió una idea brillante: ¡ir con el zapatero!, “tal vez él nos puede ayudar” pensaron. Hacia allá dirigieron sus pasos y al llegar se quedaron inmóviles a la entrada de la zapatería, el zapatero pasó por encima de ellos sin percatarse de su presencia. Insistieron nuevamente, esta vez ubicándose a los pies de su cama, pero él se recostó sin determinarlos. Por último, treparon en su

mesa de trabajo, pero este pasó sin notarlos siquiera... Tal vez era la costumbre de ver muchos zapatos distintos en su casa. El par de chagualos pensaron: “¡vamos a esperar hasta que el zapatero nos coja y nos remiende, luego él nos va a poner en una de esas cajas para vendernos y entonces, en la noche, nos escaparemos y volveremos donde el niño y cuando él nos vea como nuevos, nos va a querer otra vez!”.

Y así esperaron todo el día, se movían de un lado a otro, pero el zapatero no los remendaba. Llegó la noche y no habían podido hacer realidad su plan. De repente, una voz se escuchó desde el suelo y un par de chanclas preguntaron con acento costeño:

—¿Aja, qué es la vaina de andar despiertos tan tarde?

—Pues aquí esperando a que el zapatero nos remiende algún día —respondieron al unísono los mocasines.

—¿Y ustedes qué hacen allá abajo? —le preguntaron a las chanclas.

—Nos habían puesto a la venta, pero sipote accidente tuvimos —respondieron las chanclas—, cuando íbamos a dormir, ¡zaz!, nos caímos del estante, nos salimos de la caja y nos dimos tremendo golpe.

—Cuando nos despertamos no teníamos ni idea de qué había pasado —dijo una de las chanclas, mientras la otra cortaba secamente su conversación—: Mira, cuadro, ¿qué pasa con tus modales? Somos los hermanos Chancleta, nos da mucho gusto conocerlos y, ajá, ¿ustedes quiénes son?

—Nosotros somos los mocasines —respondieron los zapatos que miraban desde lo alto— venimos de... bueno, eso no importa, hemos caminado y pasado sobre muchas cosas raras y nuestro objetivo es que nos remienden para volver a ser especiales e irnos a casa con nuestro amigo el niño.

–Ajá, cuadro, ¿será que nos pueden echar una manito con nuestra caja en el estante?

–¡Claro! –Exclamaron los recién llegados.

–¡Eche!,mera bacanería, nosotros los guiamos, está aquí no más, en este piso –les indicaron las chanclas.

Al entrar al lugar en donde estaban guardados en cajas todos los zapatos, los mocasines se dieron cuenta de que había una fiesta.

–Ajá, sipote parranda, quédense un rato –los invitaron algunos zapatos.

“¿Por qué no?”, pensaron los mocasines.

Entre todos los curiosos zapatos que se encontraban en la fiesta había sandalias, alpargatas, babuchas y botas. Los tímidos zapatos trataban de integrarse a la fiesta, pero nadie se les acercaba.

–Supongo que es porque estamos rotos y sucios –se consolaban los mocasines–, vamos a bailar con alguien; no sé, de pronto con ellas –se dijeron inocentes.

–Hello –respondieron unas sofisticadas sandalias–, nosotras nunca nos acercaríamos a un par de zapatos como ustedes, o sea, ¿están locos?

–Además, se nota a metros que ustedes son unos simplones de la clase más baja –les respondieron un par de sandalias rojas, y todos los demás zapatos se rieron.

Los mocasines regresaron avergonzados y decididos a pedirle al zapatero que les hiciera un cambio de *look*; se pusieron al frente de él con toda la intención de hablarle, pero este se les adelantó murmurando con su acento ruso:

–Ggrrr, pero qué pasa, qué mocasines tan viejos y roídos, parece que a algún niño le gustaba mucho el fútbol. ¿Y cómo llegaron hasta aquí?, no recuerdo a nadie que los haya traído. Además, ¿quién va a querer estos chagualos?

Luego de decir esto el zapatero los lanzó a la calle y cerró su puerta murmurando cosas. El par de zapatos, desconcertados, anduvieron por la calle de arriba abajo y nadie les prestaba atención.

Cuando estaban cruzando el parque, un par de guayos de fútbol que colgaban de una de las cuerdas de la luz les gritaron:

—¡Hey compadres!, ¿les falta un poquito de betún no? ¡Ja ja ja!
—burlándose de su aspecto.

Luego, en un semáforo, unas sandalias chismoseaban entre ellas:

—¡Uff, qué seba de mocasines! Mira esos cordones, llenos de barro ¡fuchi!

Después de tanto y tanto caminar llegaron de nuevo a la casa de su antiguo dueño. Se acercaron a su ventana para verlo. Y en ese momento, el niño se sentó en su cama y rápidamente se puso unos tenis nuevecitos, a la moda.

—¡Rápido mamá, sírveme la comida que voy a salir con mis amigos! —gritó el niño.

Los mocasines notaron con tristeza que el niño ya ni se acordaba de ellos, además, también se fijaron en los nuevos tenis, que tenían una talla más grande que la de ellos.

El par de mocasines decidieron pararse en una esquina a esperar a que pasara en la noche el camión de la basura para subirse en él. De pronto, un balón hecho de trapos vino saltando velozmente desde algún lugar que no habían advertido y los golpeó por detrás.

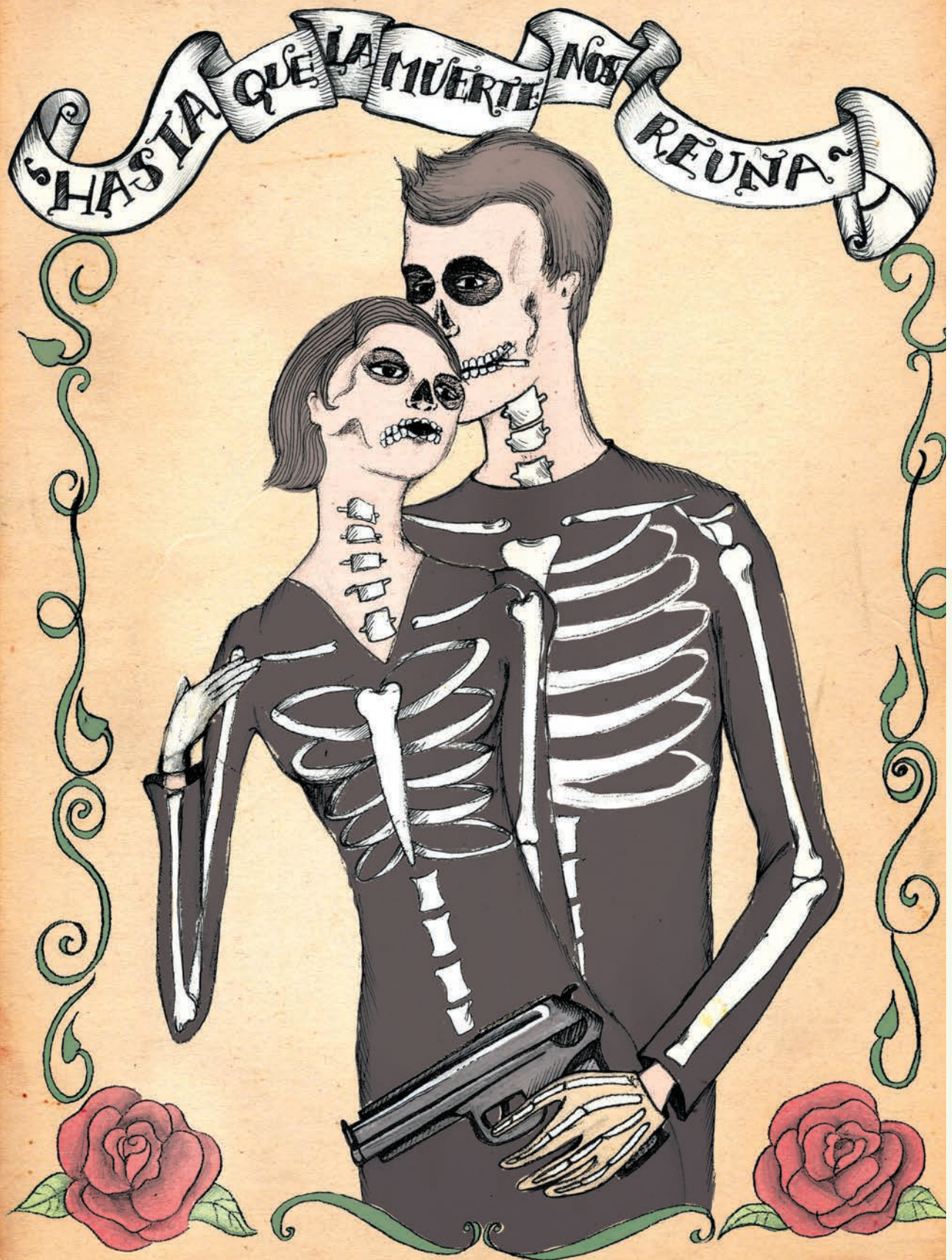
—¡Hey! ¿Qué pasó? ¿De dónde salió esta pelota? —preguntó admirado el mocasín derecho.

—Mira, allá viene un niño corriendo —respondió el mocasín izquierdo—, tal vez el balón es suyo.

Entonces el chico llegó por su balón, era un sonriente cimarrón, flaquito y descalzo.

–¡Mira qué zapatos tan bonitos me encontré! –exclamó con alegría el niño y levantó los mocasines del suelo con la mayor suavidad. Los miraba con ternura, los acariciaba, luego les sonrió y los llevó con su mamá para que se los cosiera. Eran los mejores zapatos del mundo y no porque fueran resistentes o bonitos, sino porque eran los primeros mocasines que se había puesto en su vida. ■





HASTA QUE LA MUERTE NOS REUNA

Solo



ALBERTO MARIO MÁRQUEZ ALONSO
BARRANQUILLA

Soy escritor, y todo lo que encierra el conjunto de experiencias que conllevan serlo. Es muy incómodo hablar de uno mismo, por eso espero que se pueda leer un poco de mí en mi cuento.

**Noveno grado, Escuela
Normal Superior La Hacienda,
Barranquilla, Atlántico**

Solo

ALBERTO MARIO MÁRQUEZ ALONSO

Desde su muerte he decidido quedarme con la esperanza de encontrarla. Del bar han entrado y salido varios como yo. Les he preguntado por ella, pero están ocupados buscando sus propios muertos para escuchar pregunta alguna. Da igual si responden o no, pues yo seguiré buscándola.

Mi plan era simple. Ella debía morir y luego yo, para después encontrarnos en la muerte. Muchas veces pensé en la teoría de morir juntos y encontrarnos en el después; en la vida era imposible mezclarse con algunas personas simplemente por tener vidas distintas, pero siempre creí que esto era posible en la muerte. Aunque entonces no sabía que significaba esa palabra.

Para matarla no necesité planeación alguna. Fue rápido. Acaricié su cara antes de matarla. Le di un pequeño mordisco a su labio inferior. Saqué el arma apuntando hacia su estómago desnudo y disparé. Acto seguido, con la misma arma, apunté a mi cráneo y halé el gatillo, mientras ella me miraba, triste y vacía.

Me pregunto si también me estará buscando.

Después, mi mundo se vació en una escena lúgubre. Un temblor extenuante. Abrí los ojos y estaba en el bar. Morir es graduar tu existencia en un volumen más alto o más bajo del que exige la

vida. Es volver a acariciar los labios de ella, en una vanidad placentera y dolorosa.

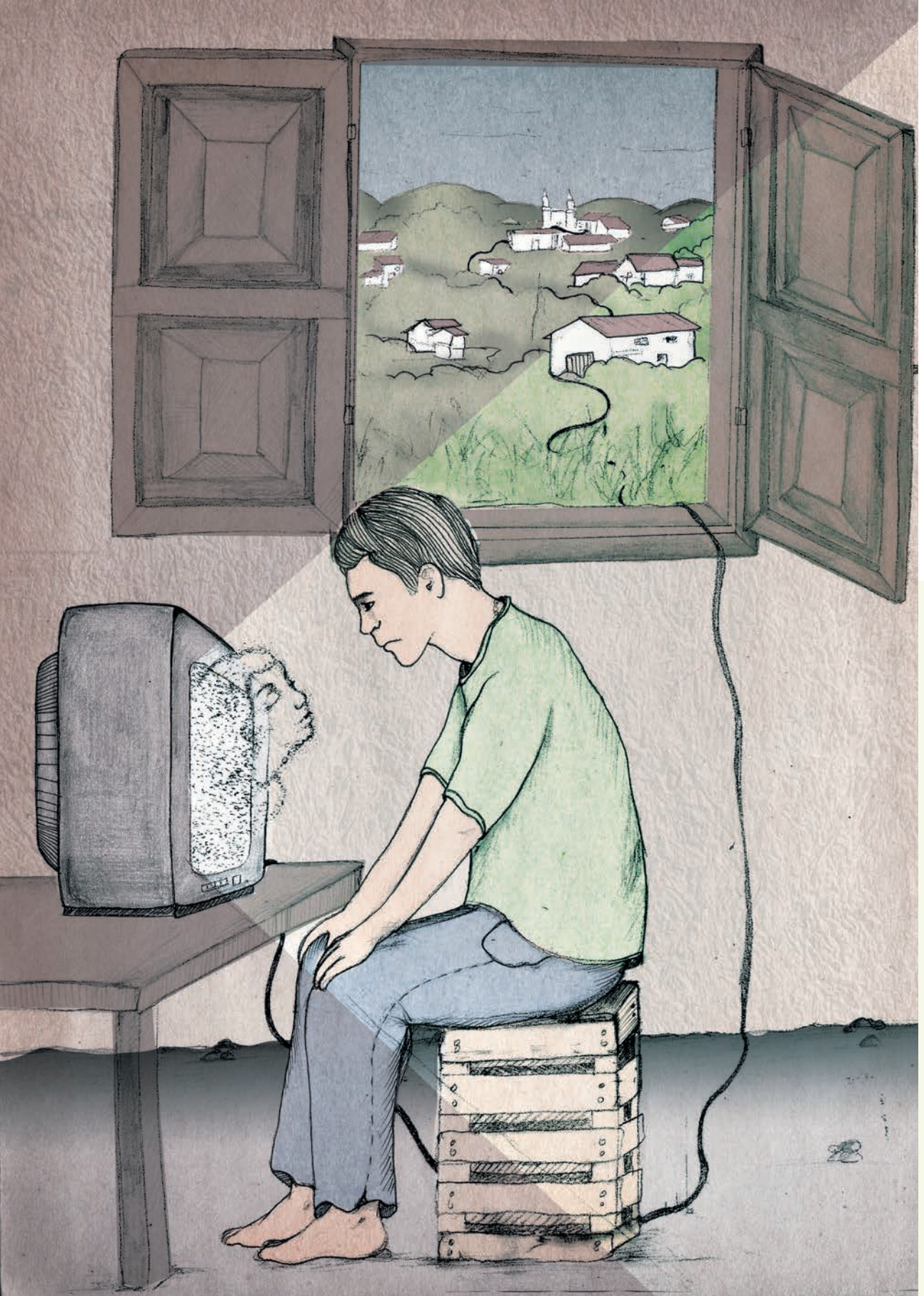
La sensación de soledad vino al instante, cuando me hallé sentado e inmóvil en esta mesa en la que acostumbrábamos encontrarnos; aún cuando empezó a aparecer la gente, no logro distinguir entre vivos que no pueden verme ni escucharme o muertos que simplemente no quieren hacerlo.

Ahora introduzco mi mano en el bolsillo derecho de este saco sudoroso y sucio que no puedo cambiar y descubro el cigarro. Sólo encenderlo y fumarlo. Para mí, que no fui nada importante en vida, es placentero ver que aquí también somos arrastrados a un instante de eternidad que gastamos en un rumbo inservible.

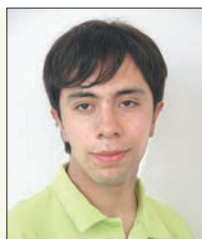
Saco el arma del bolsillo izquierdo, la miro y de nuevo apunto hacia mi cráneo, tal vez así solucione el problema de la continuidad de las muertes (o de las vidas). Vuelvo a morir.

La mesa se estremece ante mí. No caigo. No hay cuerpo que caiga, pero siento cómo el bar se deshace.

Las muertes siguientes son efímeras, me acostumbro lenta y pacientemente a la rutina de morir y al vacío lúgubre. Cada muerte es igual, un bar, un cigarro, un arma y una muerte. Tal vez nunca pueda encontrarla, pero seguiré intentando. ■



Afecto por cable



SANTIAGO OJEDA
BOGOTÁ

No me conozco muy bien, seguramente por eso no me siento muy cómodo hablando de mí. Puedo decir que nací un diciembre hace casi dieciocho años. Siempre me ha gustado leer y escribir, crecí alrededor de libros que aún hoy recuerdo con mucho afecto. Tengo unos padres maravillosos y una familia espléndida. Mis pequeños sobrinos han inspirado este cuento. He contado con excelentes maestros a quienes siempre extenderé un gran abrazo de

agradecimiento. No puedo pasar por alto a mis amigos, el ícono, el aviador, el pintor, el negociante, el poeta y el presidente, que en definitiva podrían hablar de mí con mayor seguridad pues son quienes me han forjado. Espero que disfrute mi cuento, leyéndolo podrá hacerse una idea más fiel de mí que cualquiera que yo pueda dar.

**Grado décimo, Gimnasio
Moderno, Bogotá D. C.**

Afecto por cable

SANTIAGO OJEDA

-En mi casa no tenemos eso –le dijo José al vendedor, refiriéndose al par de orificios rectos que había en la pared de la tienda.

–Entonces no puedes usarlo –le respondió el vendedor–. Tiene que estar conectado para que funcione.

–¿No puedo conectarlo aquí y llevarlo hasta mi casa? –preguntó José.

–Pues sí –dijo el vendedor mientras retiraba un cable negro y enrollado de uno de los cajones del mostrador–, pero debo darte un cable de extensión tan largo como este.

José recibió el cable e introdujo las láminas metálicas en los orificios de la pared. Salió de la tienda sin despedirse y comenzó a caminar rumbo a su casa. A medida que avanzaba iba dejando caer un tramo del cable con una mano y con la otra sostenía el televisor que recién había comprado.

Camino a su hogar, José pasó por el restaurante donde sabía que se encontraba su amigo Paco, un anciano que le había enseñado a jugar ajedrez y que siempre almorzaba allí.

El cuento del televisor se había iniciado justamente en aquel lugar, una cálida mañana en que José y Paco jugaban una partida y la dueña del restaurante había instalado el novedoso aparato para

satisfacer a sus clientes. José había visto muchos televisores en su vida, pero fue sólo cuando vio en la pantalla de aquel a una hermosa niña que despertó un interés hacia ellos.

—Señor Paco —murmuró José a su amigo—, quisiera saber quién es esa niña.

El anciano esbozó una sonrisa.

—Hombrecito —le respondió Paco—, no sé quién es, pero sé que no está aquí, sino que hace parte de la televisión.

—¿Necesito un televisor para poderla ver? —intentó concluir José. La respuesta fue afirmativa.

Efectivamente, cuando caminaba frente al restaurante, José pudo ver a don Paco jugando ajedrez con otro veterano. Bastó que le echara un vistazo a José para que alzara su mano en un ademán de alegría y le gritara:

—¡Muy bien muchacho!

José le sonrió y siguió su camino, dejando tras de sí algo del cable.

Unas cuerdas más adelante cruzó por el campo de fútbol donde jugaba todos los días y le dirigió una mirada soberbia a sus amigos que corrían tras el balón. Todos quedaron perplejos al ver que José había logrado su cometido. Mientras tanto, él recordaba cómo su idea se había consumado en esa misma cancha hacía apenas unos días. José no había mostrado el talento habitual en un partido que habían librado unas tardes atrás, así que sus amigos acordaron preguntarle si algo extraño le ocurría.

—No seas payaso, apenas tenemos once años, tenemos mejores cosas en qué pensar diferentes a las niñas —le había dicho alguno de los jugadores.

—Pero es tan linda —refutó José—, quisiera tener un televisor para verla a cada instante.

—¿Y por qué no la ves en el restaurante? —le preguntó otro.

–Porque los adultos prefieren ver fútbol y no permiten que yo la vea –respondió triste José.

–Pues entonces vete olvidando –le respondió otro– porque un televisor es muy caro, y tu mamá apenas tiene para darte de comer.

José sintió el amargo sabor de la verdad. Su madre trabajaba duro para costear las necesidades del hogar y sería bastante desconsiderado si la importunara pidiéndole algo tan costoso como un televisor. Si quería volver a ver a la deslumbrante niña debía encontrar un método para ganar dinero, o esperar a que un golpe de suerte le llenara sus bolsillos de billetes.

–¿De dónde demonios has sacado la plata? –fue, en resumen, la pregunta con la que sus amigos lo acorralaron.

–No me lo creerían –fue la única respuesta que José les dio.

No insistieron, seguramente estaban enfurecidos con él por el hecho de que hubiera logrado algo que habían pronosticado imposible, o quizá les enfadaba que dejara tras su paso un cable negro que obstaculizaba el juego en la cancha.

La casa donde José vivía no quedaba propiamente en el pueblo, se encontraba más allá de la urbe. Sin importar la distancia, el cable seguía extendiéndose y arrastrándose conforme José caminaba y, ya en las afueras del reducido poblado, había dejado un rastro delgado y negro en casi todas las calles. No tardó en llegar a su casa, que a diferencia de aquellas ubicadas al interior del pueblo, no estaba hecha de ladrillos sino de un burdo bareque. José entró expectante pues le inquietaba la reacción que pudiera tener su madre. Sabía que para una mujer como ella resultaría muy atípico que su hijo llegara con un televisor en el hombro.

La mujer se encontraba sentada tejiendo una de esas mochilas tan apetecidas por los turistas, pero al ver a su hijo entrar con semejante artículo se incorporó de un salto.

—José, mijo, ¿qué es eso tan pesado que trae ahí? —bramó amenazante.

—Es un televisor, madre.

—¿Y de dónde lo sacó? ¿Acaso se lo robó? —gritó enfurecida.

—No madre, por Dios, me lo encontré tirado cuando venía para acá —se apresuró a aclarar José— por favor, déjeme conservarlo.

Claramente José no decía la verdad. En realidad había asegurado su televisor desde el domingo anterior. Se encontraba sentado en la parroquia del pueblo escuchando el sermón de la misa cuando se percató de la cantidad de billetes que depositaba la gente en la canasta de la limosna; inmediatamente pensó en robar el dinero acumulado cuando la ceremonia acabara. Esperó a que nadie quedara en el templo y se dispuso a hurtar el dinero, pero justo cuando estaba a punto de alcanzarlo se llevó una gran sorpresa. El vendedor de la tienda de productos electrónicos se le había adelantado, y cuando se dio cuenta de que José lo observaba, le ofreció cualquier cosa a cambio de su silencio. José no lo pensó dos veces y le pidió alguno de los televisores de su tienda, pero sólo fue hasta el día siguiente que José se acercó a reclamarlo.

—No hijo, si se lo encontró es porque alguien más lo olvidó por ahí —le dijo la madre, cortante—, llévelo ya mismo a donde lo halló.

—Está bien —musitó José decepcionado—, pero al menos déjeme ver algo.

Su madre accedió.

José situó el televisor en el piso y se sentó apenas a unos centímetros de la pantalla. Aguardaba con ansias la vista de la anhelada niña, su corazón le palpitaba con fuerza de tan sólo imaginarla justo allí, frente a él; había esperado semanas para vivir aquel mágico momento.

Entonces encendió el artefacto como se debía, solamente para quedar más desconcertado que nunca. El televisor solamente emitía una estridente lucha entre partículas blancas y negras. ■



El sabor de la nobleza



DAVID FELIPE CORREDOR BENAVIDES
BOGOTÁ

Todo ocurrió debido a que tenía la idea de escribirles a los campesinos, ya que mi familia paterna viene del campo. Quise hacerles una breve descripción sobre esta vida tan humilde y hermosa y esta oportunidad me pareció muy adecuada para ello. Fue muy normal, un día común y corriente llegué cansado de estudiar, como lo hacía todos los

días, y como buen colombiano tenía que presentar el cuento al día siguiente, así que dejando todo atrás comencé a escribirlo. Nadie imaginaría lo que sucedió después.

Grado once, Liceo Hermano Miguel La Salle, Bogotá D. C.

El sabor de la nobleza

DAVID FELIPE CORREDOR BENAVIDES

Abelardo siempre había vivido en la misma finca. Sus padres se la habían dejado al morir, cinco años atrás, en un accidente que sufrió el Willys que los llevaba de su vereda hasta Aquitania.

A sus diecinueve años no salía a rumbeo los fines de semana, no había tenido novia, su cabello no tenía formas extrañas ni estaba a la moda. Su apariencia era más bien la de un joven dedicado al cuidado de la tierra y de su casa.

Abelardo no tenía hermanos y sus parientes más cercanos vivían muy lejos. Sin embargo, todos los habitantes de la vereda sentían un especial cariño por el joven. Nunca se le había visto enojado, ni siquiera cuando había tenido razones para estarlo. Siempre hizo honor a lo que significa su nombre: muy noble, esa era la palabra que describía perfectamente a Abelardo.

El lugar más cercano a su casa era la tienda donde vendían cosas básicas y cerveza. Por si usted no lo sabe, Aquitania es el mayor productor de cebolla de Colombia. Y Abelardo había hecho de sus cultivos de cebolla su principal regocijo, su actividad favorita y hasta su principal fuente de inspiración. Cuando hablaba de ella lo hacía con un especial fervor, todo lo que se relacionaba con el cultivo generaba en él una gran dedicación y la verdad es que todo el mundo decía que las cebollas de Abelardo no sabían igual que las demás.

La vida de Abelardo pasaba entre sobresaltos, repitiendo diariamente la misma rutina. Un domingo, como todos los domingos, a las tres de la tarde Abelardo se dirigió a la tienda de doña Asunción a charlar un rato, jugar con los perros y comer dulce de feijoa. Muchas veces doña Asunción le había hablado de su hija mayor, Liliana, “la que vive en la capital”, pero esta vez lo que le contaría no pasaría desapercibido como en otras ocasiones. Esta vez le habló sobre el restaurante en donde vendían la comida más rica de la capital, en donde los olores y los sabores hacían que los clientes no pudieran dejar de visitarlo. Inmediatamente el sabor de la cebolla en la comida se apoderó de los sentidos de Abelardo, la imaginó como ingrediente principal de los platos exquisitos de ese restaurante. Si ese era el mejor restaurante de Bogotá, debía utilizar la mejor cebolla, la que con tanto esmero él cultivaba y cuidaba. Entonces, sin dar más explicaciones, salió corriendo hacia su finca dispuesto a empacar maletas y emprender la búsqueda del lugar que debía conocer su cebolla.

Después de alistar un pantalón, dos camisas, su cepillo de dientes y algunas cosas más, Abelardo partió rumbo a la capital, no sin antes recomendarle a la dueña de la tienda que le cuidara la finca por un par de días, que le diera comida a los perros y, sobre todo, le “echara un ojito” a sus amadas cebollas.

Nadie entendió el extraño impulso de Abelardo, ni siquiera él mismo. Pero ahí estaba, sentado en la silla que daba a la ventana de la quinta fila de la flota que lo iba a llevar a Bogotá.

Interrumpió sus pensamientos una campesina ataviada con una ruana que se sentó a su lado, con algo más de cinco paquetes llenos de Dios sabe qué y una pequeña cajita de cartón amarrada con una pita verde de donde salía un repetido: “pío, pío, pío, pío...”. Sería la compañera de viaje de Abelardo.

Con la cordialidad que lo caracterizaba, Abelardo respondió al saludo de la mujer, le ayudó a disponer los paquetes y se acomodó de tal manera que la señora se sintiera lo más cómoda posible. La flota prendió su motor. Luego de dormir unas cuantas veces y de perderse en la conversación que su compañera de viaje insistía en proponerle, trató de recordar las cortas instrucciones que doña Asunción le dio sobre cómo llegar a la casa de Lilianita, quien no podía pasar a recogerlo porque vivía muy ocupada.

Una de las cosas que más le causó curiosidad durante el viaje era el cambio en el paisaje, cómo las tiendas de la carretera se iban haciendo más grandes cada vez, cómo el verde se iba diluyendo en el gris de las construcciones y los animales y tal vez también todos los habitantes de aquellas casas; sólo se veían algunos perros que ladraban a la flota cuando pasaba, nada más.

Finalmente, la flota se detuvo y apagó el motor, eran las ocho de la noche y estaba en Bogotá, en el lugar en donde sus cebollas deleitarían los paladares más exquisitos de la capital. Su compañera de viaje desapareció rápidamente junto con la caja sonora de cartón. Él recogió su maleta y no pudo evitar asombrarse: nunca había visto tanta gente, tantos carros y tanto gris.

Por un momento no supo qué hacer, no encontraba la salida, veía largas colas por todos lados y nadie le prestaba atención. Pero había algo muy urgente que debía hacer: comer. Tenía mucha hambre, así que se dispuso a entrar al primer restaurante que se encontró y devorar un sancocho de gallina que le devolvió la vida. Sin embargo, nadie le advirtió que las cosas en la capital eran más costosas, en especial en el terminal de transportes. Cuando pagó se dio cuenta de que el dinero que traía no iba a alcanzar para mucho, y empezó a preocuparse.

Dio vueltas, recorrió todo el terminal pasando por sus colores amarillo, azul y rojo. Preguntó muchas veces cómo llegar a la casa de Lilianita, pero cada explicación que le daban le resultaba más difícil que la anterior. Pronto se dio cuenta de que eran las once de la noche y no le pareció buena idea llegar a la casa de alguien que no conocía a semejante hora. Vio que algunas personas estaban acostadas ocupando varias sillas para poder estirarse y entonces decidió que él haría lo mismo. Lo único que recordaba claramente era que no podía descuidar su maleta porque seguramente la perdería así que, aunque un poco incómoda, decidió usarla como almohada.

Después de muchas vueltas en la silla y algo de sueño, como siempre, a las cuatro de la mañana estuvo en pie. Aunque veía las mismas cosas que la noche anterior, poco a poco se fueron llenando de luz. Después de un tinto, que le pareció desagradable, se sentó a pensar en los sueños que había tenido: niños, jóvenes, ancianos, señoras, curas, todos saboreando manjares que tenían el sabor especial que les daba sus cebollas. Eran personas muy parecidas a sus vecinos, a la señora de la flota y a todos los que habían pasado frente a él en las últimas veinticuatro horas. Todos debían probarla, todos tenían derecho.

De pronto, Abelardo aterrizó como quien cae de un globo y se dio cuenta de que con el poco dinero que tenía no podría hacer gran cosa. Además, le aterraba salir de aquel lugar y enfrentarse al titán que había afuera.

Abelardo, que siempre había vivido en la finca de sus padres, que no estaba a la moda ni tenía un peinado extraño como los jóvenes de su edad que pasaban frente a él en el terminal de transportes de Bogotá, volvía a su finca en Aquitania, dispuesto a seguir cultivando y cuidando esa cebollas que, según decían los que lo conocían, no sabían igual que las demás. ■



El que tenga alas que vuele



ÁNGELA MARÍA BLANCO NIETO
DUITAMA

Soy ambigüedad, demencia,
inseguridad, ansiedad.
Soy ideas y cabellos enmarañados.
Soy cúmulo de miedos,
represiones, obstinación,
indecisiones, sumisión.
Soy lágrimas inútiles, carcajadas
imprudentes.
Soy transmutar constante.
Soy rabia prensada en el alma.
Soy debilidad, angustia,
preocupación.
Soy indecisión transfigurada.
Soy silencio de medianoche y
bullicio de mediodía.
Soy mente incurable y poseedora
de los sueños más absurdos.

Soy error, soy los riesgos jamás
tomados.
Soy antagonista alada y despojada
de un anónimo cuento.
Soy imaginación de una niña
quejumbrosa.
Soy recuerdos vagos de una
desmemoriada.
Soy sentimientos tajantes de una
inapetente enamorada.

**Grado décimo, Colegio
Seminario Diocesano, Duitama,
Boyacá**

El que tenga alas que vuele

ÁNGELA MARÍA BLANCO NIETO

Siempre que él me pregunte por las plumas suspendidas en el aire que se amontonan en mi cama y por toda la habitación, le diré que son de un ave que entra por la ventana y que no he podido atrapar.

Las plumas y cicatrices en mi espalda son el tiempo. Lo que hice y lo que dejé de hacer. No tuve remedio, ninguno otro que yo misma. Porque no tuve salida y no pude escapar de mi propia miseria. Porque viví tras la sombra de un ángel que nunca fui.

No pude elegir otro día para nacer. Llovía, las gotas rebotaban una tras otra en el cristal de la ventana. Mi madre, envuelta en dolor y regocijo, me tomó en sus brazos y pronunció aquella frase “sólo te faltan las alas para ser un ángel”. Lo recuerdo. Recuerdo todas y cada una de las palabras pronunciadas desde ese día, desde el momento en que crucé la línea hacia este mundo ajeno a mí. Si se lo contase a alguien, no me creería. Tengo mucha carne para el cielo, y muchas alas para este mundo. En mi niñez saboreé por vez primera la sensación incitadora del vuelo. Volar es como comer espuma. En el colegio me destaqué por demente. No encajaba en el reino del lugar común. Yo era diferente. No soporté a mis maestros, menos a mis compañeras.

Descubrí que no pertenecía a ese lugar. Un día me asfixié con el calor del salón de clases y con la voz chillona de la maestra. Apurada, corrí hacia la ventana; sorda a cualquier grito cerré los ojos, abrí las manos y salté quebrando el cristal.

Un impacto de esos mataría a cualquiera, pero no a mí, lo que no me excluía de sentir dolor. No quedé inconsciente, por alguna razón seguía despierta. El dolor me atravesaba todo el cuerpo. Se reunió a mi alrededor un corrillo de chicos, sorprendidos, absortos, a la expectativa de lo que pasaría. Estaban llenos de miedo, me miraban, yo seguía en el piso y mis párpados no se apagaron.

Después del impacto todos aseguraron que había sido un milagro. Se equivocaban, eso no se llama milagro. Se llama destino.

Mis padres discutían. Mucho.

Mi siguiente ocurrencia fue en una excursión a unas montañas. El viento y el sol chocaban con mis mejillas. Desde arriba se respiraba distinto. Ni siquiera lo pensé. Abrí mis brazos, mi cuerpo se desvaneció ante el abismo. Rodé unos cuantos metros. Una caída sin relevancia. Yo era frágil. Por esa segunda caída me tacharon de loca. Una vez más se equivocaban.

Mis padres tendrían que estar contentos. Si estaban inconformes conmigo y con sus vidas, ya disponían de un motivo para ser centro de una polémica por mi causa. Pero no fue así. Me convertí en un problema más. Las cosas en casa no mejoraron. Me convertí en la niña con tendencias de ave. Decidieron que lo mejor era tomar las clases en casa.

Mis padres se divorciaron. Me repuse, una pequeña como yo, con una percepción relativa de la realidad, después de tanta fractura se repone rápido.

Mi madre se quedó conmigo los siguientes años mientras superaba lo de su separación. Se le notaba la tristeza y sobre todo el

cansancio de tenerme en casa. Su situación económica decaía y no quería ayuda, ni ninguna otra cosa de parte de mi padre. Estábamos solas y sin dinero.

Las cosas empeoraron, mi madre no soportaba verme todas las tardes a la misma hora junto a las ventanas de la habitación, de pie sobre un banco mirando al cielo. Ese cielo que jamás habló. Decidió que no quería tenerme más en casa porque tenía miedo, le aterraba pensar que yo no fuera normal, que siendo tan chica mi mente no estuviera funcionando como debía.

Yo sólo quería volar, y anhelaba ver el rostro de Dios tras mi ventana.

Mi madre, fiel a sus sentidos, decidió reintegrarme al mundo pues estuve apartada de este por varios años. Ingresé al colegio de nuevo, pero el temor seguía latente dentro de su corazón. Estaba más que convencida de que ese tiempo fue lo más cercano a una reparación, y que yo estaba curada. Como si hubiese estado enferma. Aún así, por encima de sus convicciones, se aseguró de que las instalaciones del colegio fueran de un solo piso. Culpó, a la televisión, a los amigos que no tuve, al divorcio, incluso a mi signo zodiacal. Su memoria, su mente era la que no funcionaba como debía. Maldijo tanto a las ventanas que olvidó el meollo del asunto: el cielo. Y que mientras estuviera un cielo mudo sobre mí, nada cambiaría.

A mi alrededor no había diferencia alguna, seguía siendo la rara, la inadaptada. En esa época tuve muchas ideas, guardé silencio. Tuve sueños, y poco sueño.

Llovía en exceso.

Yo estaba realmente ligada al agua, a la lluvia. Aunque nací un día de lluvia, no sabía lo que era llorar. Nunca tuve lágrimas.

Retomé mis planes, mi vida, y otra vez puse muros al mundo sin intervención de mi madre. No tuve cuidado con lo que soñé. Seguía lloviendo. Todas las noches las gotas golpeaban la ventana como si me hablaran. Estaba cansada de la lluvia, de mi cuerpo y sus versatilidades, de mi confusión, de mi crecimiento, de mi madre y sus dramas junto a los míos. Mi espalda comenzó a fastidiarme. En silencio soportaba el crecimiento de unos bultos en los omoplatos que se veían como jorobas. Pronto reventaron lenta y desagradablemente. No tuve tiempo para pensar en quién lo ocasionaba y cómo y porqué me estaba sucediendo.

Tenía demasiadas alas para este mundo y mucho pecado para ese cielo. Me aterraba imaginarme despegando mis pies de la superficie y también quedarme con el resto, volando en artefactos enormes y no por sí mismos. Estaba inconforme.

Llevaba un mes en casa por la temporada vacacional. Mi madre empezaba a preguntarse por qué sólo salía en la noche. Estuve mucho tiempo encerrada en mi cuarto, las alas eran gigantescas, las plumas volaban por todas partes, esas malditas alas se habían apropiado de todo mi cuerpo.

Toda elección tiene su precio y en mi caso el riesgo que corría era obvio. Salí al balcón; a ese que estuvo clausurado por mucho tiempo. Le hice caso a mi instinto. Respire hondo y me lancé.

No hubo diferencia con lo que me había pasado antes. Fue una caída patética. La gota que rebosó mi copa. Era una pobre infeliz abrazada por unas alas, fui a la cocina y las corte de un solo tajo. Me causé mucho dolor y repugnancia. Las enormes cicatrices no sólo quedaron en mi espalda, sino también en mi alma.

Escondí lo que quedaba de mis alas. Tiré por la ventana las plumas, mis ojos por primera vez lloraron. Y las lágrimas se deslizaron una a una por mi rostro.

Esa noche había perdido muchísimo. Pero dormí bien. Jamás volví a soñar desde entonces. Me acostumbré a vivir así. Me mudé al terminar el colegio. No me casé. No he tenido hijos. Vivo con un hombre que amo, él está harto de las plumas por toda la casa, piensa que le escondo un gran secreto.

No lo va a creer. No se lo contaré. Juntamos nuestras horas a relojes totalmente alterados. Nos toleramos. Nos amamos. Mañana iré a visitar a mi madre.

Mientras tanto sigo serena, casi feliz. Tuve alas y no volé.

El que tenga alas que vuele. ■





CALLE DE
LA FATIGA

La muerte anda en bicicleta



ALEJANDRO DURÁN CARO
CHIQUINQUIRÁ

Malo, malísimo con las palabras. Las ensucia, las manosea, las toquetea por aquí y por allá y todo igual: pésimo con las palabras. Prefiere describirse con un poema de Huidobro: "Poeta/Antipoeta/Culto/Anticulto/Animal metafísico cargado de congojas/Animal espontáneo directo sangrando sus problemas/Solitario como una paradoja/Paradoja fatal/Flor de contradicciones bailando un fox-trot/Sobre el sepulcro de Dios/Sobre el bien y el mal/Soy

un pecho que grita y un cerebro que sangra".

Posdata: dice que le gusta el jazz y el Lucky Strike. Que a ratos y en momentos especiales oye Pink Floyd y Pescado Rabioso. Que le gustan Cortázar y Rimbaud, a ratos Ducasse. Eso dicen de él. Sueña con publicar un libro: es un iluso.

Grado once, IE Normal Superior Sor Josefa del Castillo y Guevara, Boyacá, Chiquinquirá

La muerte anda en bicicleta

ALEJANDRO DURÁN CARO

Mi trabajo en este mundo es un tanto complicado de aceptar, pero eso sí, bastante fácil de ejecutar. Todos los días me levanto después de dos o tres horas de un obligado sueño, corro la cortina de mi ventana y me dejo infectar por la alegría mañanera. Luego, ubico un buen lugar del cielo para buscar a Dios mientras planeo mi día. Cuando sé qué haré, entro al baño y mientras estoy allí tengo todo tipo de epifanías. Me pongo lo primero que encuentro y salgo a la calle a visitar a mis clientes. Antes de salir pienso: “Dios, hazme bueno, pero no todavía”.

Ya fuera de mi casa me encuentro con mi sitio de trabajo: el mundo. Sí, es desolador, pero con el pasar del tiempo uno le coge cariño. La gente que va delante de mí siempre va más rápido. Me huyen, y yo los entiendo, los humanos son seres miedosos, vulnerables y hasta patéticos, eso es lo que los hace tan interesantes. Pero lo que ellos no saben es que yo tengo las llaves de su casa, de su carro, la dirección de su trabajo, no saben que yo puedo esperarlos a la vuelta de la esquina o en el borde de sus camas.

Mi primera cliente de hoy es una niña de dieciséis años que supuestamente ha tenido muchos problemas: sus papás no la entienden, los profesores “se la montan”, peleó con sus amigas, el novio la dejó, se le estaba brotando la cara y, para rematar, aún era virgen.

Uno llega a conocer vidas patéticas, pero yo no soy quien deba juzgar.

Está tumbada en la cama y ya no respira. ¡Carajo!, odio cuando hacen eso. No me esperan, llego yo y ya están ahí, simplemente para que uno les saque el alma, aunque esa parte también me gusta. Es más, les voy a explicar cómo se le saca el alma a alguien: primero que todo, uno tiene que cerciorarse de que la persona ya esté bien muerta. ¿Y cómo se hace? Bueno, pues si es un hombre se le pega una patada en la entrepierna y si reacciona hay que terminarlo de matar a golpes; si es una mujer, en vez de una patada lo que se debe hacer es acariciarla, si ella reacciona, hay que buscar un hacha, lo más rápido que se pueda, ya que es lo único que puede detener a una mujer ultrajada. Una vez que está claro que la persona está muerta hay que revisarle los ojos, es decir, si los tiene abiertos hay que cerrarlos ya que los muertos con los ojos abiertos dan miedo, pero antes de hacerlo hay que examinar que ya no le quede ni el más mínimo brillo de ilusión en el fondo de la pupila, que no le quede ni el abrazo de la mamá, ni la sonrisa de la novia, ni el sexo de la otra. Hecho esto es necesario revisar que la persona no tenga ningún objeto cortopunzante en las manos debido a que la extracción del alma produce espasmos musculares y sería muy paradójico ser apuñalado por alguien que se cortó las venas. Luego de haber revisado y retirado cualquier objeto de este tipo debe buscarse el alma en el pecho, nunca en la cabeza: ahí están ubicadas las mentiras de la razón. Normalmente el alma de una persona viva está localizada al lado derecho del corazón y luego, al morir, pasa a situarse al lado izquierdo para después subir a la garganta. Ahora, la cosa se pone fea si hay que abrirle el pecho al cliente para sacarle el alma, sin embargo, esto no ocurre muy a menudo, así que, utilizando guantes sintéticos, se mete la mano por la boca

y un poco más abajo de la tráquea puede hallarse el alma tratando desesperadamente de salir hacia el cielo.

Cuando se ha sacado el alma deberán arrancársele las alas, que son pequeñas o grandes de acuerdo con las esperanzas del muerto, es decir, si era un suicida, como en este caso, las alas se encontrarán rotas y quemadas. Después de haber seguido estos pasos, ya tendremos un alma en nuestro poder, y si usted, como yo, es la muerte, deberá arrojarla al abismo para la condena.

Cojo el alma de esta niñita y la echo a mi bolsa de condenas, que normalmente pesa mucho, puesto que no hay nada que pese más que el alma de un suicida o de un solitario. Al salir veo que mi siguiente cliente vive al otro lado de la ciudad. Camino tres cuadras y entiendo que esa vida que tomaré no vale lo suficiente como para cansarme caminando. Cojo una bicicleta que estaba por ahí estacionada. Ver el mundo girar desde una bicicleta es interesante; es decir, si tuviera pelo, saldría con las cursilerías de “el viento despeinando mi cabello y mis sueños”, mas no, la muerte no tiene ni sueños ni ilusiones; la muerte no es una solución, es el final de todas las opciones. En fin, como decía, el mundo empieza a tener una lógica extraña desde una bicicleta. Todo es así: pedalear fuertemente tratando de hacerle el quite al cansancio. Subiendo dolorosa y sudorosamente un sinfín de colinas empinadas, para luego darse cuenta de que existe el transporte público. Luchar, ¿para qué? Intentar, ¿para qué? Soñar, ¿para qué? Si es que para eso existo yo; yo soy el transporte público de la existencia.

Al llegar a la casa de mi siguiente cliente me encuentro con algo muy particular: Sui Generis - Obras cumbres - canción 7. “Otro suicida”, pienso con desgano. Voy hasta la sala y ahí lo encuentro. ¡Mierda! Es un poeta. Me mira con esos ojos cansados, tristes y llenos de terror que tienen ellos. Trato de no examinarlo mucho

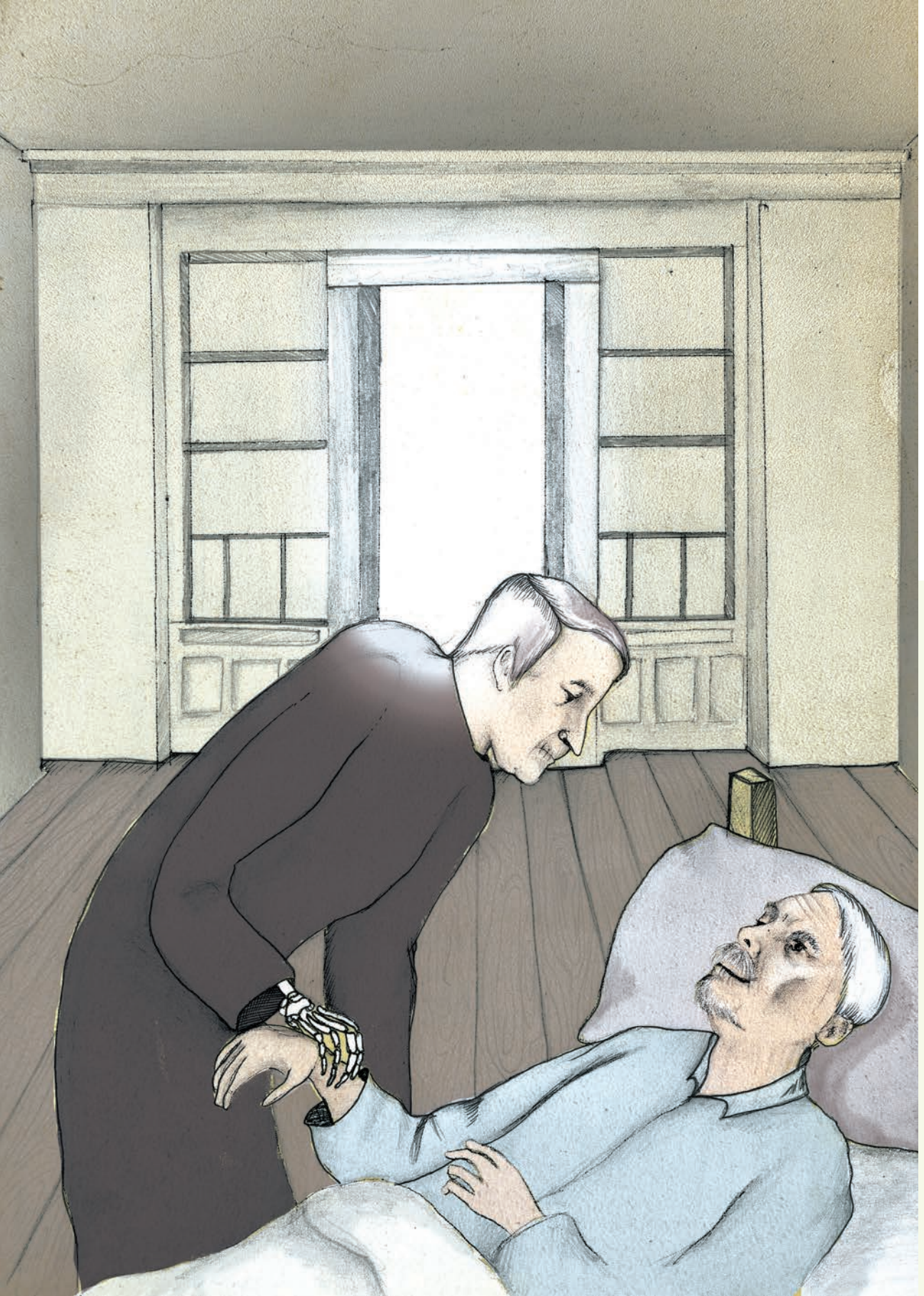
para evitar conversaciones y posteriores arrepentimientos. Aunque créanme: los poetas y yo nos llevamos muy bien. Al dirigirme hacia él veo que sobre la mesilla tiene un par de mis utensilios de trabajo. Continúa mirándome y ahora sus ojos tienen un tono inquisitivo e intimidante. Parece que debiera ser yo quien sienta miedo. Me sonrío y anota algo en un papel que pone sobre la mesilla. Agacha su mirada y no lo soporto. ¡Quiero que me mire a los ojos! Quiero ver los ojos de un poeta apagarse. Me paro frente a él y acaricio su cabeza. Tomo su barbilla y levanto su rostro: está llorando. Mientras su cara se enjuaga en amargura señala uno de los utensilios de la mesilla. Es un revólver hecho de flores.

“¿Unas últimas palabras?”. “Sí, asegúrate de encontrar el centro exacto de mi frente. Quiero que mi cabeza caiga en un lecho floral. ¡Ah! Y otra cosa, dile a Dios que aquí en la tierra ya no queremos más almas. Dile que los hombres ya nos dimos cuenta de que nos condenan por esa máquina de sueños”. ¡Carajo! Matar a estos tipos me deprime, pero bueno, ya lo hice. Tengo que salir lo más rápido que pueda de aquí: la sangre, la música, ese papel en la mesilla y el cuerpo me dan ganas de dejar el trabajo. Apenas salgo me dirijo a un parque. Tengo que quitarme el vacío de este día viendo niños. Sí, porque hoy maté nada más a dos personas, que es muy poco, ¿no? Es que pareciera que en este pueblo la gente se estuviera cansando de morir. Pero bueno, al ver niños sé que algún día iré por ellos. Saco el papel del poeta de mi bolsillo y lo leo:

“Algo siento por la muerte...

Sólo sé que le sonrío”.

¡Carajo! Hoy entristecieron a la Muerte. Espero mañana tener un par de clientes más y no repetir este atroz día de trabajo. ■



La sombra



DANIEL EDUARDO VÁSQUEZ CORREA DOSQUEBRADAS

No sé cómo comenzar, cuando comienzo no sé muy bien qué escribir y si empiezo a escribir termino por contar algo muy diferente a lo que tenía pensado, tal vez así es la vida.

No tengo lugar de nacimiento, soy de cualquiera de los lugares en que he vivido, y son varios, porque cada persona nace al momento de comenzar algo nuevo. Me gusta conversar y soñar, me gusta mucho el arte y más el teatro (un tanto decepcionante, si pensaron que era escribir). Quiero

mucho a mi mamá. En mi vida han pasado cosas muy importantes, pero no las contaré aquí pues no me alcanza este espacio; tal vez, cuando nos veamos por la calle, nos saludemos y charlemos un poco porque es en ese acto de socializar y de interactuar con el mundo donde nacen muy buenas ideas.

**Grado noveno, Institución
Educativa Empresarial,
Dosquebradas, Risaralda**

La sombra

DANIEL EDUARDO VÁSQUEZ CORREA

El frío de la noche anunció su llegada, las flores del reino se marchitaron y el cielo claro se cubrió con un nubarrón negro, miles de guerreros lucharon contra ella, pero ninguno logró derrotarla.

Con su mirada vacía y su aliento de mortaja se pasea por el castillo buscando su débil objetivo, un hombre cansado de llevar un reino en sus hombros, cansado de tantas luchas para salvar a su pueblo, ella se acerca cuidadosamente y le da un beso en la frente, todo queda en silencio y desaparece en la neblina.

La muerte está cansada de su trabajo, arrastra la desgracia que nadie quiere, lleva consigo el silencio y la frialdad, odiada por todos, por nadie amada, camina de ciudad en ciudad, vieja y encorvada, con sus ropas desgarradas, con una mirada oscura y fría que lleva en su interior la desdicha y un silencio que paraliza en las noches de su visita.

¿Quién la ha oído alguna vez lamentarse por su destino? ¿Quién en el mundo quisiera saber su historia? Ella misma se lo pregunta mientras cumple con su deber: liberar las almas de aquellos condenados a vivir en agonías y penurias, se encarga de buscar las almas perdidas por las guerras, guerras que han causado los hombres

fríos y malvados, más fríos que la misma muerte, y por las enfermedades y plagas que se han propagado con nuestros descuidos.

Y en ese caminar por el mundo encuentra un viejo, pero acogedor pueblo.

En una de las casitas se encontraba un anciano campesino en su cama, la tristeza de sus sutiles lamentos atraía su partida; en su cuarto, al lado de sus seres queridos, apareció nuestra protagonista, nuevamente comienza el presentimiento escalofriante de una presencia que, aunque calmará los dolores de un viejo, petrifica el cuerpo de quienes la sienten.

La incertidumbre se apoderó de la habitación y antes de que ocurriera lo inevitable el campesino, con una voz tenue, dijo:

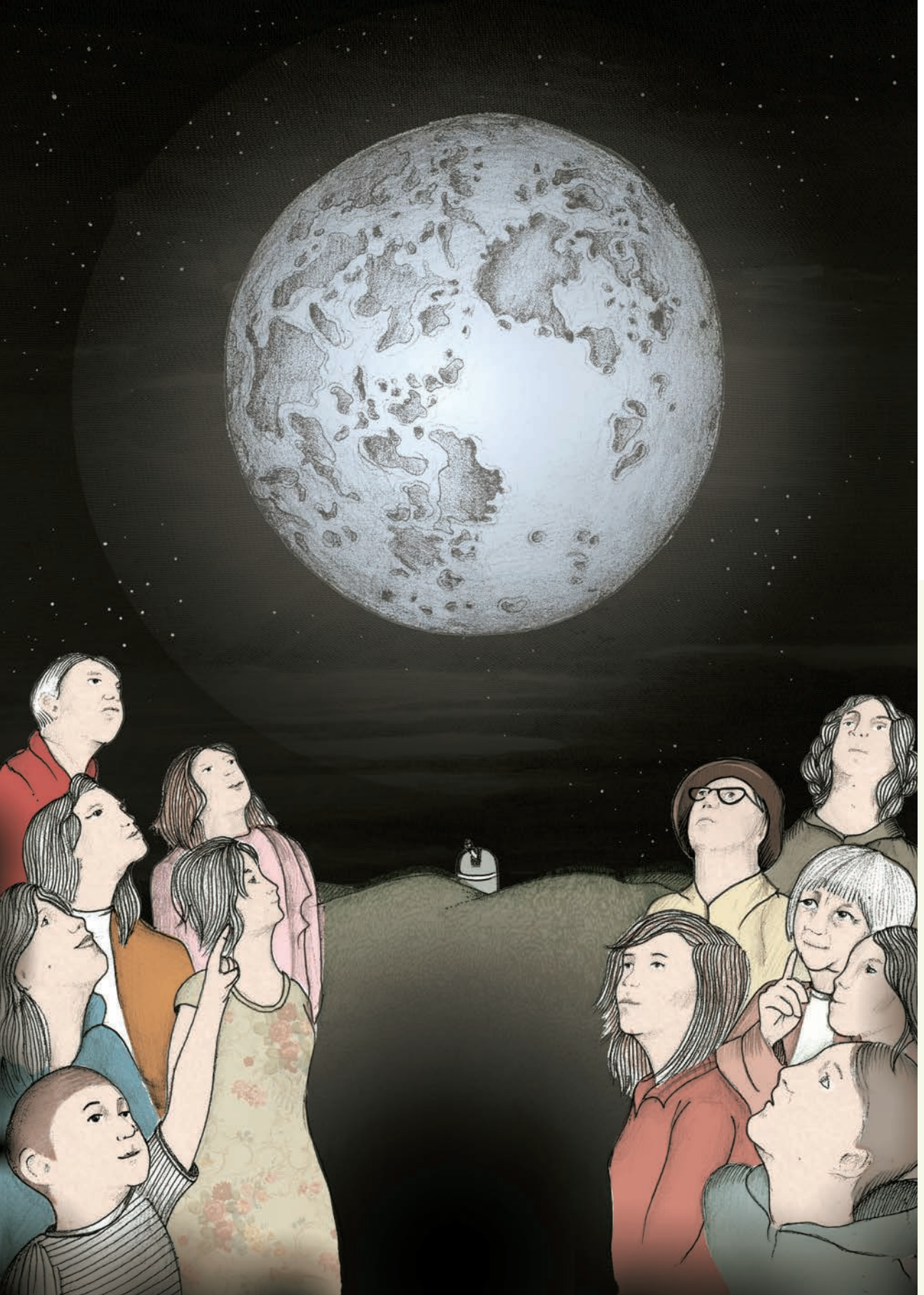
—Qué bueno que estás aquí, después de tanto sufrimiento podré irme a descansar.

La muerte detiene completamente su acción, por fin, después de tanto tiempo, encuentra un gesto de agradecimiento.

—Gracias, aunque tengo miedo sé que todo estará mejor —dice nuevamente aquel campesino.

En gesto de gratitud, la muerte le ofrece la más tranquila de las partidas, invisible para el mundo toca la mano del anciano y poco a poco se va sumiendo en un sueño placentero; con una sonrisa leve crea un ambiente de tranquilidad que contagia a los que están con él.

Y la muerte sigue su camino, lenta, sin afanes, ni retrasos, hacia cualquier lugar, y aunque el agradecimiento del anciano no sana completamente la tristeza que la alberga, lleva consigo un sentimiento de tranquilidad al saber que su trabajo es bueno y que sin ella nadie en este universo frío, y a veces sin sentido, podría descansar. ■



Contando agujeros



DANIELA PATIÑO HERRERA
BOGOTÁ

Tengo dieciocho años y estudié durante ocho años en el Colegio Refous, donde aprendí a ser disciplinada, organizada y dedicada a la lectura. Después viví con mi familia durante un año en Estados Unidos, donde tuve la fortuna de aprender inglés y acercarme a textos nuevos. Al regresar a Bogotá empecé a estudiar en el colegio Abraham Lincoln, allí mis profesoras de Lengua Castellana me dieron la oportunidad de leer y escribir libremente. Hoy agradezco mi recorrido y a mis maestros

porque me han enseñado una valiosa manera de materializar mis emociones y mi creatividad por medio de la escritura. Le agradezco a mi mami porque siempre me enseñó a dar lo mejor de mí, a mi papi por animarme desde niña a usar mi imaginación con sus divertidos cuentos, a mi hermanito por ser la alegría de mis días y a toda mi familia por su apoyo incondicional.

Grado décimo, Colegio Abraham Lincoln, Bogotá D. C.

Contando agujeros

DANIELA PATIÑO HERRERA

La noche desesperada golpeaba las casas con su inmensa oscuridad mientras Tomás fijaba su mirada en la luna pues al parecer nadie le quería decir cuántos agujeros la cubrían. Durante muchas noches lo intentó, subía al techo de su casa contando orificio tras orificio, pero nunca logró ver las dos caras de la luna. Desesperado por saber le escribió una carta a su abuela, quien vivía lejos de su casa. Tomás era un pequeño apresurado y sólo le escribió a su abuela: “¿Me puedes contar los huecos que tiene la luna abuelita?”, ni una palabra más, ni una menos, simplemente eso.

Al recibir la carta, la abuela Estela se sorprendió al leer acerca del favor que le había pedido su nieto y aunque consideró una locura contar los cráteres de la luna, esa misma noche esperó a que apareciera con claridad e intentó contar los agujeros que tenía, pero como ella misma había sospechado, fue imposible contarlos todos.

Estela era una abuela amorosa que hacía cualquier cosa por sus nietos y sin pensarlo dos veces le escribió una carta a su mejor amiga de la escuela, tal vez ella podía ver mejor la luna desde su casa: “Querida Marta, ¿conoces el número de cráteres que tiene la luna? Necesito saberlo, es para mi nieto Tomás”.

Marta vivía en una casita pequeña, alejada de la ciudad y del ruido; al recibir la carta de su amiga de la infancia sintió una gran alegría pues no sabía nada de Estela desde hace muchos años. Cuando terminó de leer lo que su amiga le había escrito, Marta pensó que era una broma, pero después consideró que debía ser algo muy importante para Estela, puesto que ella nunca le escribía. Aquella noche salió a su jardín con una taza de café y trató trabajosamente de contar los cráteres en la luna, pero no lo logró. Aunque estaba cansada de contar, Marta era una mujer que buscaba por todos los medios una solución y no se rendía fácilmente. Esa misma noche le escribió una carta a su primo Pablo: “Querido primo, necesito saber cuántos cráteres tiene la luna. Por favor ayúdame”. Cuando terminó de escribir metió la carta en un sobre y corrió apresurada a dejarlo en la oficina de correos.

Pablo recibió la carta de su prima Marta con sorpresa ya que no sabía de ella desde hacía dos Navidades: “si ella me escribe debe tratarse de algo malo”, pensó, y abrió la carta lo más rápido posible; cuando leyó la última palabra de la carta soltó una carcajada y dejó el papel sobre la mesa. Pablo era una persona muy ocupada como para pensar en cuántos agujeros tenía la luna y además tenía una gran fiesta con sus colegas universitarios. Al llegar la noche Pablo salió de su apartamento rumbo a la fiesta que tanto esperaba y justo antes de entrar al edificio notó el tamaño de la luna, estaba llena y más maravillosa que nunca; en ese momento recordó a su prima Marta y subió hasta lo más alto del edificio, dispuesto a contar los huecos de la luna. Dieron las doce de la noche y Pablo no consiguió contarlos todos, entonces se le ocurrió comunicarse con su amigo Eduardo: “¿Cómo sabemos cuántos agujeros tiene la luna?” escribió en un papel a su amigo. Cuando Pablo escribió esta frase recordó que se había burlado de la carta de su prima.

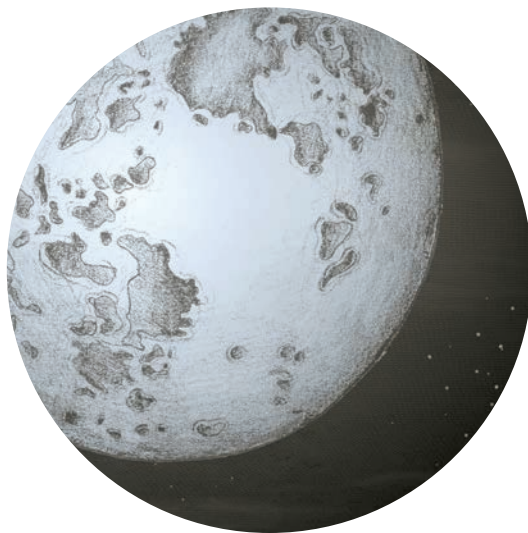
Eduardo leyó la carta de Pablo cuidadosamente y se sentó a pensar en una respuesta para su amigo. Pero, al igual que Tomás, Estela, Marta y Pablo tampoco sabía cuántos agujeros tenía la luna, ni mucho menos cómo contarlos. Eduardo no estudiaba ni trabajaba, vivía con sus padres, era una persona tranquila. Al leer la carta pensó en escribir a su hermana Verónica para que ella contara los agujeros de la luna que más pudiera y le devolviera una respuesta; también le escribió a su sobrino Santiago para que hiciera lo mismo y a su vez le preguntara a todos sus amigos. Eduardo les preguntó a todos sus conocidos y nadie tenía la respuesta, pero les hizo prometer que cada noche mirarían a la luna, contarían cuantos cráteres pudieran y pasarían la voz. Fueron tantas las personas que contaron cráteres y tantos los números que enviaban que siempre parecía que la luna tuviera más y más agujeros.

Pablo se enteró del plan de su amigo Eduardo y le escribió a su prima Marta para que hiciera lo mismo: contar, pasar la voz y dar un número de agujeros. Cuando Marta contó los agujeros que pudo le respondió a Estela y le pidió que corriera la voz y contara por su lado los cráteres que pudiera. Estela, muy ansiosa por responderle a su nieto Tomás, contó aquella noche treinta agujeros y le escribió a su nieto:

“Tomás, hace varios meses me preguntaste cuántos agujeros tenía la luna y busqué por todas partes una respuesta. Le pregunté a mi amiga y ella a su primo, y el primo a su amigo, de ahí en adelante mucha gente trató de resolver tu duda, pero nadie lo consiguió. Ayer conté treinta agujeros, puede ser que mañana cuente cuarenta, pero nunca pares de preguntar y sigue la cadena que tú mismo creaste. Cuenta, pasa la voz y da un número de agujeros”.

Fue por Tomás que conocí la cadena de agujeros y cada vez que tengo la oportunidad miro a la luna, cuento todos los cráteres que

puedo, le digo a mis conocidos y les doy el número que obtengo. La cadena de agujeros seguirá por mucho tiempo si cuentas, pasas la voz y das tu número de agujeros. ■



CATEGORÍA

ARMENIA

JOSÉ ALEXANDER RODRÍGUEZ LEUDO

El juez sin rostro

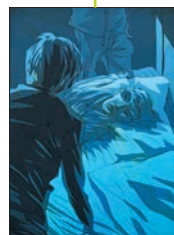
177

BUCARAMANGA

ÁLVARO JOSÉ CLARO RÍOS

Sueño eterno

171



GIRÓN

NATALIA MARCELA PITTA OSSES

La historia tras la historia
en la oscuridad

159

CALI

JULIÁN DAVID CARVAJAL GUTIÉRREZ

El boquinche

165

ESTUDIANTES DE EDUCACIÓN SUPERIOR

BOGOTÁ

JORGE ANDRADE

BLANCO

La noche de
las orejas blancas

189

ITAGÜÍ

VERÓNICA ECHEVERRY ALVARÁN

Ahora sí dan ganas

193

FLORIDABLANCA

OSCAR HUMBERTO MEJÍA

La hoja de papel

211



BOGOTÁ

ALEJANDRO MARTÍNEZ MURCIA

El siguiente

183

BOGOTÁ

HAMILTON BARRIOS

ORDÓÑEZ

El loco y el mar

205

BOGOTÁ

JUAN DAVID GÓMEZ MARTÍNEZ

Luna menguante

199



La historia tras la historia en la oscuridad



NATALIA MARCELA PITTA OSSES
GIRÓN

Nací –orgullosamente– en Arauca, la tierra del joropo, la mamona y la gente trabajadora (aunque no lo escucho, no la como y no lo soy), después de casi diez meses en el útero. Por poco nazco boba, ciega o sorda. No soy ninguna, pero aprendí a fingirlas todas. Soy más tímida de lo que me conviene y menos lista de lo que debería. Ya casi no leo, y escribo muy poco, y de ese poco, mucha basura. Lo hago porque me gusta la idea de pintar mundos sin pinceles

y plantar ideas sin tierra. Me gustan el sarcasmo, los gatos, las películas de guerra, las manos bonitas, los chocolates, la justicia, los libros, las sonrisas amables, los días de ocio, los ojos claros y las charlas con mamá. A ella, este triunfo.

**Ingeniería Sanitaria y
Ambiental, Universidad
Pontificia Bolivariana, Girón,
Santander**

La historia tras la historia en la oscuridad

NATALIA MARCELA PITTA OSSES

Cansado, anonadado, aburrido de un día más por vivir. Una vez más has bordeado los filamentos del hacha de la muerte y has vuelto sano y salvo a casa... Por desgracia. Cierras la puerta detrás de ti y sientes cómo una oleada de aire de olor agrio y putrefacto inunda tu nariz de un solo golpe. “Por fin funcionó el veneno”, piensas mientras buscas con la mirada el cadáver responsable del hedor. No lo ves. Debe estar bajo la cama o –sonríes con malicia– tal vez su esposa lo llevó a su madriguera y llora desconsolada por una nueva viudez. Empiezas a respirar por la boca y avanzas hasta el interruptor. Lo accionas y, casi antes de terminar, la habitación se convierte en el habitáculo blancuzco que tanto odias y del que, sin darte cuenta, te has enamorado. Caminas en silencio hasta la alcoba y ves una delgada hebra gris asomándose bajo la rendija de la puerta... Una cola brillante y peluda... Sabiendo de antemano lo que vas a encontrar, sonríes con desagrado recordando lo impregnado que puede quedar el hedor de la carne muerta en tus muebles baratos. Abres un poco la puerta y metes sólo la mano a través del espacio para encender tu lámpara. La cabeza sigue afuera: jamás perdiste tu miedo a la oscuridad, aunque aún lo niegues. Envalentonado por el resplandor, abres con más rapidez, decidido a deshacerte del ser miserable que se arrastró

bajo tu cocina por tanto tiempo, devorando, royendo, pisando, infectando todo lo que pudiera. Miras hacia abajo y no puedes evitar tomar una enorme bocanada de aire podrido. No hay roedor alguno esperándote. En vez de eso, una mujer desnuda, pálida y con el cabello rubio desparramado sobre el suelo, medio envuelta en tu sábana de cuadros favorita, de espaldas al suelo y con la cabeza en el lugar hacia donde, sin poder evitarlo, mantienes la mirada fija, te escruta con ojos negros, asustados, furiosos, vacíos; intentando –lo sabes– infundirte todo el miedo que ella siente. Sin saber muy bien si es por la sorpresa o por la mezcla sucia y ácida que inunda el aire, sientes cómo un agujero frío se forma en tu estómago y cómo la sangre baja de tu cabeza hasta provocarte un insoportable mareo. A tu alrededor todo se mueve en un extraño vaivén de desespero. Has perdido la noción del espacio y ahora te desplazas sin sentido de un lado a otro, tratando de evitar que el planeta siga sus giros endemoniados. Toses, te inclinas para dejar que el vómito blanco y granuloso se desplace con libertad hasta tu garganta y después por la lengua, dejando el agrí dulce sabor de tu propio estómago sobre ti. Sudando, retrocedes a rastras hasta la pared del oscuro pasillo, confiando en que el escándalo digestivo despierte a tu extraña visitante nudista de su *shock*. Ahora, sentado como estás, puedes ver su mejor parte: un poco más abajo de la línea de su ombligo, de un orificio color carne, rodeado de finos vellos, emana un líquido rojo oscuro, profuso y viscoso, que ya ha formado un charco sobre la alfombra (¿cómo vas a limpiar eso?). Sin saber qué hacer sigues inmóvil, evaluando tus posibilidades: tal vez puedas esconder el cadáver envolviéndolo en el edredón y la cobija de cuadros; combinan, naturalmente: es el escondite perfecto... puedes llamar a la Policía, desde luego; perderás horas importantes de tu vida y, probablemente, te acusen y te encierren

por años. Quizá quieras llamar a un amigo y hacerlo tu cómplice, así no estarías solo tanto tiempo. O podrías enterrarla en el jardín, pero deberías hacer un agujero muy grande con tu pequeña pala y, tal vez, alguien sospeche. ¡O tal vez no! ¿Recuerdas que tu jardín no tiene vista desde ninguna casa? Espera un minuto, vives en un apartamento; ¡tú no tienes jardín! No tienes una pala pequeña, ni una de ningún tamaño. No tienes teléfono, ni amigos, ni sábanas de cuadros. No tienes repuesto para el bombillo de la lámpara, que se ha quemado. Sólo tienes un ratón muerto, miedo a la oscuridad y mucha imaginación. ■





MINUTO A
\$200

El boquinche



JULIÁN DAVID CARVAJAL GUTIÉRREZ
CALI

Escribo para que me lean. Si desde ya me diera cuenta de que la escritura no me va a dar para vivir, no sigo escribiendo. Tengo cuatro carreras encima, las tres primeras inconclusas; esperemos que la cuarta sea la vencida. Lo mismo dije con la tercera. Me da miedo hablar en público.

No sabía que escribir una breve reseña sobre uno mismo fuera tan complicado. Tampoco sabía que cuando uno se acerca a la treintena dejaba de creer en utopías.

Literatura, Universidad del Valle, Cali, Valle del Cauca

El boquinche

JULIÁN DAVID CARVAJAL GUTIÉRREZ

Las personas con alguna discapacidad física siempre despertaron en Lina profundos sentimientos de compasión. El boquinche que vendía minutos de celular frente a la entrada del hospital psiquiátrico no era la excepción. Todos los días, entre las cuatro y las cinco de la tarde, Lina bajaba de la estación de buses, pasaba por el psiquiátrico y se detenía ante el boquinche para comprarle una llamada, con el propósito de ayudarlo en su negocio.

—¡Uenas tades eñoita! ¡En qué le pueo coaboá! ¡Ñamaa a omcel? ¡On mucho usto!

Lina admiraba el optimismo con el que el boquinche se enfrentaba a la vida. Un día, cuando ella terminó de hacer una llamada y se disponía a pagarle, él le preguntó si alcanzaba a ver a la mujer de vestido rojo que estaba sentada con la cabeza gacha en la sala de espera, al otro lado de la puerta de vidrio del hospital.

—Sí —respondió Lina.

Entonces el boquinche le dijo que esa mujer de rojo se llamaba Ruth, y estaba allí porque hacía un par de horas a su hijo lo tuvieron que internar. Le contó toda la historia, que se vio interrumpida en muchas ocasiones porque el boquinche tenía que atender su negocio y porque la propia Lina le tenía que pedir que repitiera algunas palabras que no entendía.

Al hijo de Ruth lo descubrieron postrado contra un rincón de la ducha, criando larvas que se habían formado por la humedad con el pretexto de enseñarles a hablar. A Lina le gustó el misterio y los gestos que hacía el boquinche cuando le contaba la historia y se lo hizo saber. Él le prometió que todos los días le contaría la historia de una de las personas que internaran durante el día.

–Trato hecho –dijo Lina, y se marchó.

Al día siguiente le contó la historia del anciano que en medio de la noche despertaba a sus vecinos con música de Bach, gritando desde su balcón: “¡Los extraterrestres ya se están acercando y es la única forma de alejarlos!”.

Al principio, todas esas historias divertían a Lina, pero pasado un mes comenzaron a perturbarla. En el trabajo ya le habían dicho que cuidara su aspecto personal, pues últimamente llevaba el pelo desarreglado. Sin embargo, cada vez que bajaba de la estación de buses pensaba: “esta es la última historia y no vuelvo a oír ninguna más”. Sabía que se engañaba, siempre volvía, como atraída por una fuerza superior a ella.

Dos meses después de la primera historia, por primera vez Lina notó al boquinche triste.

–¿Qué te pasa? –le preguntó intrigada.

–O que pasa eñoita e que no tengo histoia pala contale hoy.

–Si no tienes una historia para contarme no importa –lo tranquilizó–. No te pongas triste. Eso significa que no vino ningún enfermo mental hoy. ¡Alégrate, hay una familia menos que sufre!

Mientras le decía esto pasaba su mano por la cabeza calva del boquinche intentando consolarlo.

Lina sintió que unos ojos se posaban sobre ella desde el otro lado de la puerta de vidrio; cuando se dio vuelta se puso pálida.

Cualquier persona que en ese instante se hubiera fijado en ella la habría confundido con un maniquí. De pronto, se desmoronó como una torre de naipes. Entre el boquinche y el guardia la cargaron, la llevaron rápidamente al hospital y la sentaron en una silla. Cuando recobró el conocimiento le dieron a beber un vaso de agua.

—¿Qué e paso eñoita?

Lina le respondió que había visto a una mujer en la puerta con una camisa de fuerza. Tenía el pelo alborotado, estaba pálida y ojerosa.

—No se auste eñoita, es una loca e las tantas e aquí.

—Ese no es el problema, el problema es que esa mujer era yo —le dijo Lina entre sollozos.

—Eso no puede ser —dijo el guardia.

—¡Mírela ahí! —gritó Lina señalando la sala de espera vacía.

—¿Ónde, ónde? Ahí no hay naie eñoita —le respondió el boquinche.

Lina se tiró al piso y empezó a gritar desesperada. Dos hombres vestidos de blanco se acercaron corriendo y le aplicaron un sedante. Atolondrada, la levantaron de los brazos y la llevaron a una habitación completamente blanca. Cerraron la puerta.

Cuando Lina despertó se encontró aprisionada por una camisa de fuerza. La puerta se abrió y un hombre robusto la ayudó a levantarse.

—Puede salir a caminar —le dijo.

Al pararse, Lina sintió que la cabeza le daba vueltas. Caminaba lento, arrastrando los pies. Desde el pasillo largo divisó la sala de espera, al llegar a la sala y ver la puerta de vidrio, se acercó. Vio a una mujer hablando por celular.

—La va a enloquecer, la va a enloquecer, la va a enloquecer —murmuraba Lina.

Al terminar de hacer la llamada, la mujer vio a Lina. Devolvió el celular al boquinche, le pagó y le dijo:

—Qué estado tan deprimente el de esa mujer. Se ve que está joven la pobre, ¿qué se le pasará por la cabeza a los locos?

El boquinche la miraba en silencio.

—La va a enloquecer, la va a enloquecer...

—No sé, eñoita, pelo si quiele le pueo contal una histoia odos los días del polqué etan aquí encelados.

—La va a enloquecer, la va a enloquecer...

—Sería muy interesante. Si usted está dispuesto a contarme una historia todos los días de una de las personas que están en este hospital, yo le compro llamadas cada vez que salga de la estación de buses. ¿Qué le parece?

—La va a enloquecer, la va a enloquecer...

—Tlato hecho.

—Trato hecho. Mañana vengo. Tenga lista la historia.

—Hata luego, eñoita.

—La va a enloquecer, la va a enloquecer...

—Venga, Lina, aquí nadie va a enloquecer a nadie —la tranquilizó una enfermera mientras la conducía del brazo hacia el cuarto—. Es hora de dormir —le dijo mientras le inyectaba un sedante. ■



Sueño eterno



ÁLVARO JOSÉ CLARO RÍOS BUCARAMANGA

Estudí primaria y bachillerato en un colegio con énfasis comercial, de la ciudad de Bucaramanga. Ingresé a la ingeniería más difícil de la universidad. Dos semestres me bastaron para confirmar que eso no era lo que quería. Convencí a mi familia de que quería leer. Al principio leer me bastaba. Leía de todo pero llegó el día en que no pude leer más, no me cabía ninguna palabra; parecía un globo a punto de explotar. Y exploté:

sin pensar en géneros, me puse a escribir líneas, párrafos, llenaba cuadernos enteros. Al escribir me di cuenta de que necesitaba volver a la rutina lectora, aunque ella ya no fuera la meta sino el camino. Ahora, sigo leyendo con el deseo de aprender para luego escribir.

**Licenciatura en Español,
Universidad Industrial de
Santander, Bucaramanga,
Santander**

Sueño eterno

ÁLVARO JOSÉ CLARO RÍOS

Me creí despierto a causa de unos deseos incontenibles de mear. Me levanté y no prendí las luces por pereza o, como después vine a comprobar, porque no podía hacerlo. Al pasar por la sala no me esforcé en mirar el reloj: la oscuridad de la noche era un grueso manto negro que lo cubría todo. Bajo él me desplazé trastabillando contra mesas y sillas, pero misteriosamente no sentí ningún dolor en las canillas. En el baño desagüé mis riñones aunque no pude entender por qué no se producía ningún sonido cuando caían los orines sobre el agua. La satisfacción de los sentidos opacó ese desentendimiento y me dieron ganas de acostarme otra vez. De regreso choqué con los bártulos del pasillo y estos golpes, como los anteriores, tampoco me dolieron en absoluto. Sin embargo, al pasar por el comedor, antes de llegar a mi habitación, en medio de la noche que lo consumía todo, encontré algo que me llamó la atención. Era el relumbrar intermitente de una luz diminuta, como una luciérnaga azorada y atrapada en una jaula de cristal.

Amodorrado aún por el sueño, no tuve ocasión de sentir miedo. Simplemente me acerqué a la luciérnaga para observarla mejor. Pero no era una luciérnaga. Al tenerla cerca descubrí que en realidad era un cigarrillo que se quemaba pegado a los labios de mi

tío Luis. “¿No tienes sueño?”, le pregunté. “Al contrario, estoy profundamente dormido”, me respondió. Sonreí sin entenderle y sin querer hacerlo. Seguí caminando rumbo a mi habitación. “Estoy tan dormido como tú”, agregó cuando pasé a su lado. Lo cual tampoco entendí, pero por primera vez le abrió una brecha al pavor. No obstante, en ese momento la desgana me poseía y sólo quería volver a dormir. Pero al llegar a mi cuarto, ¡oh sorpresa!: desde la puerta vi que había alguien acostado sobre mi cama.

Eliminando cualquier atisbo de somnolencia, busqué con el tacto el interruptor en la pared. Lo moví de arriba abajo tantas veces como me fue posible, pero no pasó nada.

Las luces continuaron apagadas. Y aún así no fue completamente el terror. El razonamiento de que quizá se habían fundido los bombillos me tranquilizó un poco.

Aunque era increíble ese ser yacente sobre la cama. No tenía otra opción, si quería seguir durmiendo, tendría que averiguar quién era y pedirle que se levantara.

Lentamente me arrastré hasta él, alcé la cobija y me agaché a tan sólo centímetros para observarlo. Entonces sí fue por primera vez el terror. Quien estaba sobre la cama era yo, con la misma ropa y la misma barba de tres días; yo, acostado y parado al mismo tiempo. Imposible. “¿Qué está sucediendo?”, me pregunté. “Voy a contárselo a mi tío”.

Y apenas pensé esto, fue el horror el que me cayó encima como un baldado de agua fría. En mi sopor de medianoche lo había olvidado, pero ahora lo recordé: mi tío Luis había muerto el año pasado. Sin haber presentado ningún síntoma, un día el tío Luis se acostó a dormir y ya nunca más volvió de su sueño. Pensé: “Entonces he muerto”, pero no pude aceptarlo. Me pregunté qué había hecho yo, un joven apenas, con la vida por delante, como para

morir de una manera tan estúpida, mientras dormía, sin ningún dolor, sin ningún cuchillo que me atravesara las venas. En medio de la oscuridad, la rabia hizo hervir mi sangre. Sentí que estaba más vivo que nunca. Salté como una bestia sobre mi cuerpo y empecé a sacudirlo, a darle bofetadas, a pellizcarlo, a halarle el cabello. Pero no logré ninguna reacción. Caí rendido en el piso, con el sudor y las lágrimas mezclándose en mi cara. Fue la voz de mi tío la que me consoló, “no te des por vencido tan rápido, yo pasé seis meses tratando de despertarme hasta que al final me cansé, pero tú acabas de empezar, nadie se ha enterado de tu muerte. Por lo menos hasta que amanezca y alguien te venga a buscar, sigue intentándolo”. Y eso hago en estos momentos. Con la ayuda de mi tío estamos golpeando con palos a mi cuerpo, pero no puedo concentrarme en lo que hago. Me siento muy cansado. El sueño ha vuelto otra vez y para empeorarlo todo, los rayos del sol cada vez se reflejan más fuertes en la ventana. ■





El juez sin rostro



JOSÉ ALEXANDER RODRÍGUEZ LEUDO
ARMENIA

Nací en la espesa selva chocoana, alimentada por el furioso y cristalino río Tamaná, en donde viví mi infancia, los mejores años de mi vida, lo cual es y seguirá siendo el motor para soñar, para narrar, para imaginar vidas que no existen. Aprendí a amar las historias seguramente por los cuentos que mi madre nos relataba cuando éramos niños; y crecí leyendo fábulas y cuentos infantiles publicados en diversas cartillas. Resido en Armenia desde hace catorce años. Soy médico.

En el trasegar por el fascinante mundo de la literatura he recibido varios reconocimientos. Este cuarto de siglo que llevo sobre la Tierra ha sido especialmente duro, no obstante, agradezco a Dios porque puso la literatura como vericuetos para escaparme de vez en cuando.

Medicina, Universidad del Quindío, Armenia, Quindío

El juez sin rostro

JOSÉ ALEXANDER RODRÍGUEZ LEUDO

A su ingreso, la sala quedó en silencio. Es alto, fornido, más de lo que esperaba, camina con pasos largos, seguro, sin permitir el más mínimo asomo de duda. Viste un traje negro, impecable. Sus manos cubiertas con guantes blancos. Sus brazos se mueven al compás de sus pasos, con envidiable coordinación, perfecto. Puedo percibir cómo el silencio de las decenas de personas se torna en admiración. Se sienta, observa la sala con un fugaz paso de sus ojos. La anunciada capucha blanca cubre su rostro. Sin duda tiene ímpetu, se tiene la confianza para juzgarme. Asegura que me conoce bien.

Saluda con una voz estentórea que hiela la sala. No lo esperaba tan firme, sin embargo, puedo jurar que tras esa capucha se permite por lo menos un mínimo gesto de nerviosismo, es inevitable para cualquiera que se pare frente a mí, mataría por verlo. Una gota de sudor que recorre la frente, un sutil temblor de los labios, la casi imperceptible dilatación de las pupilas. Habla cortante, preciso, le ordena al fiscal que comience la imputación de cargos. Este produce una voz como de chicharra, se enreda, se bloquea. Mis crímenes, su miedo, no le dejan concentrarse. Mantiene la vista fija en el juez mientras se estremece con el recuento de mis delitos, el terror brota por sus poros. Disfruto al revivir esos viejos recuerdos,

me hacen sentir grande, ningún hombre logró lo que yo. Traficar miles de toneladas hasta quedarme con la hegemonía del negocio, poner en las calles de grandes ciudades mi producto marcado con sangre, arrasando con poderosos traficantes, políticos, generales, periodistas, millares que se hicieron matar en una lucha que siempre tuvieron perdida. Suenan cómicas las palabras del tembleque hombrecito cuando se refiere a los muchos atentados que ordené. Bombas y asesinatos en un lugar y otro. Por trabajo, venganza, diversión, bañaba las alcantarillas con una lluvia de sangre.

Vuelve a resonar la voz fuerte e inmutable del juez. Veo su rostro dirigido hacia mí, me mira a la cara, a los ojos, por menos lo habría matado. Deseo ver sus pupilas, adivinar lo que piensa mientras mira despectivamente al hombre más peligroso que ha parido esta tierra. “¿Cómo se declara?”, pregunta. “Inocente”, le contesto con tranquilidad. Se queda observándome, inmóvil, puedo percibir el calor que expele su cuerpo como un volcán de ira, el tenue crujido de sus dientes, el quiebre de los nudillos de sus manos empuñadas. Me desprecia tanto como yo a él. Disfruto de la situación, pero lamento no ver su rostro enrojecido, sus vellos crispados, su desconcierto. Me odia, cree que por su posición tiene la delantera, lo que no sabe es que le permito tomar ventaja para luego pasar sobre él. Es mi juego. Todos saben que soy culpable, que he traficado, que he matado a cientos, que he sembrado el terror, que he robado, que soy ambicioso, que me carcome la avaricia, la envidia, la lujuria. Soy culpable por donde me miren. No obstante, mi juego sólo terminará cuando yo lo desee. Le sostengo la mirada, no puedo ver más que dos huecos en la tela que dan espacio a sus órbitas, como una calavera. Me divierte pensar en los muchos rostros marcados que envié a la tumba, es bien sabido que quien me desafía muere marcado. Desfiguro con ácido sus rostros,

nadie quiere ver sus cadáveres, nadie puede reconocerlos. Todos los que he matado o he ordenado matar llevan mi sello, son mis muertos. Ninguno podrá extraviarse en el más allá porque tienen mi estampa irrefutable, no tienen rostro.

Habla para terminar la sesión. Continúa inmovible, duro, seguro de sí mismo. Sabe lo que hace, a lo que se enfrenta. Tal vez entiende que esto es un juego, que es un reto, que el más fuerte se llevará la victoria. Sabe que no es la primera vez que me juzgan por mis actos, aunque sí es la primera vez que no puedo ver el rostro trepidante de mi contendor. Sabe que he matado a varios de sus colegas que profirieron condenas contra mí o contra mis hombres, que sólo si nos absuelven pueden salvarse porque prueban su cobardía, aceptan que soy superior a ellos, que puedo aplastarlos cuando lo desee.

Quiero probar su orgullo, batirlo contra el mío. Es una cuestión de ego, un juego de ajedrez con movimientos precisos y calculados. Quiero comprobar si es capaz de firmar su acta de defunción con honor, o si no es más que otro cobarde; si es capaz de condenarme en serio, o si me pone la mínima pena para salirse del paso.

Tras mucha parafernalia llega el día definitivo. El salón está repleto de gente que no conozco, me reparan, escriben en sus libretas. Saben de la importancia del día. El juez sin rostro me impondrá una condena. Llega firme, como siempre. No mira al público hasta sentarse, parece inalterado, pero descubro un viso de nerviosismo en su actitud, comienza a mostrarse débil. Sin atreverse a mirarme ordena silencio, le pide al fiscal que me acuse por última vez pese a que todos ya saben lo que hago, lo que merezco.

Luego habla mi joven abogado de oficio, un aprendiz pobre y un tanto gago. Me defiende como puede, saca argumentos inesperados, sabe que su vida depende de eso, me teme, pobre infeliz, quién sabe dónde lo consiguieron para defender lo indefendible.

El juez habla de nuevo, descubro una sutil irregularidad en su voz, está asustado, no puedo verlo, pero lo percibo. Tal vez presagia que lo vigilo, que mis hombres buscaron hasta encontrar su guarida, que tengo comprado a medio país para que me informen hasta de la caída de una hoja, que puedo escapar cuando quiera. Sabe que una capucha no lo salvará de mis garras. Casi puedo escuchar el golpeteo enloquecido de su corazón y la rudeza del aire que entra a sus pulmones, mientras el sudor empapa su espalda y su frente. Pide silencio. Abre sus labios, yo lo observo, espero sus palabras.

Me condenará a la máxima o a la mínima pena. En otro lugar me darían quinientas sentencias de muerte o mil cadenas perpetuas. Pero lo máximo que pueden darme aquí son sesenta años, y lo mínimo doce. Con rebajas quedaré libre en cuatro o cinco años.

Ni siquiera pensaría en escaparme, cumpliría con agrado mi poco tiempo de prisión.

Su voz es fuerte, nítida, se detiene eternos segundos, lo espero... habla: "...Se le condena a setecientos veinte meses de prisión en una cárcel de máxima seguridad, sin derecho a ninguna clase de rebajas. Debe cumplir la pena en forma íntegra". Hay silencio.

Hago cuentas en mi cabeza, divido setecientos veinte entre doce..., resultan sesenta años.

Me condenó a la máxima pena, es una puñalada por la espalda, no lo creí capaz. La gente murmura acaloradamente, todos quieren conocer al hombre que tuvo el denuedo de condenarme, de ponerme en jaque, pero sin rostro y sin nombre no podrá ganar el reconocimiento que todos le profesan. Lástima que no conocerán su cara ni siquiera el día de su entierro, ordenaré que el ácido le carcoma hasta el hueso. En la vida y en la muerte será un valiente juez sin rostro. ■



¡El
Siguiente!

El siguiente



ALEJANDRO MARTÍNEZ MURCIA BOGOTÁ

Tengo la esperanza de que estas letras impresas sean las primeras en un montón de líneas y hojas por escribir. Que este cuento nunca sea lo mejor ni lo último. Para mi mamá, que insistió, y para mi papá, que sonrió en vez de fruncir el ceño cuando le dije que iba a ser escritor y no un abogado. Para mis hermanas, que se ríen de mis chistes idiotas y se aguantan vivir conmigo. Para la abuela Rosalba y el abuelo Luis, su máquina de escribir Remington y los libros escondidos en el cuarto de atrás.

Para Zipaquirá y el tedio de sus pensionados en el parque. Para el burócrata aburrido que fui. Para mi editor y corrector, Diego Valbuena. Y para la reina del diente de león, que va a reprocharme esta dedicatoria tan pretenciosa. (<http://letrasapretujadas.blogspot.com>)

Derecho, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D. C.

El siguiente

ALEJANDRO MARTÍNEZ MURCIA

Del hombre que está frente al computador en medio de ese cubículo podemos decir que es completamente infeliz. Mira con ansia el reloj en la esquina inferior derecha del monitor y espera que sean las seis para poder salir una vez más de esta oficina llena de papeles, desajustarse la corbata azul con puntos negros que muy poco le gusta, quitarse los zapatos y meterse a la cama, leer un libro o escuchar un buen disco o simplemente ver algo de televisión. Este hombre es abogado, tiene algo más de veinte años y a pesar del traje y de la arruga en su entrecejo no engaña a nadie con esa cara y esas manos delgadas, sin mucho trajín. Suena un pitido y un número avanza en una pantalla de dígitos rojos en la pared. “El siguiente”, dice el abogado con su tono burocrático. Se acerca un hombre entrado en años, alto, cabello entrecano, que se pone al otro lado del escritorio a donde generalmente llegan personas pidiendo ayuda de todo tipo a un grupo de profesionales pagados por el gobierno. El viejo se presenta, habla con fluidez, dice ser un antropólogo, cincuenta y tres años, casado, Emma se llama su esposa, es médica cirujana, dos hijos, Abraham y Mateo, trabaja con Gaia, una fundación de la Amazonia en Colombia, ayudando a comunidades indígenas. El joven asiente con la cabeza una y otra

vez mientras que el viejo sigue hablando: “Me robaron en la noche de ayer, venía de la Serranía del Perijá y me dirigía al Vaupés, muy cerca a los límites con Brasil, para terminar mi trabajo de investigación, pero en el camino me drogaron, me quitaron todo lo que tenía y mi familia no lo sabe aún, no lo sabrán por lo pronto, ellos están a kilómetros del pueblo más cercano, en medio de la selva. En la estación de Policía me dicen que acá me pueden ayudar, lo único que necesito es llegar al Vaupés”.

Aquel hombre no luce desesperado, no existe una pizca de sobresalto en su cara, apenas si habla en un tono preocupado y nunca deja su seriedad. El joven empieza a conmoverse pues el relato es lógico, las distancias y trayectorias expuestas por el antropólogo tienen perfecta racionalidad; las cosas que dice que le robaron, la forma en que lo hicieron. La situación es real, piensa ahora el abogado. “Déjeme llenar unas formas”, dice, y empieza a teclear frenéticamente en el computador mientras sigue interrogando al antropólogo para asegurarse de que todo se cumpla de acuerdo con lo esperado. El viejo habla de Emma y de lo hermosa que es, de Abraham, a quien le gustan los idiomas, de Mateo y de su amor por los animales y del sonido de la selva que lo calmaba cuando apenas era un bebé, mientras tanto el abogado imagina cada detalle de la historia del antropólogo al tiempo que la anhela, una mujer hermosa y dos hijos y una casa gigante con más ventanas que paredes, el olor húmedo de los árboles y el viento cálido y como estancado. En medio de esas fantasías toma el teléfono para obtener un pasaje de cortesía para el viaje que necesita el antropólogo, pero una llamada le lleva a otra y hasta ahora no obtiene nada. El reloj, que avanza más rápido por el solo hecho de ser ignorado, ya va llegando a las seis. Otra llamada y otro funcionario a quien preguntar. Al otro lado del teléfono le contestan pidiendo

el número de identificación del antropólogo, ocho cifras, una espera y un silencio prolongado que se interrumpe por un suspiro largo, todo al otro lado del teléfono: “Doctor” –el abogado odia que le digan doctor, pero esta vez no importa–, “le cuento que el señor que tiene al lado no es de fiar, el hombre ha estado varias veces en rehabilitación con hogares de protección social, ha sido paciente psiquiátrico, tiene problemas de mitomanía, se ha hecho pasar como antropólogo y psicólogo en varios pueblos y hasta ha dictado clases en algunos colegios y universidades, suele estafar a la gente, pero como no tenemos ninguna denuncia no es posible hacer más que cuidarnos de él, ya ha viajado varias veces por cuenta del Estado, el hombre es todo un profesional del engaño y así va sacándole pesos, comida y hasta ropa a gente de ciudades pequeñas como la suya. Entenderá que no le pueda ayudar”.

El abogado se siente estúpido e intenta ocultar toda esa vergüenza que le cubre la cara, así que luego de colgar finge que trabaja en el computador y espera unos minutos para hablarle al antropólogo, que ahora parece al mismo tiempo un vago deforme y un genio: “Listo, ya tenemos la ayuda. Primero va a viajar de acá a Bogotá, los buses salen justo al lado de la estación de Policía, y de ese pasaje me encargo yo” –hasta este punto el abogado dice la verdad y le entrega un tiquete con un sello estatal–. “De ahí va a salir en otro bus al Vaupés, sólo tiene que preguntar por Germán y dar su número de identificación en la terminal. ¿Ve que todo salió bien?”. El abogado miente. “Gracias”, dice el viejo mientras le estrecha la mano al abogado despidiéndose, “algún día, cuando quiera ir a conocer la selva, avíseme, yo me encargo de todo”.

Mientras que el viejo va saliendo de la oficina, avanza una vez más la secuencia en la pantalla de dígitos rojos. El pitido y la voz del abogado se oyen al mismo tiempo haciendo seguir al próximo

interesado. “Buenas doctor”, saluda una abuela que pasa luego de la orden del abogado. “No me diga doctor, nunca me ha gustado. Soy antropólogo, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?”. ■





La noche de las orejas blancas



JORGE ANDRADE BLANCO
BOGOTÁ

Modelo 84. Escritor, bebedor, fotógrafo y cinéfilo empedernido. Nació un día en que Dios estaba enfermo, grave. Dejó de creer en las personas para sólo creer en las mujeres. Desearía que, como a Roberto Bolaño, el médico le hubiera prohibido leer cuando niño para así ser un hombre menos consciente hoy. Ha trabajado en reconocidos medios editoriales bogotanos que prefiere no enumerar para no alimentar su ego y sonar como un hombre útil.

Todas las mañanas, con el primer enjambre de luz que le golpea el rostro, espera no levantarse convertido en un horrible insecto y recuerda: "Ser estúpido, egoísta y estar bien de salud, he aquí las tres condiciones que se requieren para ser feliz. Pero si te falta la primera, estás perdido" (Gustave Flaubert).

Comunicación Social, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá D. C.

La noche de las orejas blancas

JORGE ANDRADE BLANCO

El gran Kandrupsky metió la mano en el sombrero sin sentir en ninguna parte la pelusa palpitante y tibia. Exploró la mínima profundidad del sombrero con un poco más de detalle; en ese momento el pequeño cóncavo pareció un agujero de kilómetros. La mano del mago recorrió los rincones más alejados, indagó todas las esquinas del paño negro sin encontrar otra cosa más que un vacío inalterado.

Una tos ronca que venía desde la gramilla hizo que el gran Kandrupsky mirara hacia ese público impaciente que ya comenzaba a removerse entre sus sillas. El auditorio estaba mudo y el mago sintió una pequeña gota de sudor que comenzó a deslizarse por su frente, descendió lentamente por el centro para tomar la vía del tabique y desembocar en la punta de la nariz donde se quedó suspendida unos segundos, agarrada con todas las uñas de la refinada punta aguileña que emergía entre un par de ojos verdes y lindaba con un bigote montaraz. La gotita de sudor cosquilleó la nariz de el gran Kandrupsky con una oscilación frenética antes de tomar vuelo y reventarse en la mesa de madera falsa.

Por inverosímil que parezca, el sonido de la gota estallando logró tocar el oído izquierdo del mago que aún continuaba perplejo

con la mano metida dentro del sombrero, buscando al animalejo que por algún azar del destino hoy no estaba allí. Un lagrimita de cristal reventándose, fue eso y no otra cosa lo que escuchó el gran Kandrupsky antes de despertar.

El despertar fue confuso. El hombre abrió los ojos y sus pupilas tardaron algunos segundos en recuperar el detalle de la oscuridad. Cuando logró librarse de la ceguera y pasó totalmente del territorio del sueño al de la vigilia, notó que todo estaba forrado en una tela suave, el espacio para moverse era insuficiente, el lugar era circular y albergaba un aire obeso que entraba con dificultad llenando los pulmones de algo que parecía gelatina. La superficie del suelo estaba forrada en paño y era cóncava.

Cuando el gran Kandrupsky miró hacia arriba la luz sólida de una luna de tungsteno lo dejó ciego, el reflector brillaba en lo alto mientras el hombre, confundido, miraba hacia arriba, viendo cómo se asomaban dos orejas blancas que se interponían entre la luz albina y su humanidad, manchando de sombras el interior del sombrero; sí, fue justo ahí cuando el hombre quiso volver a dormir, soñar con ese mundo furtivo en el que era él quien jalaba de las orejas al conejo para sacarlo del sombrero dejando venir un chapuzón de aplausos que le inundaban la piel. Cerró los ojos apretándolos con el alma y con los puños, pero fue inútil, el conejo lo agarró del pelo y lo sacó violentamente del sombrero; afuera, un cosmos de ojitos brillantes y orejas blancas inundaba la oscuridad y el gran Kandrupsky pataleaba en el aire, lanzando puñetazos que se estallaban en el aire sin encontrar objetivo alguno, luchando ferozmente contra el vacío. ■



Ahora sí dan ganas



VERÓNICA ECHEVERRY ALVARÁN ITAGÜÍ

Mi mamá me dio a luz una tarde de diciembre de 1983, no sé si fría, no sé si soleada, en una clínica tradicional de Bogotá. Jugaba mucho a las muñecas y también con los lápices de colores, los borradores el Pegastic, jugaba a armar historias, creaba un mundo que me pertenecía a mí y que nadie me podía arrebatar. Me enamoré de los libros a muy corta edad y a muy corta edad quise ser escritora. Estudié periodismo para ser escritora. Me equivoqué. Pero aprendí otras cosas en el camino. Escribo porque la

palabra es lo único que nadie me puede arrebatar, porque me libera aunque tenga que librar una batalla difícil, porque sólo he encontrado tres formas de expresarme: la risa, las lágrimas y las letras. Estoy por creer que la escritura es como una droga: si se suspende por mucho tiempo, algo adentro empieza a andar mal. Mi medicina es la escritura, me salva de mí misma.

**Técnica en Desarrollo de
Multimedia, Sena, Itagüí,
Antioquia**

Ahora sí dan ganas

VERÓNICA ECHEVERRY ALVARÁN

No encuentro a mi gato. Hasta hace un par de horas me seguía sigiloso a la habitación. Le miraba las manchas blancas y negras, los ojos verdosos, las orejas puntiagudas, los bigotes mansos. Me parece que hace un rato lo vi escondiéndose en la matera, pero ahora no lo encuentro. A lo mejor se lo llevó Fanny, Fanny que siempre está dejándome solo y siempre le ha tenido envidia al gato.

Le digo que es raro que no esté, a esta hora viene y ronronea para jugar conmigo, ¿dónde estará? Mi gato nunca sale. Yo lo acostumbé a ser casero. ¿Qué necesidad tenía Fanny de llevarse al gato? No me importa si ella no está más, me importa que mi gato no esté, que no lo encuentre. ¿Qué le habrá hecho pensar a Fanny que el gato era suyo? Es verdad que se lo di de cumpleaños, pero el gato siempre me prefirió a mí. Ella se desentendió... se llevaba mejor con los perros. Le aseguro que nunca lo quiso tanto como yo. Ese gato me pertenece. Dígame si no es cruel Fanny, que me deja y se lleva mi gato. Me quiere enloquecer. Pero no crea que soy de los que pierden los cabales tan fácilmente. Creo que esperaré otro rato. A lo mejor Fanny recapacita y... pero ¿y si Fanny no se lo llevó? A lo mejor vino por sus cosas y la descuidada dejó la

puerta abierta, el gato la siguió, ella ni se enteró y ahora el pobre deambula perdido en la noche. Estará buscándome. Tengo que salir... ya sé que es tarde, pero si a usted se le perdiera el gato haría lo mismo, ¿no?

La estación del tren está llena de gatos golfos y bohemios, pero ninguno es como mi gato. Yo conozco bien su silueta, su manera de estar y caminar. Ninguno se le parece.

Si mi gato estuviera entre la veintena de gatos que en este momento persigue un ratón para llenar la panza, ya lo habría reconocido. Pero no está.

Ahora que lo pienso Fanny es como un gato, no como el mío, claro está. El mío es decente y sensible, pero los otros gatos, los que son como Fanny, son altivos y se regodean con el sufrimiento. Yo le digo sinceramente que nunca voy a entender esa espantosa manía que tienen los gatos de jugar con la presa antes de destrozarla.

Y no exagero si le digo que Fanny tenía aquella manía de gato, la diferencia entre el ratón y yo es que el infeliz roedor que cae en las garras del minino sabe desde el principio que el gato está jugando y que cuando se aburra de jugar va a acabar con él; yo en cambio nada supe sino hasta ahora que llego a la casa y no están ni Fanny ni el gato.

¿Sabe qué es lo que pasa? Que los gatos son más sinceros, no se van con sutilezas, ni engaños, pero Fanny sí, llegaba, me ronroneaba y yo la acariciaba, la mimaba, le daba leche, la llevaba al cine, le compraba el helado con dos bolas de chocolate que tanto le gustaba y ella me lo agradecía con cariño; se trepaba sobre mí, me besaba, me decía que era el más bueno de todos y se quedaba dormida sin más, como una niña cansada.

Dígame, cómo iba a sospechar yo que estaba jugando conmigo, es verdad que en los últimos meses gastaba más de lo que la cor-

dura dictaría, que se enojaba si no podía llevarla al *spa* todos los domingos, que recibía llamadas misteriosas a la medianoche y se escabullía con sigilo para regresar a la mañana siguiente y meterse entre las cobijas con el mismo sigilo con el que había salido, pero ya le he dicho a usted que Fanny tenía cosas de gato. Por lo demás, era una mujer amorosa. De no ser por aquellas repentinas extravagancias, habría sido la mujer perfecta.

Para serle honesto no me imaginé que iba a pararse frente a mí con sus ojos verdes y sus deliciosas piernas blancas para decirme que yo era el calvo más sonso del mundo y un culichupado al que no quería ver jamás en la vida.

Si ahora usted me ve caminando por la vía férrea no es por despecho sino porque la noche está como para vagar como el gato que no encuentro. No quiero regresar a casa sin él, ¿para qué? Fanny no me espera. Me voy a recostar un momento, no es el mejor lugar para hacerlo, los rieles están fríos y herrumbrosos, pero el tren viene muy lejos, apenas si veo parpadear su luz, escucho el rechinar de las ruedas sobre la vía, me recuerda al sonido que hacen los carniceros cuando afilan sus cuchillos, pero más intenso, ¿no es sorprendente lo rápido que avanza el tren?, quizás más rápido de lo que pensé, suena la bocina, seguro el maquinista ya me divisa, creo que no tendré tiempo de levantarme, a lo mejor si usted me ayuda... Le aseguro que no me di cuenta hasta ahora. ¿No oye un ronroneo? Ahora me convengo de que siempre me siguió. Siento sus patas finas sobre mí, sus bigotes mansos. ¿Le ve los ojos tan bonitos? Es mi gato. Ahora sí dan ganas de volver a casa. ■





Luna menguyente



JUAN DAVID GÓMEZ MARTÍNEZ BOGOTÁ

Juan David no es Juan, tampoco es David. Ni es Gómez, ni es Vargas, y mucho menos es Martínez. Juan David no nació en Cúcuta hace veintiún años. No estudia Ciencias Políticas. Margarita no le leía cuentos cuando era chiquito. No se quedaba dormido con ella, dicen que no es un consentido. Juan David no adora la política tanto como la literatura... no le gustan las contradicciones. No estudió en un colegio de curas y no recuerda a dos profesores, uno costeño y uno muerto. A Juan David no le gustaba más Cortázar cuando tenía barba, no lo leía bajo un ventilador

en una caliente habitación en la noble leal y valerosa. Juan David no tiene un amigo negro y no tiene un amigo boyaco. Casi no muere en un incendio. No tiene dos nombres judíos y no es judío. Juan David no tiene un perro que le huye a la muerte. Juan David es novio de Daniela, pero no de Julieta. Adora el mar, quiere deshacerse en el agua con sal. Juan David escribe y ya... Juan David no está.

Ciencias Políticas, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, D. C.

Luna menguante

JUAN DAVID GÓMEZ MARTÍNEZ

Las partes del cuerpo de un hombre decidieron abandonarlo un día. Simplemente se desprendieron. Fue una separación no planeada que vino como una avalancha de improbabilidades espectaculares y elocuentes. Sucedió como suceden las mejores experiencias mundanas y no mundanas de la vida, sin planeación alguna. El primero en sorprender al hombre, que llamaremos hombre, porque eso era, fue su dedo índice derecho. Con un impulso repentino argumentó a los otros dedos y a su dueño que estaba cansado de ser utilizado para señalar, para hurgar a sus compañeras fosas nasales y de vez en cuando lastimarlas sin querer. Se quejó de que le producía un gran escozor teclear y escribir en el computador cifras eternas y ceros sin sentido que llegaban a un mismo lugar y no recibir a cambio ningún crédito o una manicura de vez en cuando, sino el frío y tosco trato de un cortaúñas oxidado al que consideraba un perverso que gozaba mordeándolo, siempre con una sonrisa lasciva. Al dedo lo siguieron su homónimo de la otra mano; los pulgares, que señalaron hacia abajo; los dedos del medio fueron groseros; y luego siguieron, ya con menos sorpresa, los anulares y los dedos meñiques de la mano.

El hombre, ya sin dedos, fue al médico. Preguntó si era normal eso que le sucedía y que además sus extremidades más pequeñas le hablaran de forma políticamente correcta. El médico no tuvo respuesta para una pregunta tan compleja. No pudo sino sentir lástima y bajar su cabeza moviéndola suavemente de un lado a otro.

El hombre se encontraba desesperanzado y decidió volver a su casa, desolado y sin dedos. En el camino tuvo una idea: buscar un diálogo con sus dedos y firmar un pacto (una vez con ellos en sus manos, claro está), accediendo a cualquier tipo de exigencia. Pero en ese preciso instante su boca le habló. Por lo general, lo normal es que la boca hable, pero que le hable a su dueño sin las órdenes de este no es cosa de todos los días, lo que dejó al hombre estúpidamente estupefacto. Su boca le hablaba con autonomía y con una claridad que él nunca había podido expresar a través de ella. Esa fue la primera queja de su boca, que fuera utilizada para pronunciar las frases más vanas y poco creativas. Le confesó que se sentía impotente cada vez que su dueño intentaba entablar conversación con una mujer. La boca dijo que se sentía masacrada con cada palabra torpe y temblorosa que vocalizaba, que se retorció, no de nervios, sino de profunda ira, le provocaban náuseas. La boca, que ya no era su boca, terminó despidiéndose con un violento y simple “chao”.

El hombre caminó lo que restaba de camino a su casa lento y con su mente fuera de sí. Tenía los ojos perdidos en el pensamiento y su pensamiento sumido en la tristeza. Estaba tan absorto que de no ser por las miradas continuas de la gente –las sintió en su nuca– no hubiera prestado atención. Pero lo devolvió por completo al mundo el grito de una señora gorda y mal vestida. Se dio cuenta de que los niños y las niñas lo señalaban con una curiosidad propia de los infantes. Sólo le quedaban sus ojos y las arrugas de su frente para reflejar la pena que sentía; ni siquiera podía esconder su cara

de las miradas con sus manos porque ya no tenía manos. Corrió a su casa fundido en pánico.

Esa madrugada el hombre se despertó de la animación suspendida de sus ojos mirando al vacío; algo se retorció entre sus piernas. Ninguna otra parte de su cuerpo le había hecho sentir tanto pánico repentinamente. El hombre oía y miraba con asombro cómo su pene le gritaba argumentando una razón pragmática y natural que el hombre fue incapaz de contradecir.

El hombre lloró, lloró toda la noche. Qué abatido estaba. Se durmió. A las seis y cuarenta y cinco de la mañana sus extremidades superiores lo despertaron, zarandeándolo de un lado a otro, avisándole que se iban a ir. Levantaron los hombros en un gesto que advertía que ya no había nada qué hacer. A las extremidades las siguió el torso y los órganos internos. Su estómago ya no estaba, intentó pasar saliva, pero no pudo, todo estaba oscuro, y tampoco escuchaba sonido alguno.

Quedaron sólo el cerebro y el corazón, del cual se desprendían muchas raíces que no iban a ningún lado. El cerebro y el hombre, o lo que quedaba de él, sostuvieron una conversación bipolar mientras el corazón sentía y no hacía más que latir rápido. El cerebro pensó para sí mismo, es decir, para el hombre, que vivir era una cuestión de voluntad, y que la voluntad estaba en el hombre y no en su racionalidad. Sin embargo, admitió algo de culpa en ello porque nunca pensó bien de sí mismo, es decir, del hombre. Pero se sintió bastante confundido y lo pensó, y el hombre, que estaba a punto de no ser hombre, le rogó que lo comprendiera, que él intentaría mejorar. El cerebro no quiso pensar que ya era demasiado tarde, sólo para no herir los sentimientos del hombre, pero ya era demasiado tarde. Si hubiera labios y boca lo hubiera dicho espasmódicamente, como si vomitara espumosa rabia repri-

mida de muchos años atrás, así que lo pensó sin titubeos. Ambos sostuvieron un silencio incómodo lleno de miedo. El nervioso y acelerado latir del corazón los hizo reaccionar. El cerebro pensó que necesitaba algo de tiempo para pensar a solas, para aclarar las cosas, sin embargo, muy en el fondo sabía que ya era demasiado tarde. El hombre sintió que su corazón se estremecía contrayéndose y haciéndolo sentir demasiado insignificante como para existir. El cerebro pensó: “adiós”. La habitación quedó vacía, y en el medio de ella un corazón que se desangraba y se enfriaba con los minutos. ■





El loco y el mar



HAMILTON BARRIOS ORDÓÑEZ
BOGOTÁ

Juego fútbol de ese en el que se pierde la camiseta con el primer gol. Creo en Dios y me echo la bendición cuando monto en flota y cuando voy a cobrar o a tapar un tiro penal. Vivo cada partido de la selección Colombia optimista y apasionadamente, con el corazón en la boca y la cerveza en la mano. En la casa, los frijoles son mi preparación predilecta y por fuera la lechona es el plato de mis amores. Gozo con las películas del talante de *Duro de matar* y tengo la ferviente esperanza de

que John McClane deba y pueda defender por quinta vez la libertad del pueblo norteamericano. He leído y disfrutado tres libros de Dan Brown y estoy a la espera de que mi hermano mayor desocupe *El símbolo perdido*. Quiero a mi patria, a mi familia y a mis amigos. Soy la piedra angular, la evidencia fehaciente de que para escribir no es necesario ser escritor.

Arquitectura, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá D. C.

El loco y el mar

HAMILTON BARRIOS ORDÓÑEZ

Palomino era un tipo común que vivía en uno de tantos pueblos atrincherados entre la serranía del Baudó y el océano Pacífico. Trabajaba como peón en una parcela, y desde que era pequeño, un pequeño peón, disfrutaba desatando su imaginación y fantaseando con los misterios que creía que se agazapaban al atravesar el océano, más allá del horizonte, más allá de esa arista que dividía las aguas grises de la bóveda celeste. Esta tierna ambición infantil se convertiría en un peligroso delirio en su vida adulta pues aunque algunos pocos habían abandonado el pueblo franqueando la sierra que se cernía a sus espaldas, Palomino aspiraba ir en dirección contraria y llegar mucho más lejos atravesando las aguas. Tenía la seguridad de que más allá de su mirada el mar celaba imperios extraordinarios, tesoros fenomenales y bestias que harían que Escila, Caribdis y el temible Kraken parecieran pescaditos desgalamidos.

Palomino era un hombre de sueños, como cualquier otro, pero sus sueños de migrar más allá de lo concebible lo volvieron extraño y esquivo. Empezó a mascullar cálculos de distancias para destinos inexistentes y a seleccionar materiales con los que proyectaría el transporte apropiado para la gallarda empresa de desafiar a Poseidón y cuanta ingenua deidad marítima se interpusiera en su

camino. Así fue como empezó a coleccionar trastos y cachivaches a los que atribuía propiedades mecánicas que no tenían, y a discurrir sobre rubros que desconocía, como Matemáticas y Astronomía.

La gente vio cómo Palomino se desmoronaba. Descuidó totalmente su apariencia, dejando que su pelo hirsuto y espinado creciera sin gobierno, insistiendo en arroparse sólo con telas mugrosas y zanganeando todos los días por las calles arrastrando sus tiestos y trebejos, mascullando rezos y cálculos imaginarios. Su fingida matemática le ocupaba gran parte del día y por ella dejó de cumplir con casi todas sus obligaciones, por lo que perdió sus dientes, su casa y su empleo de peón. Palomino se convirtió en una piltrafa que, para rematar, se amistó con una recua de perros callejeros, tan lastimeros como él, que lo acompañaban en su errar y a quienes les exponía sus cómputos a la sazón peripatética. Fue en ese momento, cuando se le vio conferenciando con perros, que la gente aseguró que Palomino definitivamente se había enloquecido.

Lo vieron muchas veces estacionado a la orilla del océano. En algunas ocasiones parecía entretenido con el vuelo de las gaviotas, pero la mayoría del tiempo escrutaba con agudeza las aguas, conmensurando el poder de su rival. A veces disparaba entre improprios, sin reservas ni miramientos, piedras, zapatos, cangrejos y cuanto desafortunado proyectil encontraba a su paso. Por lo general, ese triste espectáculo suyo lo remataba clamando a la inmensidad: ¡Oh, piélago profundo, nada me arrebatarán esos rugidos tuyos!

Muchas veces Palomino quiso hacer partícipes a sus coterráneos de sus nobles propósitos, creyendo que ellos también consideraban imperativo desentrañar los misterios y delicias que se atrincheraban más allá del horizonte. Entonces lo vieron aparecer en los comercios y en misa pregonando los avances de su trabajo, pero en ambas estancias censuraron su presencia pues ni a los co-

merciantes ni al Señor les convenía tener un loco y una comitiva de perros merodeando y desluciendo su negocio. Algunos ociosos a veces fingían interés por sus disparates y lo inquirían por sus resultados, entonces un Palomino apasionado exhibía sus ecuaciones y planimetrías garrapateadas con carbones sobre papel de abrojo. Pero en aquellos parajes tan poco dados a parir visionarios, ninguno de esos haraganes comprendía los razonamientos de Palomino y rápidamente la conversación dejaba atrás los devaneos ingenieriles del loco y se posaba en cualquier otro tópico, como en los ricos atributos de Robertina, la hija de Teófilo, o en recordar épicas partidas de dominó.

Palomino sorprendió a muchos cuando empezó a materializar sus cálculos y se le vio en la playa revelando complejas estructuras erigidas de los trebejos que paseaba a diario.

Si bien la flota pesquera del lugar estaba compuesta por humildes cayucos y pocos avezados conocían embarcaciones de alto desempeño, la mayoría coincidía en que estas naves ideadas por Palomino, aunque ambiciosas y sugestivas, finalmente eran producto de la imaginación de un desquiciado y no de un cursado en las finas artes de la navegación, pues aquellos armatostes carentes de casco, regala y fogonadura, como ordenaban los cánones de la ingeniería naval, estaban destinados al fracaso. Cosa que fácilmente se comprobaba cuando se estrellaban estrepitosamente contra las olas y el mar las devoraba en un santiamén, regurgitando tan solo al pobre Palomino, casi muerto. Los niños entonces reían y azuzaban al damnificado piloto mientras las madres lo examinaban con lástima, dando gracias al cielo porque sus hijos no les habían resultado ni locos, ni mancos ni cojos.

El espectáculo suicida de Palomino se había convertido en un evento social. La gente se congregaba para disfrutar de las piruetas que ejecutaba el loco sobre la arena en sus embarcaciones con

forma de piedra, zapato y cangrejo, antes de ir a estrellarse contra las olas. Un buen día el loco apareció muy acicalado, con la mirada altiva, acompañado por sus perritos, también engalanados, publicitando la última y definitiva de sus naves, aquella que le permitiría atravesar el océano como a los hebreos el mar rojo en los tiempos de Ramsés Segundo. Ante la mirada invariablemente incrédula de los presentes acomodó a los perros en sus respectivos puestos y empacó algunos cocos, yucas cocidas y tajadas de plátano. Se posicionó en su cabina de capitán y, como siempre, pidió de muy buena manera que le dieran un empujón. Quienes se prestaron dichosos para dar el impulso eran aquellos que más disfrutaban ver a Palomino rompiéndose las narices contra las olas; sin embargo, y para su decepción, a medida que se acercaban a la orilla y el mar hambriento relamía sus fauces de agua, la embarcación se desprendía de sus manos y empezaba a elevarse sobre sus cabezas. Los perros ladraron felices, los niños lloraron envidiosos y en la playa los fascinados concurrentes vieron cómo la nave de Palomino con perros, cocos y todo se alzaba majestuosa por los cielos, como un ave, y se perfilaba segura hacia el horizonte, deslizándose juguetona sobre el desconsolado mar hasta desaparecer sumergida en una ducha de luz. Nunca a nadie se le ocurrió que en las ecuaciones y los armatostes endemoniados de Palomino donde faltaban cascos, regalas, borzas y fogonaduras, como lo ordenaban los cánones de la ingeniería naval, había derivas, alerones, bordes de fuga y alas que se confeccionarían de los harapos mugrosos con los que arrojaba su triste humanidad. Nunca nadie imaginó que cuando Palomino admiraba el juego eficaz de las gaviotas, cuando matemáticamente disparaba piedras, conchas, zapatos y cangrejos desde la orilla del mar, lo que quería el loco era aprender a volar. ■



La hoja de papel



OSCAR HUMBERTO MEJÍA FLORIDABLANCA

Desde que Padre se desvaneció en un inolvidable día de abril (tomó un borrador de pólvora y, desde el pecho, se fue desdibujando), la escritura, el amor de Herminia, la voz y los ojos de Aura Mireya han sido mi ancla. De mí tienen que saber esto porque es lo que me justifica. A mi familia, por haberme dado felicidad en

mi infancia y confianza en mi adultez; a mis amigos, por su cariño y perdones (porque me equivoco con frecuencia), les dedico este relato con todo mi corazón.

Licenciatura en Español y Literatura, Universidad Industrial de Santander, Floridablanca, Santander

La hoja de papel

OSCAR HUMBERTO MEJÍA

El escritor se sienta a la mesa y saca una hoja de papel.

Sus ojos se clavan en el blanco de la hoja y, en un extremo, escribe el primer gorrión. Prontamente escribe los demás; no los escoge, de golpe están ahí, una línea de picos sobre los alambres de alta tensión chirrean, picotean, espasmos hambrientos de plumas y aleteos. Piensa en cómo darles de comer. Inmediatamente busca pan y, con sumo cuidado, lo hace migas con la punta gastada de su lápiz: los gorriones descienden de los alambres a comer de la nevisca que cae de más allá del cielo.

Es invierno en la ciudad de papel. Como lo ha previsto el escritor, los amantes se encontrarán en la fuente, a mediodía. Ella va escrita de gabardina y guantes (las migas de pan caen frías y suaves en invierno). Él, escrito de chaqueta y botas de obrero, va retrasado, y es el primero en advertir el sabor a pan de la nieve. Extrañado mira al cielo y, más allá de los cables y nubes, advierte la línea de las cejas de un hombre. Piensa que el frío y el viento resecan sus ojos y lo hacen ver tonterías... El escritor se siente descubierto; retira el rostro un poco de la hoja. Velozmente escribe nubes oscuras en el cielo para ocultarse.

El escritor culmina este episodio con preocupación. Ha decidido usar máscara, escribir vestido de negro y apagar las luces de su alcoba. Que sólo lo acompañe la luz fluorescente que viene del baño.

Allá ha oscurecido antes de tiempo. En las avenidas, los transeúntes se miran desconcertados; ahora hace más frío, y la luz de lo que para ellos era el sol se ha tornado azulosa y parpadeante. Cuando la ciudad decidió reanudar la marcha, el repicar estrambótico de un teléfono sonó en todas partes: los habitantes se miraron espantados.

—Hola, Nora; estoy ocupado. Sí, todavía no termino. Creo que ya se dan cuenta; ¡Sí!, estoy durmiendo bien. ¡Que estoy durmiendo bien, Nora!, voy a colgar. No, no necesito más medicamentos. ¡Adiós!—. Se oyó en la ciudad un golpe sordo; luego, el pitido de colgado. El escritor volvió a su puesto de trabajo. Se sentó y dejó ir medio cuerpo sobre la mesa, llorando; los transeúntes oyeron los espasmos y probaron las gotas saladas de una ligera lluvia que no había sido prevista en las noticias de la mañana.

Los amantes se encuentran a la hora acordada; han decidido ignorar todo el alboroto. Para el reencuentro, el escritor había escrito un abrazo y un beso. Pero ya ha cambiado de opinión, ya no sabe qué más escribir; desde arriba se siguen oyendo la tos y las pausas, y nuevamente un llanto. El amante empieza a sentir que le aprieta el pecho, que su mano derecha se arruga, se contrae; pliegos y pliegos se van apoderando de él; luego la mira a ella, un pliego la ha atravesado; los gorriones levantan el vuelo, buscando el cielo.

El escritor se levanta de la mesa, prende la luz y ve una bandada de gorriones que sale de la hoja; allá, en las avenidas, la gente se va doblando, la nieve de pan ha dejado de caer; ahora ven la mano gigante que destruye las cosas y las calles: llueve desde arriba, no

de las nubes, sino desde más arriba, y el escritor ve cómo sale el último gorrión antes de que termine de hacer la bola de papel que va a dar en el cesto de basura. El escritor termina fatigado. Tiene la cara y los dedos sucios de grafito. Está frustrado. Deja el lápiz a un lado y cuenta los gorriones sobre la mesa. Suena el timbre; sabe que es Nora. No le va a abrir la puerta. ■

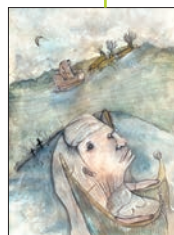


CATEGORÍA

MEDELLÍN

BEATRIZ EUGENIA BUSTAMANTE
La Navidad feliz de la abuela Ana

223



MÁLAGA

EUGENIO PACELLI
TORRES VALDERRAMA
El puente de Iseq

219

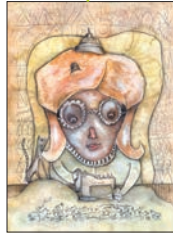
DOCENTES

VILLA DEL ROSARIO

DENNIS ENDER SANGUINO ZAMBRANO

La costurera de Bolívar

237



VALLEDUPAR

JOSÉ MARÍA CANTILLO LOZANO

El pescador de sierra

231

BOGOTÁ

RUBÉN DARÍO

LEÓN PINEDA

Presagio

243



El puente de Iseq



EUGENIO PACELLI TORRES VALDERRAMA MÁLAGA

Nací en Málaga, Santander. Estudié Ingeniería Metalúrgica e hice una especialización en Ingeniería Ambiental antes de viajar a Japón, con una beca. Allí realicé estudios de doctorado en Ciencia de Materiales y desde mi regreso me desempeño como docente. Empecé a escribir a los diecisiete años y encontré en esta actividad un esbozo de lo que realmente significa la libertad. La mejor forma de enseñar es con el ejemplo y eso es lo que trato de inculcarles a mis estudiantes.

“El puente de Iseq” está dedicado a mis alumnos y refleja en gran parte mi filosofía de vida: nuestros peores enemigos no son externos, en verdad es a la pereza, al desgano y a la apatía a quienes primero debemos vencer.

**Docente de Termodinámica,
Cálculo y Ecuaciones
Diferenciales, Universidad
Industrial de Santander, sede
Málaga, Santander**

El puente de Iseq

EUGENIO PACELLI TORRES VALDERRAMA

No muy lejos del país mítico de Dhalajinn existen dos cumbres escarpadas donde dos antiguos reyes tenían sus castillos. La ilusión de ambos era invadir al otro reino, pero como los separaba un gran abismo no habían podido emprender la guerra. A lado y lado habían puesto arqueros vigilantes y en ambas orillas del abismo se veían fogatas arder de noche y se oían cantos de batalla.

Un día, y sin que hubiera explicación para ello, los dos ministros de guerra acudieron ante sus reyes con un brillante plan. Construirían un gran puente de piedra que uniera los dos lados del abismo y así podrían atacar el otro reino.

Los cálculos no fueron fáciles y simultáneamente se comenzó a construir de lado y lado el puente. Desafiando la ley de gravedad cada día se añadían cinco o seis metros a la construcción. Dado que el puente crecía al mismo ritmo desde el otro lado, los ingenieros militares supusieron con acierto que sólo necesitaban llegar a la mitad del trayecto y que entonces el puente estaría terminado.

Enseguida se prepararon los dos ejércitos a la espera de que se pusiera la última piedra para emprender el gran ataque.

Cuando, en efecto, la última piedra fue puesta, dos contingentes avanzaron en embestida, cada cual desde su orilla, y al llegar al

centro del puente notaron con asombro que se hallaban ante una pared especular que se extendía en todas las direcciones.

Fue así como los soldados, luego los generales y finalmente los reyes y sus ministros supieron que un castillo era el fiel reflejo del otro. En realidad se encontraban ante un inmenso espejo.

Los filósofos de cada reino escribieron en sus libros, empastados en cuero, que cada obstáculo, cada desafío y cada guerra es una lucha con nosotros mismos. ■





La Navidad feliz de la abuela Ana



BEATRIZ EUGENIA BUSTAMANTE
MEDELLÍN

Soy una de las maestras más famosas de Antioquia, pero lo más importante es que mis estudiantes me hacen feliz. Escribo desde el año 2004, como una forma de entender lo que pasa a mi alrededor, y convierto historias comunes en aventuras con la convicción de que todo lo que le pasa a las personas es increíble y sólo se necesita un punto de vista desafiante para entenderlo. Mi abuela Ana murió el 17 de febrero de 2011, a los noventa años, casi un mes después de que me entregaran el

premio del Concurso Nacional de Cuento, dudo que entendiera lo importante que esto era para mí, pero sonreía cuando alguien le contaba que me habían visto en televisión. El cuento que leerán a continuación es una de las dos historias que ella me inspiró.

**Docente de Ética y Valores
Humanos y Ciencias Naturales,
Institución Educativa Héctor
Abad Gómez, Medellín,
Antioquia**

La Navidad feliz de la abuela Ana

BEATRIZ EUGENIA BUSTAMANTE

— ¡Abuelita!, venga la ayudo a terminar de vestirse.

—¿Ya es Navidad?... ¿Verdad?

—Sí, mamita.

—¡Están pitando!... ya llegó el carro y todavía falta por recoger a los primos... tenemos que estar en el pueblo antes de las tres.

—¿Cómo así? ¿Vamos pa' l pueblo? ¿Y a mí por qué nadie me dice nada?

—¡Abuelita! ¡Yo sí le dije! ¿Ya no se acuerda?... Los paramilitares mataron a Anastasia.

—¿Mataron a Anastasia? ¿Cuándo?

—Ayer mamita.

—Ay, ¡qué pesar de Anastasia! Ella era un alma de Dios, desde que estaba chiquita todo el pueblo la quería, la niña de los mandados, le decían; en la mañana repartía leche, en la tarde recogía aguamasas pa' los marranos.

—Sí, abuelita, vea, aquí le puse esta caja de pañuelos.

—¿Y en Navidad? Pero ¿cómo pudieron hacer eso?

—Pa' que vea abuelita, hay gente muy radical. Venga, bajemos que ya nos volvieron a pitar.

El carro recorrió la ciudad, recogiendo a los últimos familiares y empezó a subir por la cordillera hacia el pueblo.

–Abuelita, recuéstese en mi hombro.

–Mijo... ¿Y usted quién es?

–Yo soy el hijo de Ligia.

–Me acuerdo lo acuerpada que era Ligia, todos los hombres la seguían. Tan bonita, tan querida y el cáncer se la llevó, no pesaba ni treinta kilos, era un esqueletico, se fue consumiendo y consumiendo hasta casi desvanecerse. ¿Y usted cuántos años tiene?

–Yo ya tengo diecinueve.

–¿Y quién se quedó con usted?

–La tía Luz.

–¿Se quedó con los tres? ¿Y los tres vinieron a este paseo?

–No es un paseo abuelita, vamos a enterrar a Anastasia.

–¿Murió Anastasia?

–No mamita, no murió, la murieron porque la arrastraron por el pueblo y la fusilaron en una platanera y ahora deja dos niños huérfanos.

–Abuelita, vea, aquí tiene mi pañuelo.

–Gracias, entonces no es un paseo, vamos pa' un entierro.

–Sí abuelita, quédese quietica en mi hombro a ver si duerme un rato.

La alegría de la Navidad se veía en todas partes, las casas campesinas estaban adornadas con luces de colores y en los árboles los labriegos habían puesto papeles brillantes. El carro paró en las partidas de Molino Viejo para que los tristes paseantes bajaran a descansar un rato y a tomarse un café.

–¡Abuelita! ¿Durmió bien?

–Sí, mija, pero ¿dónde estamos?

–Estamos en la Ye, ya el carro va a coger hacia el pueblo.

–¿En la Ye? ¿Pa' l pueblo? ¿Y si le avisaron a Anastasia que iba esta patota a pasar Navidad allá?

–¡Abuelita!, ya no se acuerda... a Anastasia la mataron.

–¿Cómo que la mataron? Pero si esa alma de Dios nunca le ha hecho daño a nadie. ¿Y por qué la mataron? ¿Qué hizo tan horrible como para que dejaran a dos niños huérfanos? ¿Qué mandado hizo mal? ¿Engañó al marido?

–Nada de eso abuelita... la mataron por ignorante.

–¿Y es que si una no es estudiada no tiene derecho a vivir?

–No es eso abuelita, es que ella no quiso o no supo decir en dónde estaba el papá de los niños, él se estaba escondiendo por haberle dado unas yucas a una gente que pasó por el rancho y los paramilitares lo acusaron de ser auxiliador de la guerrilla.

–Recemos un rosario.

–Bueno abuelita, entone.

–Los misterios que vamos a celebrar por el alma de Anastasia son...

A lo lejos ya se veía el pueblo, las casas blancas contrastaban con la montaña verde; un pueblo sembrado en una ladera, como casi todos los pueblos antioqueños; el día era azul, cálido y hermoso. A primera vista nadie creería que en medio de tanta belleza había una guerra.

–Abuelita, vea, allá está la finca en que vivíamos.

–Ay, qué pesar... se me murieron las hortensias y no hay puertas, me acuerdo cómo todos ustedes corrían por toda la casa. Diez hijos, todos felices, todos sanos, ahora que vuelva a la finca la voy a parar, va a ser el lugar más bonito pa' que los nietos se amañen y tengo que conseguir a alguien que haga el charco pa' que puedan nadar y voy a sembrar naranjos... van a ver.

–Mamita, pero es que nosotros no vamos pa' la finca, allá no podemos volver, ¿no se acuerda que nos tocó hacer escrituras o nos mataban?

–Verdad, ya se me había olvidado.

–Sólo vamos al entierro de Anastasia y nos devolvemos.

–¿Cómo que al entierro de Anastasia?

–Sí abuelita, ella murió.

–¿Estaba enferma?

–Sí abuelita, muy enferma.

–Las cosas de Dios, Él se la quiso llevar.

–Sí, abuelita.

El carro llegó al pueblo, la plaza estaba llena de gente destrozada, desolada, en su mayoría vestida de negro. Cargaron el ataúd y el cortejo fúnebre lo acompañó a la iglesia y luego al cementerio.

–Vea primo, ¿quién lo creyera? Todo el pueblo acompañando a Anastasia. En cambio al que la mató lo enterraron anoche como a un perro, es que ese demonio ya había hecho muchos daños, quince tiros le pegaron ahí mismo en medio de la plaza, lo ajustició su propio jefe.

–Se demoraron en parar a semejante lacra, ojalá lo hubieran hecho al primer muerto, siete vidas se llevó contando a Anastasia, mi prima querida. Todo el pueblo está aquí, ¡yo no pensé que la quisieran tanto!

–Yo tampoco, todo el pueblo tenía que ver con ella: lavaba, planchaba, hacía quesitos, remendaba ropa, ayudaba con tareas, hacía mandados en las fincas, se levantaba a medianoche a poner inyecciones...

–Todo el pueblo está triste, pero yo creo que la que más ha sufrido es la abuela.

–Sí, la abuela la quería mucho, era la única nieta que se había quedado en el pueblo y cuando la mamita venía, Anastasia se esmeraba por atenderla, le hacía fiesta, le corría, la acompañaba y todas las semanas le mandaba su quesito y sus pandequesos.

–No, no lo digo por eso... o más bien, no lo digo únicamente por eso; lo que te quiero decir es que a la abuelita se le olvida todo, más de diez veces le han contado que mataron a Anastasia y siempre pone la misma cara de susto, a mí ya hasta miedo me da volverle a contar, siempre pienso que le va a dar un ataque.

–Tenés razón, creo que lo mejor será no darle más preocupaciones, digámosle a todos que le sigamos la corriente, que si cree que estamos en paseo, le decimos que sí, que estamos pasando rico.

Anastasia fue enterrada, no había tiempo pa' rezos, ni pa' oraciones pues no era posible quedarse a pasar ni una noche en el pueblo.

–¡Abuelita!... venga la ayudo a vestirse pa' que vayamos a misa.

–Hoy la misa es más tarde, ¿cierto?

–Si abuelita... porque ayer fue Navidad.

–¿Fuimos al pueblo?

–Sí, mamita.

–Y estaba muy bonito y toda la familia se reunió, ¿verdad?

–Sí, abuelita... toda la familia estuvo unida.

–Y hubo regalos y fiesta y toda la gente estuvo contenta.

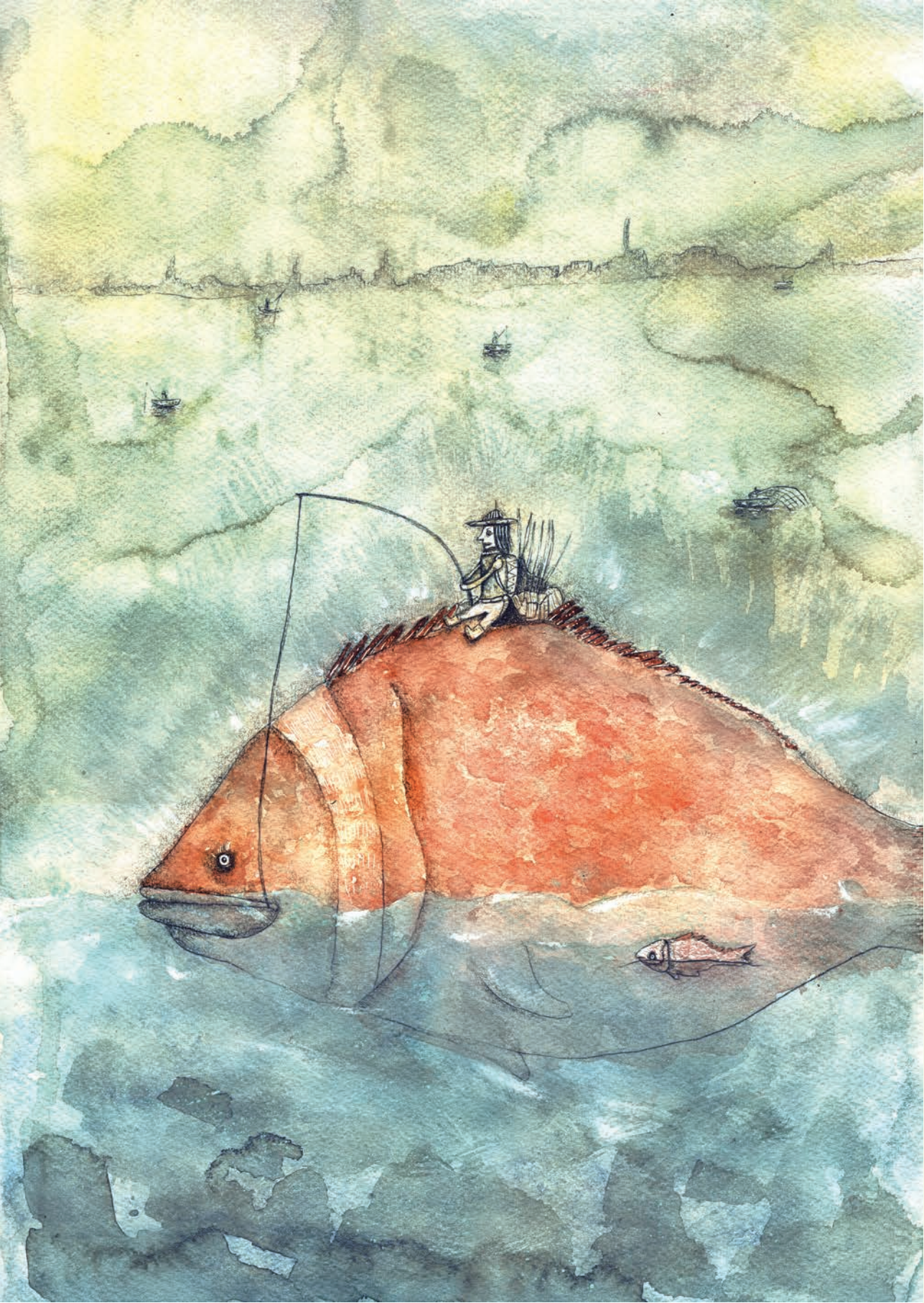
–Sí, abuela, todos estuvimos muy contentos.

–Y Anastasia nos atendió.

–Sí, mamita, ella nos atendió como siempre... ella es un ángel.

–¡Esta es una de las Navidades más felices que me han tocado!
Ojalá que el año entrante sea igual. ■





El pescador de sierra



JOSÉ MARÍA CANTILLO LOZANO
VALLEDUPAR

Mi registro civil dice que nací en Sardinata, Norte de Santander, hace cincuenta años, pero mis recuerdos sólo llegan hasta los cuatro: ya son cuarenta y seis años sin saber de mi terruño. El corazón estaba en la costa norte. Taganga, el mar, el vallenato, las bellas y auténticas mujeres costeñas, el suero con bollo limpio y la alegría que se siente en la costa, inmerso en su cultura, que es única. Es allí donde se encuentran las raíces de mis historias. En Valledupar

nacieron mis hijos, mis nietos y aquí verán mis ojos los últimos rayos de luz. Este apasionado sentir traducido en escritos es el que trasmite a mis estudiantes, amigos y familiares. Mi obra está dedicada en especial a mi papá, un auténtico baluarte costeño.

Profesional universitario grado 04, Institución Educativa Trujillo, Valledupar, Cesar

El pescador de sierra

JOSÉ MARÍA CANTILLO LOZANO

Gregorio era un asiduo pescador de pargo rayado y de sierra, en Boca de la Barra, sitio cercano a la punta de la Aguja en la bahía de Taganga; tal como lo hacía cada madrugada, recogió su cordel elaborado en fibra de pita, sus anzuelos y su mochila en donde guardaba la panela, el bollo e' yuca, dos panes, además del congolo con sus tabacos, fósforos y cigarrillos. Escogió dos canaletes de madera de guamacho, se colgó la bangaña hecha con el fruto del totumo y salió rumbo a la playa. Durante su corto trayecto silbaba su canción predilecta, la que le traía la buena suerte. Con paso lento, pero seguro, se acercó a su bote de ocho varas de largo por dos de ancho, organizó sus polines y lo empujó al agua con dirección a la bahía de Granate o de punta Aguja.

Esa madrugada de abril Gregorio, que era un fervoroso católico, se persignó, rezó un par de avemarías y dijo en voz alta: “Hoy es buen día, por lo menos tres sierras se vendrán conmigo”.

Cada vez que su canalete penetraba en las aguas hacía saltar a un pez volador que en su recorrido de diez metros por los aires le daba un ambiente interesante al recorrido de Gregorio. Le hacía recordar a los acróbatas que tiempo atrás habían visitado a Taganga y se lucían en el encordado del circo.

Cuando llegó a su lugar favorito Gregorio aseguró bien la manila al garapín y en un solo intento lo lanzó al mar para permanecer anclado y esperar el paso de un buen cardumen de sierra. Preparó su carnada de machuelo vivo, revisó los anzuelos, midió veinte brazas de cordel, lo lanzó al mar y esperó a que cayera la primera sierra.

Otros pescadores que iban rumbo a Bonito Gordo, punta Aguja o la Vigía lo saludaban y le deseaban buena pesca. La mañana avanzaba silenciosamente; el viento y la mar permanecían tranquilos, parecía una piscina y esto entusiasmaba a Gregorio. Tomó su mochila con mucha tranquilidad, como lo hacían los pescadores; revisó su contenido y extrajo un pedazo de bollo e' yuca con un cuarto de queso; comenzó a mordisquearlos mientras observaba la tranquilidad de las aguas.

Pasadas las ocho de la mañana sintió que su cordel se movía con fuerza hacia la profundidad y lo detuvo con su mano derecha. El forcejeo entre la sierra y el pescador duró aproximadamente treinta minutos, tiempo en el cual el pez, vencido, se entregó y Gregorio lo embarcó en el plan de su cayuco. Normalmente los pescadores de los ancones como Bonito Gordo, la Vigía, la Cueva recogen al final del día sus redes e inician su regreso hacia Taganga. Gregorio tenía como costumbre esperar este momento para unirse al grupo de embarcaciones y con sus velas abiertas gozar de la fuerza de la brisa para alcanzar el remanso.

Pero los pescadores se sorprendieron esa tarde al pasar por el sitio de pesca de Boca de la Barra y no encontrar su cayuco. Pensaron que Gregorio se les había adelantado para el regreso, sin disfrutar de su compañía.

Llegaron a la bahía de Taganga, pero no divisaron el cayuco, preguntaron a otros pescadores: nadie dio razón.

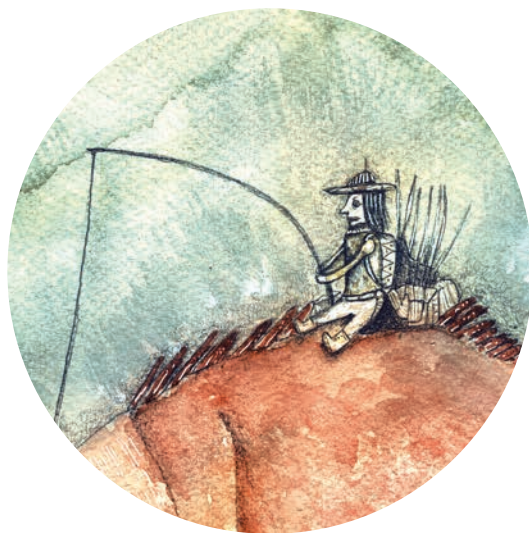
Cayó la noche, amaneció otro día y nadie sabía de Gregorio.

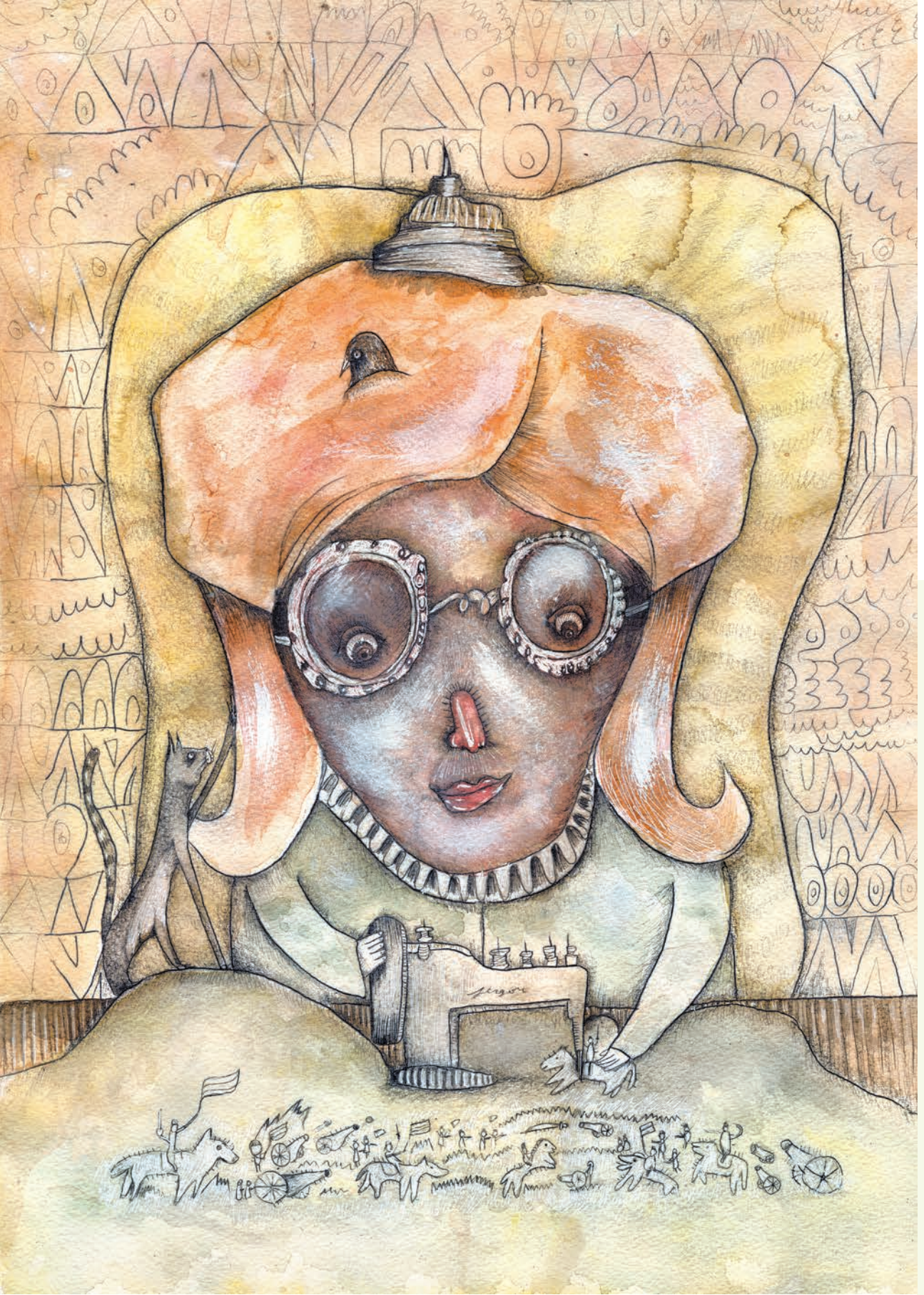
Varios botes y cayucos de diferentes dimensiones organizaron jornadas de búsqueda por las playas de Punta Aguja, Granate, Chengue, la Cueva, hasta Gairaca llegaron algunos, sin encontrar nada.

Gregorio y su cayuco habían desaparecido para siempre. Ese era el tema entre los pescadores. Algunos opinaban, inclusive, que el diablo se lo había llevado con su cayuco y todo porque era un día de la Semana Santa; otros opinaban, temerosos, que tal vez lo hubiese arrastrado un chufanco, pez perteneciente a la familia de las ballenas, corriendo con la misma suerte que el Jonás bíblico.

En Taganga los pescadores, principalmente los que pescaban en Boca de la Barra, sentían temor y miedo.

Hoy ellos recuerdan y cuentan que cada mes de abril se oye en las madrugadas un silbido triste y pesaroso y a lo lejos se divisa, en medio de la niebla, un cayuquito solitario que se pierde a la deriva, en la oscuridad del inmenso mar. ■





La costurera de Bolívar



DENNIS ENDER SANGUINO ZAMBRANO VILLA DEL ROSARIO

Nací en Cúcuta y soy egresado de la Universidad de Pamplona, Norte de Santander, en Lingüística y Literatura, con especialización en Pedagogía de la Lengua y la Literatura y en Gestión de Proyectos Informáticos. Creo que a los que amamos la literatura se nos hace injusto hablar de autores y libros favoritos. Bien pueden ser tan caros a nosotros el nombre y el libro de un amigo nuestro al lado de Homero, Sófocles, Virgilio, Dante, Goethe, Cervantes, Shakespeare, Balzac, Flaubert, Dostoievski, Proust, Joyce, Cortázar, García Márquez,

Eco... "La costurera de Bolívar" es un pequeño homenaje a la heroína cucuteña Mercedes Abrego. Pero el premio lo dedico a mis estudiantes, como una humilde ofrenda de mi imaginación y mi palabra con la ilusión de que descubran en la escritura una maravillosa revelación, tal como la descubrí yo.

Docente de Humanidades y Lengua Castellana, Institución Educativa General Santander, Villa del Rosario, Norte de Santander

La costurera de Bolívar

DENNIS ENDER SANGUINO ZAMBRANO

La humillación la atormentaba más que la sed, el hambre y el dolor de los pies desgarrados después de un día de marcha, completamente descalza y a empujones, por el camino tortuoso que de Urimaco llevaba a San José de Cúcuta. El entusiasmo suscitado por el triunfo de Bolívar en la batalla de febrero y las posteriores victorias de Francisco de Paula Santander impedían ver un posible regreso de los ejércitos realistas. Pero Lisón, el español, había aparecido ocho meses después por los lados del Rosario con más de mil hombres para recordarles que el sueño de libertad podía ser pasajero.

Santander, sorprendido con un ejército mucho menor, fue emboscado en el Llano de Carrillo mientras se replegaba a Pamplona. Insaciables de sangre, los realistas degollaron uno a uno a los prisioneros que no murieron en batalla. Y ahora ella, la humilde costurera del Valle, enfrentaba la misma suerte.

Habían llegado la noche anterior a tomarla prisionera. Las infaustas noticias sobre el joven mayor y sus hombres clavaron en su pecho un mal presagio que la mantuvo en vela hasta el momento en que derribaron la puerta de la casa preguntando por ella con improperios. Durante el trayecto sólo recibió insultos y vejaciones

y la constante burla con una pantomima grotesca de lo que iba a ser su final al caer la tarde. Ahora, hecha un ovillo en un rincón de aquella oscura celda, sólo le quedaba esperar, con la dignidad malherida, su hora aciaga. En medio del martirio reconoció a algunos coterráneos que, con valor y gallardía, siempre mostraron su indignación ante los abusos de los peninsulares. Pero todos, perdidas las miradas y ahogados en el silencio, tenían ahora dibujado en sus rostros el amargo terror a la muerte.

La tarde del domingo 28 de febrero todo había sido regocijo. Días antes, desde Ocaña, corrían rumores de la llegada de un ejército de patriotas comandados por un oficial venezolano. En voz baja —a la salida de la iglesia, dentro de las frescas casas solariegas, bajo las sombras de los árboles en las calles polvorientas— se hablaba de un tal Bolívar que iría a pasar por el Valle rumbo a Venezuela. Esa mañana la misa fue interrumpida por la salida abrupta del coronel español Ramón Correa y algunos de sus hombres. Una hora después, los estampidos de los cañones y los fusiles se empezaron a escuchar desde los cerros occidentales del Valle. Sólo hasta entrada la tarde los habitantes pudieron salir de la incertidumbre. Un militar de aproximadamente treinta años encabezaba el desfile de hombres cansados y sudorosos, pero sonrientes y con la frente en alto. La mayoría de los vecinos del Valle estallaron en vítores cuando los vieron entrar hasta la plaza frente a la iglesia. Los gritos de vivas al coronel Bolívar llenaron el aire de la tarde teñida de rojo por el sol que se escondía como una naranja en los cerros de occidente.

Como todos sus coterráneos, y después de años de desmanes y oprobios a manos de los representantes del rey, Mercedes, la costurera, también demostró sin disimulo su entusiasmo y afectos al ejército patriota. Y para ella había sido el motivo de mayor orgullo

que en aquellos días la buscaran para zurcir una de las casacas del oficial venezolano. Dos días antes de su partida, una mañana de abril, bajo un sol de lluvia, Mercedes quiso entregar la casaca a su dueño. No podía reprimir los deseos de agradecerle al joven caraqueño lo que significaba para sus vidas su gran acto de valentía. Pero también quería hacerle un regalo. Con suavidad casi maternal, Mercedes tomó una mano del coronel Bolívar y puso en ella una pequeña pieza de madera. Era una delicada talla en ébano del rostro de Jesús.

—Por favor, coronel, nunca abandone usted este Cristo. Lo protegerá siempre.

—Nunca lo haré, se lo prometo —contestó Bolívar con una amabilidad no exenta de sorpresa y de cierta compasión hacia aquella mujer que se aferraba a su mano.

Por un instante, el recuerdo de ese momento la asaltó de repente. Todavía recordaba con nitidez los rasgos de ese rostro moreno cuyos ojos destellaban un brillo extraño. Y algo en ellos le reveló que iba a cumplir su promesa. Tal vez ahora necesitara ese Cristo, el Cristo moreno de los gitanos que alguna vez su madre le había dejado como su posesión más preciada. Había sido del padre de Mercedes, un español aventurero que había ido a parar al Valle por asuntos inciertos y del cual su madre se había enamorado perdidamente. Una noche desapareció para siempre dejando olvidada aquella pequeña talla. Mercedes no alcanzó a rezar sus últimas oraciones. Cuatro brazos salvajes la sacaron a rastras hasta el patio de la cárcel. El sable certero en su garganta cortó de un tajo el grito de Mercedes Abrego que como una saeta se alzó sobre las campanas de la iglesia que, a esa hora de la tarde roja, llamaban a la última misa del día. ■





Presagio



RUBÉN DARÍO LEÓN PINEDA
BOGOTÁ

Confieso que aprendí a leer literatura tardíamente, cuando llegó a mis manos un libro de Charles Dickens; cada vez que uno se conecta con la vida de los personajes estos comienzan a hacer parte de la vida del lector. Leer es vivir, y ahora que he comenzado a escribir, pienso que es comunicar un poquito de nuestras vidas a los demás, de manera que ellos puedan comprender mejor nuestras desgracias, nuestras alegrías, nuestras pasiones.

Todos tenemos algo que decir, pero cuando lo decimos por escrito tal vez haya la posibilidad de que terminemos diciéndoselo a la humanidad entera, y que sea eso justamente lo que la humanidad necesitaba escuchar o lo que necesitaba leer, para alcanzar su propia redención.

**Docente de Ciencias Sociales,
Colegio Marsella IED, Bogotá
D. C.**

Presagio

RUBÉN DARÍO LEÓN PINEDA

Justo ahora recuerdo al primer muerto que conocí cuando tenía nueve años, se llamaba Pucho. Conocer a un muerto es algo especial; no se trata tanto de saber cómo era cuando vivía, sino de palpar ese instante en el que un alma traspasa la eternidad; ver los ojos fijos del cadáver, sin saber si miran a la nada o por el contrario son ahora capaces de observarlo y entenderlo todo. Cuando uno conoce a un muerto lo primero que le mira es la cara, uno trata de identificarse; luego mira su cuerpo, que permanece en la misma pose de estatua, y trata de comprender por qué un cuerpo y una cabeza que parecen tan normales como las de uno no se mueven y permanecen como detenidos en el tiempo. Bueno, la cabeza de Pucho estaba estallada y en realidad se veía bastante deforme; por eso, además de mirar su cabeza y su cuerpo, también conocí ese olor a sangre parecido a un recipiente oxidado... A hierro, la sangre huele a hierro, es un olor duro y penetrante.

Pucho tenía unos treinta años cuando lo conocí en vida, y tal vez treinta y tres cuando vi su cuerpo desmadejado descendiendo a la profundidad de un hoyo en la tierra, sin ataúd y con una multitud de dolientes que creyeron hacerle un bien cuando le quitaron la vida.

A pesar de su aspecto lastimero tenía una mirada desesperadamente feliz, pero era posible advertir en su rostro un aire de cinismo. ¿Cómo era posible que a pesar de vivir y dormir a la intemperie, alimentarse de las sobras de cada casa, de no tener madre ni padre conocidos y andar descalzo de arriba para abajo por las calles polvorientas de ese barrio nuevo, fuera capaz de ver con alegría y satisfacción a quienes lo miraban a los ojos? Cada bocado de comida que le ofrecían era como una bendición del cielo y a la gente le satisfacía esa mirada divinizante; de repente el más vulgar de los hombres se convertía en un dios por la mirada del desgraciado. En verdad fue un cínico que poco a poco comenzó a impacientar a los vecinos, sobre todo cuando pedía comida de casa en casa cargando con toda su hediondez; Diógenes pudo haber sido su nombre real.

Un día, alguien pensó que Pucho era maleducado y grosero pues, ¿cómo era posible que semejante desgraciado pudiera aparentar mayor felicidad que los más pudientes del barrio? Esa felicidad no hacía juego con la fea enfermedad que le hacía podrir la piel. Desde entonces su sonrisa dejó de ser admitida en los hogares y fue expulsado incluso de las esquinas; de un momento a otro la mirada de Pucho se percibió tan subversiva como la risa en los monasterios medievales. Entonces se decretó su muerte, y como la historia no carece de ironías, el encargado de ejecutar la voluntad popular fue Sócrates, el cerrajero del barrio, con una varilla de acero. Una vez que los vecinos acabaron de abrir un hoyo llamaron a Pucho, seguros de su grosera mirada. Él se aproximó con la curiosidad de siempre, los miró fijamente y sin engaños, agachó la cabeza y miró el hueco; era una tumba nueva, una en la que ningún cadáver había sido puesto antes ni lo sería después, de ella salió el olor fresco de la tierra mojada, un vaho húmedo que huele

a vida. En ese momento, mientras Pucho degustaba el amable olor y el resto de la gente esperaba cómplice, Sócrates se paró detrás de él y le descargó el primer varillazo sobre la cabeza.

¡Pum! Los ojos de Pucho parecieron salirse de sus cuencas rotas y se escuchó un quejido gigantesco que salió de su boca mientras trató de voltear la mirada.

¡Pum! Pucho cayó al suelo, pero como la vida se le aferraba, se paró en cuatro patas, quejándose, pero ¡pum!, recibió otro varillazo en la cabeza, ¡pum!, sonó el último gemido, ¡pum!, su boca y sus pulmones enmudecieron; ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Sólo quedó el sonido desesperado del hierro estrellándose contra un cráneo desfigurado, acompañado por los jadeos rítmicos de Sócrates mientras movía su musculatura de cerrajero. Antes de morir emitió unos feos ronquidos por la garganta anegada de sangre; sus ojos eran los de la tristeza y el dolor, pero los mantuvo abiertos hasta el último instante, la lengua le quedó apretada entre los dientes. Cuando lo único que se movía de Pucho era un chorro de sangre que se aposentaba en el fondo de la tumba, todos parecieron sentir dolor, y todos parecían sentirse a gusto con ese dolor; se llenaron de una piedad repentina y algunas vecinas dejaron lucir sus lágrimas más grandes y brillantes, otras, más audaces, dejaron rodar sus blancos mocos. El funeral fue silencioso, rápido; tan sólo unas palabras de condolencia entre el asesino y sus cómplices; luego, de nuevo la pala descargando sobre el cuerpo de Pucho la tierra húmeda con olor a vida.

Fue así como conocí al primer muerto, mire su cuerpo inmóvil, su rostro deforme, pero en el que se distinguía una clara mirada puesta en la nada —o en lo todo—, no pude evitar pensar en lo que estaría experimentando Pucho en ese momento y entonces me imaginé que era yo el que estaba allí y me sentí identificado;

la experiencia me aterró y retiré mi mirada de los ojos de Pucho, huyendo despavorido del sentimiento de angustia... La sangre mezclada con la tierra, la vida mezclada con la muerte y el olor a mierda de una extraña experiencia que me pareció nauseabunda cuando vi que Pucho se había cagado antes de morir.

Justo ahora que la lluvia levanta un aroma a tierra mojada y que mi zapato roto hiede a caca de perro, recuerdo todo aquello y me lleno de preocupación al ver mi aspecto lastimero; me toco con la mano el vientre lleno de hambre y busco dónde pedir un poquito de comida. Frente a la panadería expongo mi rostro de miseria para recibir un pan con café, de repente, ¡tas! ¡Tas! ¡Tas! Suelto aterrado el café y el pan, me toco la nuca y al mirar atrás veo al señor de los buñuelos tirado en el piso. Un vivo charco de sangre se extiende pronunciando su olor duro como hierro, la lluvia lava el polvo de las calles viejas, yo rastrillo la caca de mi zapato recordando a Pucho, el perro callejero de mi barrio al que mataron a varillazos y prevengo a la curiosa multitud gritando: ¡Pilas que aquí matan a los hombres como si fueran perros! Doy la vuelta y me voy pensando...

Todavía huele a caca. ■



Acta del jurado

CUARTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A JOSÉ EUSTAQUIO PALACIOS

El jurado calificador compuesto por cinco escritores de diferentes países, evaluó 105 cuentos de los 33013 que se presentaron a la convocatoria 2010. Debido a la calidad literaria de los cuentos no fue fácil elegir. Pudimos corroborar que en asuntos de lectura y escritura, los procesos y la formación son fundamentales. Después de cuatro años consecutivos del concurso y de los talleres de escritura creativa, encontramos una muestra en la que se hace evidente que todo este trabajo pedagógico constante empieza a echar raíces en nuestros niños y jóvenes y a dar buenos frutos.

Con satisfacción encontramos que los cuentos de los más pequeños están llenos de magia y de un inteligente juego entre la realidad y la fantasía: fantasmas, sombras, magos, niñas encantadas, habitantes de otros planetas como recursos para conjurar el mal y el paso del tiempo. Sorprende la ingenuidad y la franqueza de los pequeños escritores para nombrar el dolor, el miedo o la pérdida. Se hace evidente una necesidad de transformar la dura realidad en escenarios y mundos posibles.

El jurado resalta el manejo de los recursos literarios propios de estos pequeños escritores. Se aprecian claramente las influencias

narrativas de la fábula y el cuento infantil. Abundan las visiones poéticas del entorno más próximo y familiar. Los textos denotan que los niños no son indiferentes a la tradición literaria ni a las versiones contemporáneas en el cine y la televisión, y la mayoría hacen un esfuerzo por proponer sus propias indagaciones. Y como dice uno de los jurados: “resulta imposible leer estos textos sin una sonrisa, mientras uno siente la felicidad del redescubrimiento de la realidad”.

A medida que van creciendo van teniendo conciencia de su yo frente al mundo. Es así como muchos de los textos de los jóvenes de octavo a undécimo grados transmiten una sensación de soledad, un anhelo amoroso o una búsqueda existencial. La dominante aquí es la introspección. Abundan los enfoques de experiencias y desintegraciones familiares, convirtiéndose en atentos análisis de la familia y sus secretos. El conflicto de crecer, incluyendo el miedo ante el despertar del deseo, está muy presente. También la angustia de la vida escolar. La crítica a la realidad y su manera de mostrarla es de una inquietante dureza. Pareciera que la pérdida de la inocencia encuentra un refugio en las ficciones. Exorcizan o mitigan, pero allí queda su sombra, la conciencia temprana. En algunos cuentos destacan las primeras manifestaciones claras de una conciencia poética del lenguaje y sus recursos líricos. Se observa un humor más negro que en la primera categoría, con cierta vena trágica, sombría o autodestructiva, y la recurrencia de la muerte como enigma.

Los cuentos de los jóvenes de educación superior presentan tendencias más abstractas y conceptuales. Abunda la reflexión metaliteraria. Y, en varios casos, asoma ya un encomiable dominio del lenguaje. El humor reaparece con fuerza. Se advierte también un bagaje concreto de lecturas, búsquedas estéticas y

homenajes literarios, a veces emuladores. Predominan las técnicas de inversión y sorpresa final. O, dicho de otro modo, el gusto por el cuento clásico.

Los conflictos psicológicos ocupan la atención de estos jóvenes autores. La locura es una temática predilecta. La narración, el gusto de relatar empieza a soltarse. La poesía se asoma. Los juegos de palabras tienen lugar. El misterio se abre camino.

Pero, de igual manera, están presentes la violencia y la muerte. Son muchos los cuentos en los que se describe con detalle el proceso de la muerte causada por actos violentos; en otros los personajes son asesinos, sicarios, secuestradores, guerrilleros, en fin, es darle la voz a aquellos que ejercen la violencia como en un intento de meterse en el interior de estos personajes y averiguar cuáles son los móviles de sus actos.

Los maestros presentaron un abanico más variado, desde cuentos de corte costumbrista, pasando por cuentos de carácter filosófico oriental, con personajes que más parecen sacados de *Las mil y una noches* o de la tradición milenaria de oriente. También hay cuentos más cercanos a la crónica periodística que narran hechos violentos causados por ataques guerrilleros en los que los protagonistas cuentan desde su miedo más profundo su versión de sobrevivientes. En general, los cuentos de los maestros están enmarcados en una corriente realista que explora diferentes matices de la dura realidad que les toca vivir.

FIRMAN EN CARTAGENA DE INDIAS, EL 28 DE ENERO DE 2011, LOS JURADOS:
ANDRÉS NEUMAN, BEATRIZ HELENA ROBLEDO, FERNANDO GAITÁN,
GUADALUPE NETTEL, ROBERTO BURGOS CANTOR.

CUARTO CONCURSO NACIONAL DE CUENTO
RCN-MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL,
HOMENAJE A JOSÉ EUSTAQUIO PALACIOS



CUENTOS
GANADORES
2010